Los Nueve Príncipes de Ámbar

Serie Ámbar I

Roger Zelazny



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

Después de lo que me pareció una eternidad, todo llegaba a su conclusión.

Intenté mover los pies, y lo conseguí. Me encontraba tendido en una cama de hospital, con las piernas escayoladas; pero al menos seguían siendo mías.

Cerré los ojos y los volví a abrir tres veces.

La habitación comenzó a estabilizarse.

¿Dónde demonios me encontraba?

Entonces lentamente empezó a desaparecer la niebla, y parte de aquello que llamamos memoria volvió a mí. Recordé noches y enfermeras y agujas. Entonces, cada vez que las cosas parecían aclararse un poco, venía alguien y me inyectaba algo. Así había sido. Sí. Aunque ya me iba sintiendo ligeramente bien. Tendrían que detenerse.

¿Lo harían?

Me asaltó este pensamiento: *Quizá no.*

Parte del escepticismo de toda motivación humana me alcanzó y se alojó en mi pecho. Repentinamente, supe que me habían estado drogando. Tal como lo veía, no había existido ninguna razón para ello; y no había ninguna razón para que se detuvieran si fueron pagados para hacerlo. Trata de jugar fríamente y permanecer dopado, dijo una voz en mi interior, que no era lo mejor de mí mismo, pero sí lo más sabio.

Así lo hice.

Diez minutos después, una enfermera asomó la cabeza por la puerta y yo estaba, por supuesto, durmiendo. Se marchó.

Durante ese tiempo, conseguí reconstruir en parte lo sucedido. Recordé vagamente que había tenido una especie de accidente. Lo ocurrido después de aquello era una sucesión de imágenes borrosas; de lo que pudiera haber pasado antes no tenía la más mínima idea. Pero primero, así lo recordaba, había estado en un hospital, para ser trasladado después a este sitio.

¿Por qué? No lo sabía.

De cualquier modo, las piernas estaban bastante bien. Lo suficiente como para sostenerme, aunque no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que se rompieran... sabía que se habían roto.

Me senté. Me costó un verdadero esfuerzo, ya que mis músculos estaban entumecidos. Afuera estaba oscuro, y un puñado de estrellas brillaba intensamente más allá de la ventana. Parpadeé al mirarlas y saqué las piernas por el borde de la cama.

Me sentí mareado, pero después de un tiempo aquello pasó, y me levanté, agarrándome a la cama, y di el primer paso.

Perfecto. Las piernas me sostenían.

Teóricamente me encontraba en condiciones de dar un paseo.

Regresé a la cama, me tumbé, y pensé. Estaba sudando y temblaba.

Visiones de dulces ciruelas, etc...

Algo huele a podrido en Dinamarca...

Recordé que había sido un accidente de automóvil. Y bastante serio...

Se abrió la puerta, dejando entrar la luz, y, con los ojos entornados, vi a una enfermera con una hipodérmica en la mano.

Se aproximó a la cama; era un chica de caderas anchas, cabello oscuro y grandes brazos.

Cuando se acercó a mí, me senté.

—Buenas noches —le dije.

—¡Oh!... Buenas noches —replicó.

—¿Cuándo me marcho? —pregunté.

—Tendré que preguntárselo al doctor.

—Hágalo —dije.

—Por favor, levántese la manga.

—No, gracias.

—Tengo que ponerle una inyección.

—No, no tiene por qué hacerlo. No la necesito.

—Me temo que eso tiene que decidirlo el doctor.

—Dígale que venga y que decida. Mientras tanto, no lo consentiré.

—Tengo mis órdenes.

—También las tenía Eichmann, y mire lo que le ocurrió —y negué lentamente con la cabeza.

—Muy bien —dijo ella—. Tendré que informar de esto...

—Hágalo, por favor —insistí—, y, de paso, diga que he decidido marcharme por la mañana.

—Eso es imposible. Ni siquiera puede caminar... Además, tuvo lesiones internas.

—Ya veremos —dije—. Buenas noches.

Se marchó sin contestar.

Volví a tenderme sobre la cama y reflexioné. Parecía encontrarme en una clínica privada... Eso quería decir que alguien estaba pagando mis facturas. ¿Alguien a quien yo conocía? Aunque lo intenté, no me vino visión alguna de familiares. Tampoco amigos. ¿Qué me quedaba? ¿Enemigos?

Pensé durante un rato.

Nada.

Nadie que pudiera favorecerme de aquel modo.

Repentinamente, recordé que había caído con mi coche por un precipicio a un lago. Y aquello era cuanto recordaba.

Yo estaba...

Me esforcé en tratar de recordar y me puse a sudar de nuevo.

No sabía *quién* era.

Para mantenerme ocupado, me senté y comencé a quitarme todas las vendas. Cuando terminé, parecía encontrarme perfectamente, así que me pareció que había hecho lo correcto. Utilizando un puntal que cogí de la cabecera de la cama, rompí el molde de mi pierna derecha. Tuve la repentina sensación de que debía marcharme inmediatamente; de que había algo que tenía que hacer.

Comprobé la pierna, y pareció encontrarse en perfecto estado.

Destrocé el molde de la pierna izquierda y me levanté, dirigiéndome al armario.

No había nada de ropa.

En aquel momento escuché unos pasos. Regresé a la cama y cubrí los moldes y las vendas.

La luz inundó la habitación. Y allí, con la mano en el interruptor de la pared, pude ver a un tipo corpulento con chaquetilla blanca.

—¿Qué es eso que oí de que andaba entorpeciendo el trabajo de la enfermera? —preguntó, y ya no tuve ninguna excusa para seguir durmiendo.

—No lo sé —dije—. ¿De qué se trata?

Aquello le molestó durante un segundo o dos, ya que frunció el ceño. Luego dijo:

—Es la hora de su inyección.

—¿Es usted médico? —le pregunté.

—No, pero estoy autorizado para inyectarle.

—Y yo me niego —dije—, pues la ley me protege. ¿Qué le parece?

—Le pondrán la inyección —dijo, y se acercó al lado izquierdo de la cama. En la mano que había permanecido oculta hasta entonces, tenía una hipodérmica.

Fue un golpe muy duro, unos diez centímetros debajo del cinturón, si no me equivoco, el que le hizo caer de rodillas.

—¡.....!—, dijo después de un tiempo.

—Acércate lo suficiente la próxima vez —dije—, y verás lo que sucede.

—Tenemos nuestros métodos para tratar con pacientes como usted —dijo jadeando.

Entonces supe que había llegado el momento de actuar.

—¿Dónde está mi ropa? —pregunté.

—¡.....!— repitió.

—Creo que entonces tendré que tomar las tuyas. Dámelas.

Se hizo aburrido con la tercera repetición, por eso le arrojé las sábanas a la cabeza y le di un golpe con el puntal metálico.

En un par de minutos ya estaba vestido completamente de blanco: el color de Moby Dick y del helado de crema. Feo.

Le arrastré hasta meterlo dentro del armario y luego miré por la ventana enrejada. Vi a la Vieja Luna con la Luna Nueva en sus brazos, flotando inmóvil sobre una hilera de álamos. La hierba era plateada y brillaba, y la noche negociaba débilmente con el sol. Nada que me indicara dónde estaba situado aquel lugar. Hacia mi izquierda, abajo, se proyectaba un cuadro de luz, que parecía indicar una ventana de la planta baja con alguien despierto tras de ella.

Salí de la habitación y eché un vistazo al corredor. A la izquierda terminaba en una pared con una ventana enrejada y cuatro puertas más, dos a cada lado. Probablemente, eran más habitaciones como la mía. Me acerqué a la ventana y vi más tierra, más árboles, más noche: nada nuevo. Dando la vuelta, me dirigí en la otra dirección.

Puertas, puertas, puertas sin ninguna luz bajo ellas. El único ruido lo producían mis pisadas, debido a los zapatos demasiado grandes que había tomado prestados. El Sonriente Muchacho del reloj me dijo que eran las cinco y cuarenta y cuatro minutos. Llevaba el puntal de metal en el cinturón, bajo la limpia chaquetilla blanca, y al caminar me rozaba la cadera. Cada veinte pasos había una plafón en el techo que proyectaba unos cuarenta vatios de luz.

Llegué a una escalera, a la izquierda, que bajaba. Descendí. Estaba enmoquetada y era silenciosa.

El segundo piso parecía como el mío: hileras de habitaciones; continué bajando.

Cuando llegué al primer piso, giré a la derecha, buscando la puerta por la que debía filtrarse luz.

La encontré casi al final del corredor y no me molesté en llamar.

El hombre estaba sentado detrás de un lustroso escritorio, llevaba una bata muy llamativa y estaba hojeando un libro de registros. No era una habitación típica de hospital. Me miró con ojos llameantes y muy abiertos, y con el intento en los labios de dar un grito que nunca llegó a surgir; quizá se debió a mi resuelta expresión. Se puso en pie rápidamente.

Cerré la puerta a mi espalda y dije:

—Buenos días. Se encuentra en apuros.

La gente, cuando se trata de problemas, siempre es curiosa, ya que después de los tres segundos que tardé en cruzar la habitación, sus palabras fueron:

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir —dije—, que está a punto de tener una demanda por mantenerme incomunicado, y otra por ejercicio indebido de la medicina, por uso indiscriminado de narcóticos. Además, empiezo a sentir síndrome de abstinencia y puedo hacer algo violento... —Lárguese de aquí —dijo.

Vi un paquete de cigarrillos encima del escritorio, cogí uno y le dije:

—Siéntese y mantenga la boca cerrada. Tenemos que hablar de algunas cosas.

Se sentó, pero no se calló.

—Está usted infringiendo varias reglamentaciones.

—Dejaremos que los tribunales decidan quién es el culpable —repliqué—. Ahora quiero mi ropa y mis efectos personales. Me voy.

—No está en condiciones...

—Nadie se lo ha preguntado. Decídase ahora o responderá ante los tribunales.

Trató de alcanzar un botón que había sobre su escritorio, pero le aparté la mano.

—¡Ahora! —repetí—. Debió apretarlo cuando entré. Ya es demasiado tarde.

—Mr. Corey, está haciendo las cosas todavía más difíciles.

¿Corey?

—Yo no pedí que me ingresaran aquí —dije—, pero tengo todos los malditos derechos para salir. Y ahora es el momento, así que arreglémoslo.

—Obviamente —replicó—, usted no se halla en condiciones para abandonar esta institución. Yo no puedo autorizarlo. Ahora voy a llamar a alguien para que le acompañe de vuelta a su habitación y se encargue de acostarle.

—No lo intente —dije—, o comprobará en qué condiciones me encuentro. Tengo que hacerle varias preguntas. La primera es, ¿quién me ingresó aquí y quién está pagando los gastos?

—Muy bien—, murmuró, y sus pequeños bigotes rojizos descendieron todo lo que pudieron.

Abrió un cajón y metió una mano en él; me puse en guardia.

Hice que cayera sobre la mesa antes de que pudiera quitarle el seguro: era un Colt automático de calibre 32, muy bien cuidado. Cuando lo cogí, le quité el seguro; le apunté y le dije:

—Contestará a mis preguntas. Es evidente que me considera peligroso, y tal vez esté en lo cierto.

Sonrió débilmente y encendió un cigarrillo, lo cual, si quería demostrar aplomo, fue un error, pues sus manos temblaron.

—De acuerdo, Corey... Si con ello se siente satisfecho —dijo—. Su hermana le ingresó.

«?», pensé.

—¿Qué hermana? —le pregunté.

—Evelyn —respondió.

Sin embargo, no hubo campanas.

—Eso es ridículo. No he visto a Evelyn en muchos años —dije—. Ella ni siquiera sabía que me encontraba en esta parte del país.

Se encogió de hombros.

—No obstante...

—¿Dónde está ahora? Quiero llamarla —interrumpí.

—No tengo su dirección a mano.

—Consígala.

Se puso en pie, se dirigió a un fichero y revolvió en él, sacando una tarjeta.

La miré. *Miss Evelyn Flaumel...* La dirección de Nueva York tampoco me era familiar, pero también la memoricé. Como la tarjeta decía, mi primer nombre era Cari. Bien. Más datos.

Me puse la pistola en el cinturón junto al puntal, con el seguro puesto, claro.

—Muy bien —le dije —¿Dónde está mi ropa y cuánto va a pagarme?

—Su ropa quedó destruida en el accidente —dijo—, y debo advertirle que sus piernas quedaron gravemente fracturadas… la izquierda por dos sitios. Francamente, aún no me explico cómo puede mantenerse en pie. Tan sólo han transcurrido dos semanas.

—Siempre curo rápidamente —dije—, y ahora, hablando del dinero…

—¿Qué dinero?

—Lo que ha dictado el tribunal como indemnización por medicación inadecuada y todo lo demás.

—¡No sea ridículo!

—¿Quién está siendo ridículo? Me conformo con mil dólares, en efectivo y ahora.

—Ni siquiera discutiré algo semejante.

—Bien, pero mejor considérelo… y, gane o pierda, piense en la reputación que le daré a este lugar si hago algo de publicidad antes del juicio. Me pondré en contacto con la AMA* , los periódicos, la…

—¡Chantaje! —dijo—. No tengo nada que ver con eso.

—Pague ahora o después del juicio —dije—. No me importa. Pero será más barato si hace lo que digo.

Si aceptaba, sabría que mis sospechas eran acertadas y que había algo ilegal en el asunto.

Clavó sus ojos en mí, no sé por cuánto tiempo.

Finalmente dijo:

—Aquí no tengo mil.

—Diga una cifra —le propuse.

Después de otra pausa:

—Esto es un robo.

—No si es efectivo, Charlie. Así que, ¿cuánto?

—Puede que en mi caja fuerte tenga unos quinientos.

—Tráigalos.

Después de inspeccionar el contenido de una pequeña caja fuerte de pared, dijo que había 430, y como no quería dejar huellas

* Asociación de Médicos Americanos. (N. del T.)

sólo para comprobar si era cierto, acepté aquel dinero y me lo metí en el bolsillo.

—Ahora dígame cuál es la compañía de taxis más cercana.

Lo dijo, y miré el listín telefónico, lo que me indicó que me encontraba en las afueras de Nueva York.

Como no conocía el nombre del lugar y no quería que sospechara en qué estado se encontraba mi memoria, hice que él pidiera un taxi. Una de las vendas que me *había* quitado, *había* estado alrededor de mi cabeza.

Mientras daba la dirección, le oí mencionar el lugar: se llamaba Hospital Privado Greenwood.

Tiré el cigarrillo y cogí otro, y le quité a mis piernas unos noventa kilos de peso sentándome en una silla tapizada en marrón que había junto a la biblioteca.

—Esperaremos aquí y luego me acompañará hasta la puerta —dije.

No volví a oír una palabra de él.

II

Cuando el taxi me dejó en una esquina del pueblo más próximo, eran las ocho en punto. Le pagué al conductor y luego estuve caminando alrededor de veinte minutos. Me detuve en un bar a desayunar. Tomé un zumo, un par de huevos, tostadas, bacon, y tres tazas de café. El bacon tenía demasiada grasa.

Cuando acabé de desayunar, había pasado casi una hora. Eché a andar de nuevo; encontré una tienda de ropa y esperé hasta las nueve y media, la hora de abrir.

Compré un par de pantalones, tres camisas de sport, un cinturón, ropa interior y un par de zapatos de mi medida; me compré también un pañuelo, una billetera y un peine de bolsillo.

Encontré una estación de autobuses y cogí uno que iba hacia la ciudad de Nueva York. Nadie trató de detenerme. Nadie parecía buscarme...

Sentado allí, mirando el campo coloreado por el otoño y cuya hierba era agitada por un fuerte viento bajo un frío y brillante cielo, analicé lo que sabía de mí y mis circunstancias.

Había sido ingresado en el Greenwood por mi hermana Evelyn Flaumel bajo el nombre de Cari Corey. Eso se debió a un accidente de coche que había tenido quince días atrás, en el que sufrí varias fracturas de huesos que ya no me molestaban en lo más mínimo. Y no recordaba a mi hermana Evelyn. La gente de Greenwood había

recibido órdenes de mantenerme en un estado pasivo, y temían que los denunciara, como amenacé con hacerles cuando me liberé. Bien. Alguien tenía miedo de mí por alguna razón. Jugaría la partida hasta el final.

Me obligué a volver otra vez hasta el momento del accidente, pensamiento que mantuve en la cabeza hasta que me produjo dolor. Tenía la impresión de que no había sido un accidente, aunque no sabía por qué. Lo averiguaría y alguien pagaría por ello. Pagarían mucho, mucho. Una cólera terrible invadió mi cuerpo. Quienquiera que haya sido el que intentó herirme, usarme, lo hizo bajo su propio riesgo, y recibiría su merecido, fuera quien fuese. Sentía un apremiante deseo de matar, de destruir al culpable; y sabía que no era la primera vez en mi vida que sentía algo así, y sabía que en el pasado lo había cumplido. Más de una vez.

Miré por la ventanilla, viendo cómo caían las hojas muertas.

Cuando llegué a la ciudad, lo primero que hice fue entrar en la peluquería más cercana para que me afeitaran y cortaran el pelo; y lo segundo, fue cambiar de camisa en un servicio, ya que no soporto los pelillos en la espalda. La 32 automática, que pertenecía al individuo sin nombre del Greenwood, estaba en el bolsillo derecho de mi chaqueta. Almorcé rápidamente, y anduve en metro y autobuses por espacio de una hora; luego cogí un taxi para que me llevara a la dirección de Evelyn, mi supuesta hermana y posible estimuladora de recuerdos, en Westchester.

Mientras me acercaba, iba pensando en lo que iba a decir. Por eso, cuando la enorme puerta del viejo lugar se abrió en respuesta a mi llamada, ya sabía lo que diría. Lo había pensado mientras caminaba por el largo, sinuoso, camino de grava blanca, entre los oscuros robles y brillantes arces, mientras las hojas crujían bajo mis pies y el viento enfriaba mi recién afeitado cuello, protegido por la levantada solapa de la chaqueta. El olor del tónico capilar se mezclaba con la humedad de las hiedras que cubrían todos los muros de aquel viejo lugar de ladrillo. No me sentía familiarizado con el sitio. No creía haber estado nunca antes allí.

Había golpeado la puerta, recibiendo un eco.

Luego metí las manos en los bolsillos y esperé.

Cuando la puerta se abrió, sonreí y asentí a la morena doncella cubierta de lunares y acento portorriqueño.

—¿Sí? —dijo.

—Desearía ver a la señorita Evelyn Flaumel, por favor.

—¿A quién debo anunciar?

—A su hermano Cari.

—¡Oh! Entre, por favor —me dijo.

Entré a un vestíbulo cuyo suelo era un mosaico de pequeñas baldosas color salmón y turquesa, las paredes de caoba, y donde, desde el techo, un cubo de cristal y esmalte arrojaba una luz amarilla.

La doncella se marchó y yo miré a mi alrededor buscando algo que me resultara familiar.

Nada.

Esperé.

Momentos después, la doncella regresó, hizo un gesto de asentimiento y dijo:

—Sígame, por favor. Le recibirá en la biblioteca.

La seguí por unas escaleras y por un corredor donde dejamos atrás dos puertas cerradas. La tercera a mi izquierda estaba abierta; la doncella me indicó que podía entrar. Así lo hice, y me detuve en el umbral.

Corno todas las bibliotecas, estaba repleta de libros. También había tres cuadros: dos de ellos representaban tranquilos paisajes campestres, y el tercero, un pacífico paisaje marino. El suelo estaba enmoquetado de verde. Junto a un enorme escritorio se hallaba un descomunal globo terráqueo, con África mirándome, y, detrás, un ventanal que ocupaba toda la pared, con ocho paneles de cristal. Pero no fue por ninguna de estas razones por lo que me detuve.

La mujer de detrás del escritorio llevaba un vestido de exagerado escote en forma de V de un color verde azulado; su cabello era largo, con un corto flequillo sobre la frente, todo ello una mezcla entre las nubes del atardecer y el borde exterior de la llama de una vela en una habitación que de lo contrario estaría a oscuras, y de algún modo supe que era natural; y sus ojos, detrás de unas gafas que no creí que necesitara, eran tan azules como el lago Eire a las tres de la tarde de un día de verano sin nubes; y el color de su comprimida sonrisa era igual a su cabello. Pero ninguna de estas fueron las razones por las que me detuve.

Yo la conocía de algún lugar, aunque no sabría decir de dónde.

Avancé, manteniendo la sonrisa.

—Hola —dije.

—Siéntate —dijo ella—, por favor —indicando una silla de respaldo alto y con grandes apoyabrazos anaranjados, inclinados en ese ángulo que tanto me gusta.

Lo hice y ella me estudió.

—Me alegra que estés de nuevo en pie.

—Yo también. ¿Cómo has estado?

—Bien, gracias. Debo admitir que no esperaba verte por aquí.

—Lo sé —mentí—, pero aquí estoy para agradecerte los cuidados que me brindaste —dejé que una nota de

ironía se filtrara a través de aquella sentencia para observar su reacción.

En ese momento entró en la habitación un perro enorme —un perro lobo irlandés— que se arrellanó frente al escritorio. Lo siguió otro, que dio varias vueltas alrededor del globo terráqueo antes de dejarse caer al suelo.

—Bueno —replicó ella, devolviendo la ironía—, era lo menos que podía hacer por ti. Deberías conducir con más cuidado.

—En el futuro —dije—, tomaré mayores precauciones, te lo prometo —no sabía qué clase de juego estaba jugando, pero ya que ella no sabía que yo no lo sabía, decidí continuar para intentar sacarle cuanta información pudiera.

—Supuse que tendrías curiosidad por saber en qué estado había quedado, por eso vine hasta aquí, para mostrártelo.

—La tenía y la tengo —replicó—. ¿Has comido?

—Un almuerzo ligero, hace horas ya —dije.

Llamó a la doncella y le ordenó que trajera comida. Luego dijo:

—Pensé que cuando te sintieras capaz, tú mismo decidirías marcharte de Greenwood, aunque nunca imaginé que fuera tan pronto, ni que vinieras aquí.

—Lo sé —dije—, por eso lo hice.

Me ofreció un cigarrillo que acepté; encendí el suyo y luego el mío.

—Siempre fuiste impredecible —me dijo finalmente—. Aunque en el pasado te ha ayudado mucho, yo no contaría con ello ahora.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Los premios son demasiado grandes como para jugar de farol, y creo que es eso lo que estás intentando al venir aquí. Siempre he admirado tu coraje, Corwin, pero no seas tonto. Sabes perfectamente quién es el que está ganando hasta ahora.

¿Corwin? Registrado como Corey.

—Quizá no —dije—. He dormido mucho tiempo, ¿te acuerdas?

—¿Quieres decir que no te has mantenido en contacto?

—Desde que desperté no he tenido oportunidad.

Inclinó la cabeza a un lado y entornó los maravillosos ojos.

—Temerario —dijo—, pero posible. Simplemente posible. Quizá hayas hecho algo inteligente y seguro. Déjame pensarlo.

Continué fumando, con la esperanza de que dijera algo más. Pero no lo hizo, así que decidí aprovechar lo que parecía una ventaja obtenida en aquel juego que no entendía, entre jugadores a los que no conocía y de cuyos premios no tenía la menor idea.

—El hecho de que esté aquí indica algo —dije.

—Sí —replicó—, lo sé. Pero eres inteligente, así que puede significar más de una cosa. Esperaremos y ya veremos.

¿Esperar qué? ¿Para ver qué? ¿Qué cosa?

Los filetes llegaron acompañados de una jarra de cerveza y me liberaron momentáneamente de hacer comentarios crípticos y generales sobre los que ella pudiera reflexionar sutil o cautelosamente. Mi filete era bueno: Rosado en el interior y lleno de jugo. Comía pan crujiente y bebía cerveza devorado por el hambre y la sed. Ella se reía cuando me miraba, mientras cortaba pequeños trozos del suyo.

—Me encanta la manera con que te enfrentas a la vida, Corwin. Esa es una de las razones por las que odiaría que la perdieras.

—Yo también —murmuré.

Y mientras comía, pensé en ella. La vi con un vestido de escote bajo, verde como el verde del mar. Había música y danza, y voces a nuestras espaldas. Yo vestía de negro y plata y... La visión se alejó. Supe que aquella era una parte real de mi memoria, e interiormente maldije por no poder poseerla por entero. ¿Qué me había estado diciendo ella, en su verde, a mí, en mi negro y plata, aquella noche, detrás de la música, de la danza, de las voces?

Serví más cerveza para los dos y decidí intentarlo con la visión.

—Recuerdo una noche —dije —que ibas vestida completamente de verde y yo con mis colores. Qué hermoso parecía todo... Y la música...

Su rostro se tornó levemente melancólico y sus mejillas se suavizaron.

—Sí —dijo—. ¿Acaso no fueron aquellos días perfectos...? ¿De verdad no has estado en contacto?

—Te doy mi palabra —dije (¡para lo que valía!).

—Las cosas han empeorado —comentó—, y las sombras tienen más horrores de los que cualquiera de nosotros pudiera haber imaginado...

—¿Y...? —pregunté.

—El todavía tiene problemas —finalizó.

—¡Oh!

—Sí —continuó—, y querrá saber del lado de quién estás.

—Aquí precisamente —dije.

—¿Quieres decir...?

—Por ahora —concluí, quizá demasiado rápidamente, ya que sus ojos se abrieron bastante—, pues todavía no conozco el estado de todos los asuntos —tuviera el significado que tuviere lo que acababa de decir.

—¡Oh!

Terminamos de comer nuestros filetes y de beber nos las cervezas y arrojamos los huesos a los perros.

Tomamos algo de café y me puse fraternal, pero reprimí aquel sentimiento.

Pregunté:

—¿Y los otros? —lo que podía significar cualquier cosa, aunque parecía algo seguro.

Por un momento temí que me preguntara qué quería decir. Pero, en vez de eso, se reclinó contra la silla, miró el techo y dijo:

—Como siempre. No se ha sabido nada de ninguno. Quizá el tuyo fuera el modo más sabio de actuar. Lo apruebo. Pero, ¿cómo puede una olvidar... la gloria?

Bajé la mirada, pues no estaba seguro de lo que reflejaría.

—Uno no puede —dije—, uno nunca puede.

Siguió un largo e incómodo silencio, tras el cual dijo:

—¿Me odias?

—Por supuesto que no —repliqué—. ¿Cómo podría... considerando todo lo ocurrido?

Aquello pareció complacerla, y sonrió, mostrando sus dientes blancos, muy blancos.

—Gracias —dijo—. Aparte de todo, eres un caballero.

Incliné la cabeza y sonreí.

—Me harás cambiar de bando.

—Si tenemos todo en cuenta —dijo—, será difícil.

Aquello me hizo sentir incómodo.

Mi cólera estaba allí, y me preguntaba si ella sabía hacia quién iba dirigida. Intuía que sí, que lo sabía, y tuve que luchar contra el deseo de preguntárselo abiertamente.

—Bien, ¿y qué es lo que pretendes hacer? —preguntó finalmente.

Me estaba poniendo a prueba.

—Por supuesto, no confías en mí... —repliqué.

—¿Acaso podríamos hacerlo nosotros?

No olvidaría aquel *nosotros.*

—Bien, entonces. Por un tiempo estoy dispuesto a permanecer bajo tu vigilancia. Me sentiré contento de quedarme aquí, donde puedas tenerme siempre vigilado.

—¿Y después?

—¿Después? Ya veremos.

—Inteligente —dijo—. Muy inteligente. Me pones en una situación difícil (yo lo había dicho porque no tenía ningún lugar a donde ir, y el dinero que había conseguido no me duraría mucho). Sí, por supuesto que te puedes quedar. Pero déjame prevenirte —y tomó lo que me había parecido un colgante sujeto a una cadena alrededor de su cuello—, esto es un silbato ultrasónico. Donner y Blitzer, los perros, tienen cuatro hermanos. Todos están entrenados para encargarse de las personas desagradables, y todos responden al silbato. Así que no vayas a ningún lugar al que no te llamen. Una o dos llamadas e incluso tú mismo serías destruido por ellos. ¿Sabes? Gracias a ellos ya no hay lobos en Irlanda.

—Lo sé —dije, dándome súbita cuenta de ello.

—Sí —continuó—, a Eric le gustará saber que eres mi huésped. Eso hará que te deje en paz, que es lo que quieres, n'*est ce pas?*

—*Oui,*

¡Eric! ¡Aquel nombre significaba algo! Yo *había* conocido a un Eric, y de algún modo había sido importante. Pero no recientemente. El Eric al que conocí todavía andaba por ahí, y aquello seguía siendo importante.

¿Por qué?

Lo odiaba, aquello era una razón. Lo odiaba lo suficiente como para haber pensado en matarlo. Quizá hasta lo había intentado.

También sabía que existía una cierta unión entre nosotros.

¿Parentesco?

Sí, eso era. A ninguno de los dos le agradaba que fuéramos... hermanos... recordaba, recordaba...

El grande y poderoso Eric, con su húmeda barba rizada y los ojos... ¡cómo los de Evelyn!

Fui atormentado por una nueva oleada de memoria, mis sienes latieron y mi cuerpo comenzó a sudar.

No permití que nada de esto se reflejara en mi rostro, y me obligué a seguir fumando y a beber un poco más de cerveza, ya que me había dado cuenta de que Evelyn era realmente mi hermana. Sólo que Evelyn no era su nombre, no sabía cuál era, pero Evelyn, no. Decidí que tendría que ser muy cuidadoso. Hasta que lo recordara, no usaría ningún nombre para dirigirme a ella.

¿Y qué pasaba conmigo? ¿Qué era lo que estaba ocurriendo a mi alrededor?

Eric, me di cuenta repentinamente, había tenido alguna conexión con mi accidente. Debería haber sido fatal, pero logré salvarme. *El* había sido el responsable. Sí, contestaron mis sentimientos. Tenía que haber sido Eric. Y Evelyn estaba trabajando con él, pagando en Greenwood para que me mantuvieran en coma. Mejor que estar muerto, pero...

Me percataba de que al acudir a la casa de Evelyn me ponía en manos de Eric, y que sería su prisionero, y que si me quedaba estaría indefenso ante cualquier ataque.

Pero ella había sugerido que siendo su huésped, me dejaría en paz. No podía considerar nada como seguro. Debería estar siempre en guardia. Quizá simplemente lo mejor fuera que me marchara y dejara que mis recuerdos volvieran de forma natural.

Pero estaba la terrible sensación de urgencia. Tenía que averiguar la historia completa tan pronto como fuera posible, y actuar inmediatamente después de conocerla. Estaba dentro de mí como una compulsión. Si el peligro era el precio de la memoria y el riesgo el coste de la oportunidad, que así fuera. Me quedaría.

—Y recuerdo —dijo Evelyn, y me di cuenta de que había estado hablando durante un rato y yo ni siquiera la había escuchado. Quizá se debiera a la cualidad reflexiva de sus palabras, que no requerían ninguna clase de respuesta... debido quizás a la urgencia de mis pensamientos.

—Y recuerdo el día que derrotaste a Julián en su juego favorito, lo que hizo que te arrojara una copa de vino a la cara y te maldijera. Pero tú te llevaste el premio; y él repentinamente tuvo miedo de haber ido demasiado lejos. Pero entonces tú te reíste y tomaste una copa de vino con él. Creo que me sentí mal ante aquella muestra de temperamento, cuando normalmente era tan frío, y creo que aquel día te envidió. ¿Te acuerdas? Me parece que desde entonces, hasta cierto punto, te ha imitado en algunos aspectos. Pero yo todavía le odio y espero que caiga pronto. Siento que él...

Julián, Julián, Julián. Sí y no. Algo acerca de un juego y yo acosando a un hombre y destruyendo un autocontrol casi legendario. Sí, había una sensación de familiaridad: y no, ya que no podría decir con seguridad de qué se había tratado.

—Y Caine, cómo le engañaste. ¿Sabes? Desde aquel momento, te odia...

Pude darme cuenta de que no era muy querido. No sé por qué, aquel sentimiento me agradó.

Y Caine también me era familiar.

Eric, Julián, Caine, Corwin. Los nombres flotaban en mi cabeza, y de algún modo me resultaba difícil soportarlo.

—Ha pasado tanto tiempo... —dije casi involuntariamente, y parecía ser verdad.

—Corwin —dijo ella—, no nos engañemos. Sé que quieres más que seguridad. Además, todavía eres lo suficientemente fuerte como para sacar algo de esto, si juegas tu baza correctamente. No tengo idea de lo que tienes en mente, pero quizá podamos hacer un trato con Eric —la primera persona del plural se había filtrado. Ella ya había llegado a la conclusión de que yo era una pieza de valor en lo que estaba ocurriendo. Podía decir que veía una oportunidad para obtener algo para sí misma. Sonreí, sólo un poco—. ¿Por eso viniste aquí? —continuó—. ¿Tienes alguna proposición para Eric, algo que requiera un viaje entre los planos?

—Quizá —repliqué—, cuando piense un poco más en ello. Me he recobrado hace tan poco tiempo, que todavía debo reflexionar bastante —aunque lo que quería era estar en mejores condiciones para actuar rápidamente, si decidía que mis intereses estaban del lado de Eric.

—Ten cuidado —añadió—, ya sabes que le contaré todo lo que hablemos aquí.

—Por supuesto —dije, sin saberlo realmente, tratando de aferrarme a algo—, a menos que tus intereses estuvieran unidos a los míos.

Sus cejas se unieron bastante, apareciendo arrugas entre ellas.

—No estoy segura de lo que estás proponiendo.

—Aún no estoy proponiendo nada —dije—. Simplemente estoy siendo honesto contigo al decirte que no sé. No estoy muy seguro de que quiera hacer un trato con Eric. Después de todo... —dejé que las palabras se perdieran adrede, ya que no tenía nada con qué continuar, aunque sabía que debería decir algo más.

—¿Acaso te ha ofrecido alguna alternativa? —se puso en pie repentinamente, cogiendo el silbato—. ¡Bleys! ¡Por supuesto!

—Siéntate —le dije—, y no seas ridícula. ¿Me entregaría a ti tan fácil y tranquilamente sólo para que me echaras de comida a los perros, simplemente porque a ti se te ocurre pensar en Bleys?

Se relajó, incluso se derrumbó un poco, y volvió a sentarse.

—Posiblemente, no —dijo por fin—, pero sé que eres un jugador de ventaja. Si has venido hasta aquí para disponer de un aliado, ni siquiera lo intentes. No soy tan importante. Ya deberías saberlo; además, siempre pensé que yo te caía bien.

—Antes y ahora —dije—, y no tienes nada de qué preocuparte. Aunque es interesante que hayas mencionado a Bleys.

Y que hables más, más, más. Hay tanto que quiero saber.

—¿Por qué? ¿Ha tratado de ponerse en contacto contigo?

—No te lo diré —repliqué, esperando que me diera algo con lo que poder sostenerme. Y, ahora que sabía cómo era Bleys —: Si lo hubiera hecho, le hubiera contestado lo mismo que le contestaría a Eric… «Lo pensaré».

—Bleys —repitió ella.

Y yo me dije a mí mismo: Bleys, Bleys, me gustas. No recuerdo por qué, y sé que hay razones para todo lo contrario… Pero me gustas, lo sé.

Estuvimos sentados un rato, yo me sentía fatigado, pero no permitía que se reflejara en mi rostro. Debía ser fuerte. Sabía que debía serlo.

Sentado allí, sonreí y dije:

—Tienes una buena biblioteca.

Y ella respondió:

—Gracias.

—Bleys —repitió después de un tiempo—. ¿Crees que tiene alguna posibilidad?

Me encogí de hombros.

—¿Quién sabe? Por cierto, yo no lo sé. Quizá él sí. Quizá no.

Me miró, sus ojos estaban ligeramente abiertos, su boca también.

—¿Tú no? —dijo—. ¿No vas a tratar de conseguirlo?

Reí, solamente con el propósito de contrarrestar sus emociones.

—No seas tonta —dije cuando terminé—. ¿Yo?

Pero mientras ella lo decía, supe que había tensado una cuerda profundamente enterrada y que latió con un estentóreo:

—¿Por qué no?

Súbitamente tuve miedo.

Parecía relajada ante mi rechazo, fuera lo que fuese lo que estaba rechazando. Sonrió, e indicó un bar que había a mi izquierda.

—Me gustaría un *Irish Mist* —dijo.

—También a mí —repliqué, levantándome y preparando un par de ellos.

—¿Sabes? —dije después de haberme sentado nuevamente—. Es agradable estar juntos así, aunque sea por poco tiempo. Trae recuerdos.

Sonrió, y estaba encantadora.

—Tienes razón —dijo tomando su bebida—. Contigo aquí casi me siento en Ámbar —y yo casi dejé caer mi copa.

¡Ámbar! La palabra había enviado una corriente eléctrica por mi columna vertebral.

Se puso a llorar. Para reconfortarla, me levanté y acaricié sus hombros.

—No llores, pequeña. Por favor, no lo hagas. A mí también me hace infeliz —¡Ámbar! Había algo en aquella palabra. ¡Algo eléctrico y poderoso!—. Volverán los buenos tiempos —dije suavemente.

—¿Lo crees realmente? —preguntó.

—Sí —dije en voz alta—. ¡Sí, lo creo!

—Estás loco —dijo—. Quizá sea esa la razón por la que seas mi hermano favorito. Casi puedo creer cualquier cosa que digas, aún sabiendo que estás loco.

Lloró un poco más y se detuvo.

—Corwin —dijo—, si lo logras... si por cualquier cosa salida de las Sombras lo logras... ¿te acordarás de tu hermana Florimel?

—Sí —dije, sabiendo que aquel era su nombre—, sí, me acordaré de ti.

—Gracias. A Eric sólo le diré lo importante, sin mencionar a Bleys ni mis últimas sospechas.

—Gracias, Flora.

—Pero no confío en ti en absoluto. Recuerda también eso.

—No hace falta que lo digas.

Llamó a la doncella para que me mostrara el dormitorio, donde logré desvestirme, caer en la cama y dormir once horas.

III

Por la mañana ella ya se había marchado sin dejar ningún mensaje. La doncella me sirvió el desayuno en la cocina, y luego se marchó para ocuparse de la casa. Yo ya había descartado la idea de sonsacarle información, ya que no sabría nada o no me diría nada de lo que quería saber, y, sin lugar a dudas, también le informaría a Flora de mis intentos. Así que, ya que parecía tener plena libertad, decidí ir de nuevo a la biblioteca y ver qué podía encontrar allí. Además, me gustan las bibliotecas. Me hace sentir cómodo y seguro tener muros de palabras, hermosas y sabias, a mi alrededor. Siempre me siento mejor cuando puedo ver que hay algo que mantiene a raya a las sombras.

Desde algún lugar apareció Donner o Blitzer, o alguno de sus hermanos, y me siguió por el corredor, caminando con las patas rígidas y olisqueando mi rastro. Traté de hacerme su amigo, pero era lo mismo que intentar intercambiar cortesías con el soldado que te ordena que te apartes del camino.

Mientras me dirigía a la biblioteca, inspeccioné algunas de las otras habitaciones, pero resultaron ser completamente normales.

Entré en la biblioteca, y África todavía me miraba. Cerré la puerta a mi espalda para mantener fuera a los perros y paseé por el cuarto leyendo los lomos de los libros en las estanterías.

Había gran cantidad de libros de historia; de hecho, parecían dominar toda la colección. También había muchos libros de arte, de esos de edición de lujo para coleccionistas, ante los cuales me detuve a hojear algunos. Normalmente, pienso mejor cuando estoy enfrascado en algo diferente a lo que me preocupa.

Me pregunté cuáles serían las fuentes de la riqueza de Flora. Si éramos hermanos, ¿significaba aquello que yo también, de algún modo, gozaba también de la misma opulencia? Pensé en mi estado económico y social, mi profesión, mis orígenes. Tuve la sensación de que nunca había tenido que preocuparme por el dinero, y que siempre hubo tanto como para no estarlo. ¿Era dueño de una casa tan grande como aquella? No podía recordarlo. ¿Qué hacía antes?

Me senté detrás del escritorio y hurgué en mi mente, buscando algún lugar especial que pudiera poseer cierto conocimiento. Es difícil examinarse a uno mismo de ese modo, como a un desconocido. Quizá esa fue la razón por la que no pude hallar nada. Lo que es tuyo es tuyo, y es una parte de ti, y simplemente pertenece a una parte privada e interna; eso es todo.

¿Fui doctor? Me vino a la mente mientras hojeaba algunos de los dibujos de anatomía de Da Vinci. Casi por reflejo, empecé a recordar mentalmente los pasos de varias intervenciones quirúrgicas. Me di cuenta de que en el pasado había operado a algunas personas.

Pero no era aquello. Mientras descubría que poseía conocimientos médicos, supe que aquel conocimiento era parte de otra cosa. De algún modo, sabía que no había practicado la cirugía. Entonces, ¿qué? ¿Qué más sabía?

Algo atrajo mi mirada.

Sentado allí, me llamó poderosamente la atención la pared más lejana, en la que, entre otras muchas cosas, había colgado un antiguo sable de caballería que había pasado por alto cuando llegué por primera vez. Me levanté, crucé el cuarto y lo cogí.

Estaba en mal estado. Me hubiera gustado tener un paño con lubricante y una piedra de afilar para ponerlo una vez más en el estado en que debería estar.

Yo conocía algo sobre armas antiguas, especialmente armas blancas.

El sable en mi mano parecía liviano y eficiente, y me sentía capaz de manejarlo. Me puse en guardia, ataqué y defendí varias veces. Sí, sabía que podía utilizarlo.

¿Qué clase de preparación podía deducirse de aquel hecho? Miré a mi alrededor buscando algo que me trajera nuevos recuerdos.

No se me ocurrió nada más, por lo que coloqué el sable nuevamente en su lugar y volví al escritorio. Allí sentado, decidí revisarlo completamente.

Comencé por el medio y continué hacia arriba por el lado izquierdo, y hacia abajo por el lado derecho, cajón por cajón.

Todo lo que había eran efectos de escritorio: sobres, sellos, papel de carta, lápices, gomas de borrar... todos eran artículos normales.

Había sacado cada cajón fuera del escritorio y los mantuve sobre las piernas mientras inspeccionaba su contenido. No era simplemente una idea, sino algo que formaba parte del entrenamiento que recibiera una vez y que me decía que debía revisar los lados y también el fondo.

Hubo algo que casi dejé pasar pero que, en el último momento, atrajo mi atención: el fondo del último cajón del lado derecho no era tan alto como los fondos de los otros cajones.

Aquello indicaba algo, y cuando me arrodillé y miré en el hueco del cajón, descubrí una cajita que estaba fija a la parte superior.

En sí misma, era un pequeño cajón, y estaba cerrada.

Empleé aproximadamente un minuto en intentar abrirlo con un clip, un alfiler y, finalmente, con un calzador metálico que había visto en otro cajón. El calzador lo logró abrir.

El cajón contenía un paquete de cartas.

Y el paquete llevaba un emblema que me hizo poner rígido donde estaba arrodillado; comencé a sudar y a respirar agitadamente.

Era un Unicornio Blanco en un Campo Verde, mirando hacia la derecha.

Yo conocía aquel emblema, y me dolía no poder nombrarlo.

Abrí el paquete y saqué las cartas. Eran parecidas a las del Tarot, con sus varas mágicas, pentáculos, copas y espadas, pero los Arcanos Mayores eran bastante diferentes.

Antes de continuar con mi inspección, coloqué los dos cajones en su sitio, cuidando de no cerrar el más pequeño.

Los Arcanos casi aparentaban tener vida, era como si estuvieran dispuestos a salir de aquellas brillantes superficies. Las cartas eran frías al tacto, y me daba un placer especial sostenerlas; y repentinamente supe que una vez había poseído un paquete igual.

Comencé a extenderlas sobre el escritorio.

La primera mostraba a un hombre pequeño de aspecto astuto, con una nariz aguda y cabello de color rojizo. Estaba vestido con algo parecido a un traje renacentista de color naranja, rojo y marrón. Llevaba largas medias y un jubón ajustado, adornado de pedrería. Y yo le conocía. Su nombre era Random.

En la siguiente, el rostro pasivo de Julián, su cabello oscuro y largo, ojos azules que no poseían pasión ni compasión. Estaba completamente vestido con una armadura de algo que parecían escamas, blanca, ni de plata ni pintada, sino que parecía esmaltada. Sabía, aun a pesar de su apariencia festiva y decorativa, que era terriblemente duro y resistente. Aquel era el hombre al que yo había derrotado en su juego favorito, por lo que me había arrojado una copa de vino. Le conocía y le odiaba.

Luego apareció el rostro oscuro y atezado de Caine, todo vestido de satén negro y verde, y llevando un sombrero de tres puntas ladeado sobre su cabeza, con plumas verdes que pendían por detrás. Estaba de pie y de perfil, con un brazo apoyado en la cadera. Las puntas de sus botas estaban curvadas hacia arriba, y llevaba una daga adornada con esmeraldas. Había ambivalencia en mi corazón.

Y entonces apareció Eric. Hermoso según cualquier canon. Su cabello era tan negro como para parecer casi azul. Su barba se rizaba alrededor de la boca siempre sonriente, y estaba vestido simplemente con una chaqueta de cuero y polainas, una capa sencilla y altas botas negras, y llevaba un cinturón rojo del que colgaba un sable plateado adornado con un rubí, y el cuello de su alta capa alrededor de la cabeza estaba surcado de rojo, haciendo juego con los adornos de sus mangas. Sus manos, cuyos dedos pulgares se ocultaban en el cinturón, eran terriblemente fuertes y prominentes. Un par de guantes negros sobresalía del cinturón, cerca de su costado derecho. Se trataba, estaba seguro, del que había intentado matarme aquel día en que casi muero. Le estudié y de algún modo le temí.

Luego apareció Benedict, alto y severo; delgado de cuerpo, delgado de rostro, pero amplio de mente. Vestía de naranja, amarillo y marrón, y me hizo recordar calabazas y almiares y espantapájaros y *La Leyenda del Valle Durmiente*[*] . Tenía un mentón largo y fuerte, ojos color avellana y cabello marrón que nunca se rizaba. Estaba de pie ante un caballo cobrizo y se apoyaba en una

[*] Relato de Washington Irving. (N. del A.)

lanza en la que había anudada una corona de flores. Muy raramente reía. Me gustaba.

Cuando descubrí la carta siguiente, me detuve, y mi corazón dio un salto y comenzó a golpear contra el pecho pidiendo a gritos que lo dejaran salir.

Era yo.

Conocía a mi yo afeitado, y aquél no era otro que el reflejo del espejo. Sí, ojos verdes, cabello negro, vestido de negro y plata. Llevaba una capa que me envolvía suavemente, como si se debiera al viento. Calzaba botas negras, como las de Eric, y yo también me armaba con una espada, sólo que la mía era más pesada que la suya, aunque no tan larga. Tenía puestos guantes, que eran plateados y de malla. El broche de mi cuello estaba labrado con la forma de una rosa de plata.

Yo, Corwin.

Y un hombre poderoso y grande me miraba desde la otra carta. Se parecía muchísimo a mí, a excepción de la barbilla, que estaba más marcada, y supe que era más grande que yo, aunque más lento. Su fuerza era ya leyenda. Vestía una túnica color azul y gris que se ceñía a la cintura con un cinturón ancho y negro. Estaba de pie, riendo. Alrededor de su cuello, de un grueso cordón, colgaba un cuerno de caza, que era de plata. Llevaba una barba que le abarcaba el óvalo del rostro y un bigote poco espeso. En su mano derecha sostenía una copa de vino. Sentí un repentino afecto hacia él. Entonces se me ocurrió su nombre. Era Gérard.

Luego vino un hombre de fiera barba y aspecto llameante, vestido completamente de rojo y naranja, casi toda su ropa era de seda, y sostenía una espada en la mano derecha y una copa de vino en la izquierda, y el demonio en persona danzaba detrás de sus ojos, que eran tan azules como los de Flora y Eric. Su mentón era pequeño, pero cubierto de barba. Su espada estaba incrustada de una elaborada filigrana dorada. Tenía dos enormes anillos en la mano derecha y uno en la izquierda: una esmeralda y un rubí, y un zafiro, respectivamente. Este, lo sabía, era Bleys.

Entonces apareció una figura que fluctuaba entre Bleys y yo. Mis rasgos, aunque más pequeños, y mis ojos; el cabello de Bleys y sin barba. Vestía un traje de montar verde y estaba sentado sobre un caballo blanco, dirigiéndose hacia el lado derecho de la carta. Había en él una cualidad que iba desde la fuerza hasta la debilidad, el tesón y el abandono. Me agradaba y a la vez me desagradaba, me caía bien y a la vez me repelía. Supe que su nombre era Brand. Apenas posé los ojos sobre él, lo supe.

De hecho, me daba cuenta de que los conocía a todos perfectamente, que los recordaba a todos, con sus fuerzas y debilidades, con sus victorias y fracasos.

Porque todos ellos eran mis hermanos.

Encendí un cigarrillo que cogí de la pitillera que había sobre el escritorio de Flora. Me recliné sobre el asiento y consideré todas las cosas que había recordado.

Aquellos hombres extraños, vestidos con sus extrañas ropas, eran mis hermanos. Y supe que era correcto y adecuado que se vistieran del modo que eligieran, así como era correcto para mí vestir de negro y plata. Me reí, pensando en la ropa que llevaba; la ropa que había comprado en la pequeña tienda de aquel pueblo donde me detuve tras haber dejado Greenwood.

Estaba con pantalones negros, y todas las camisas que había comprado, habían sido de un color gris plata. La chaqueta también era negra.

Volví nuevamente a las cartas, y allí estaba Flora con un vestido tan verde como el mar, tal como la recordara la noche anterior; y luego apareció una muchacha de cabello negro, con un cinturón de plata alrededor de la cintura. Su nombre era Deirdre. Luego apareció Piona, con su cabello como el de Bleys o el de Brand, con mis ojos, y una piel de nácar. Desde el momento que di vuelta la carta, la odié. La siguiente era Llewella, cuyo cabello hacía juego con sus ojos color jade, vestida de relucientes gris y verde, y con un cinturón lavanda, y parecía triste. Por alguna razón, supe que ella no era como el resto de nosotros. Pero igualmente era mi hermana.

Experimenté un terrible sentimiento de alejamiento y distancia de toda aquella gente. Y, sin embargo, parecían estar físicamente cerca.

Las cartas eran tan frías al tacto, que las dejé nuevamente sobre el escritorio, aunque lo hice con un poco de desgana al tener que abandonar su contacto.

Aunque ya no había ninguna carta que fuera interesante. Todas las demás, eran cartas menores, y de algún modo sabía que —¡ah, de algún modo! —faltaban varias cartas.

Sin embargo, no tenía ninguna idea de lo que representaban los Triunfos que faltaban.

Extrañamente, aquello me entristeció, cogí el cigarrillo y murmuré:

—¿Por qué todas estas cosas que volvieron tan fácilmente al ver las cartas... volvieron sin traer consigo sus contextos? Ahora sé más de lo que sabía antes con respecto a rostros y nombres, pero es lo único. No puedo imaginar el significado de que todos estemos representa—

dos de este modo en los naipes. Y sin embargo, siento un fuerte deseo de poseer un paquete. Si cojo las de Flora, sé que se dará

cuenta inmediatamente, y me encontraré en apuros. Lo mejor es devolverlas al pequeño cajón detrás del grande y cerrarlo otra vez. ¡Dios, cómo he atormentado mi cerebro prácticamente para nada!

Hasta que recordé una palabra mágica.

Ámbar.

La noche anterior había estado perturbado por aquella palabra. Lo suficientemente perturbado como para evitar pensar en ella hasta aquel momento. Pero ahora la hacía rodar alrededor de mi mente, y examinaba todas las asociaciones que despertaba al tocar un punto sensible.

La palabra estaba cargada de una poderosa añoranza y una terrible nostalgia. Tenía una especie de belleza olvidada, de gran logro, y un sentimiento de poder que era terrible y casi último. De alguna manera, la palabra pertenecía a mi vocabulario. De algún modo, era parte de él y parte mía. Era el nombre de un lugar. Supe que era el nombre de un lugar que yo había conocido una vez. Aunque no se me presentaron imágenes, sólo emociones.

Cuánto tiempo permanecí así sentado, no lo sé. El tiempo pareció abandonarme en mis ensueños.

Me di cuenta, desde el centro de mis pensamientos, que habían llamado suavemente a la puerta. Luego el picaporte giró y la doncella, cuyo nombre era Carmella, entró y me preguntó si deseaba almorzar.

Pareció una buena idea, así que la seguí nuevamente hasta la cocina, donde me comí medio pollo y bebí un cuarto de litro de leche.

Me dirigí nuevamente a la biblioteca cargando un termo con café y evitando a los perros. Ya iba por la segunda taza cuando sonó el teléfono.

Deseé cogerlo, pero supuse que habría extensiones por toda la casa y que Carmella lo cogería desde algún lugar.

Estaba equivocado. Aún seguía sonando.

Finalmente, no pude resistir más.

—Hola —dije—. Residencia Flaumel.

—Por favor, ¿podría hablar con la señorita Flaumel?

Era la voz de un hombre, rápida y ligeramente nerviosa. Parecía como si le faltara el aire, y sus palabras estaban disfrazadas por el débil tañido y las voces fantasmas de las llamadas de larga distancia.

—Lo siento —le dije—. No se encuentra aquí en este momento. ¿Puedo tomar el mensaje y decir que le llame luego?

—¿Con quién estoy hablando? —demandó.

Dudé, luego dije:

—Mi nombre es Corwin.

—¡Oh, Dios! —exclamó, y siguió un largo silencio. Empecé a pensar que había colgado. Dije:

—¿Hola? —justo antes de que empezara a hablar.

—¿Está viva todavía? —preguntó.

—¡Por supuesto que todavía está viva! ¿Con quién demonios estoy hablando?

—¿No reconoces la voz, Corwin? Soy Random. Escúchame, estoy en California y tengo problemas. Llamaba a Flora para pedirle asilo. ¿Estás con ella?

—Temporalmente —le dije.

—Ya veo. ¿Me darás tu protección, Corwin? —una pausa. Luego —: Por favor.

—Toda la que pueda —contesté—, pero no puedo obligar a Flora a nada antes de consultarlo con ella.

—¿Me protegerás contra ella?

—Entonces es perfecto para mí. Voy a tratar de ir ahora a Nueva York. Iré por un camino un poco indirecto, así que no sé cuánto tiempo me tomará llegar hasta allí. Si puedo evitar las sombras erróneas, te veré pronto. Deséame suerte.

—Suerte.

Hubo un click, y me quedé escuchando el lejano tañido y las voces fantasmas.

¡Así que el presuntuoso de Random estaba en problemas! Tenía el presentimiento de que no debería haberme molestado especialmente, pero era posible que fuera una de las llaves de mi futuro y de mi pasado. Trataría de ayudarle en todo lo que pudiera hasta haber obtenido de él toda la información que deseaba. Sabía perfectamente que ya no quedaba entre nosotros mucho amor fraternal. Pero también sabía que no era tonto. Tenía recursos y era astuto, extrañamente sentimental por las cosas más estúpidas; y, por otra parte.su palabra no valía absolutamente nada, y, probablemente, si lograba obtener mucho con ello, vendería mi cadáver a la escuela de médicos. Recordaba muy bien a aquel pilluelo, con un ligero toque de afecto, quizá por unas cuantas veces que lo pasáramos bien. Pero, ¿confiar en él? Nunca. Decidí no decirle nada a Flora de su llegada hasta el último momento. Podría utilizarlo como un as, o, al menos, como una jota.

Añadí algo de café caliente a lo que quedaba en la taza y bebí lentamente.

¿De quién estaba escapando?

No de Eric, ciertamente, o no hubiera llamado aquí. Me pregunté por qué quiso saber si Flora había muerto por el hecho de estar yo aquí. ¿Estaba tan estrechamente aliada con el hermano que yo odiaba que era conocimiento común en la familia que le haría a ella lo mismo que a él si tuviera la oportunidad? Parecía extraño, pero él había hecho la pregunta.

¿Qué clase de alianza mantenían? ¿Cuál era la fuente de aquella tensión, de aquella oposición? ¿Por qué estaba huyendo Random?

Ámbar.

De algún modo sabía que la clave de todo se encontraba en Ámbar. El secreto de toda la confusión estaba en Ámbar, en algo que había ocurrido en aquel lugar, y, juzgaba yo, muy recientemente. Debía dar a entender que tenía el conocimiento que no poseía mientras se lo sacaba, pieza a pieza, a los que lo tenían. Confiaba en mí mismo, podría nacerlo. Desconfiaban demasiado entre ellos mismos como para que fueran cautelosos. Me basaría en aquello. Obtendría cuanto necesitase, tomaría lo que quisiera, y recordaría a los que me ayudaran y pisotearía al resto. Esto, lo sabía, era la ley que regía la vida de nuestra familia, y yo era un verdadero hijo de mi padre.

Mi dolor de cabeza vino de nuevo, repentinamente, lanzando punzadas que me rompían el cerebro. Algo que pensé con respecto a mi padre, o adiviné, o sentí... Aquello fue lo que hizo que comenzara el dolor. Pero no estaba seguro ni del por qué ni del cómo.

Después de un tiempo, el dolor pasó, y me dormí en la silla. Después de un tiempo mucho más largo, se abrió la puerta y entró Flora. Una vez más era de noche.

Estaba vestida con una blusa de seda verde y con una falda larga de seda gris. Tenía puestos unos zapatos livianos, ideales para andar, y unas medias gruesas. Su cabello estaba peinado hacia atrás y parecía ligeramente pálida. Todavía llevaba el silbato de los perros.

—Buenas noches —dije levantándome.

Ella no replicó. En vez de eso, cruzó el cuarto dirigiéndose hacia el bar y se sirvió un Jack Daniels; se lo bebió de un trago. Luego se sirvió otro y se lo llevó con ella hasta el sillón.

Encendí un cigarrillo y se lo alcancé.

Asintió y dijo:

—El camino a Ámbar... es difícil.

—¿Por qué?

Me miró perpleja.

—¿Cuándo fue la última vez que lo intentaste?

Me encogí de hombros.

—No recuerdo.

—Es ese camino —dijo—. Simplemente me pregunto cuántas de esas dificultades son culpa tuya.

No respondí porque no sabía de qué estaba hablando. Recordé que había un camino mucho más fácil que el Camino para llegar al lugar llamado Ámbar. Obviamente, ella no lo conocía.

—Te faltan algunos Arcanos —dije súbitamente con una voz que era casi la mía.

Se puso en pie de un salto, derramando la mitad de la bebida sobre su mano.

—Devuélvemelos —gritó cogiendo el silbato.

Me adelanté y la cogí por los hombros.

—Yo no los tengo —dije—. No era más que un simple comentario.

Se tranquilizó un poco y se echó a llorar; la conduje gentilmente, sentándola de nuevo.

—Pensé que me estabas diciendo que tú habías cogido

los que faltan —dijo—, en vez de hacer un desagradable y evidente comentario.

No me disculpé. No me pareció correcto hacerlo.

—¿Hasta dónde llegaste?

—No muy lejos —se rió y me miró con una nueva luz en los ojos—. Ya veo lo que has hecho, Corwin —y encendí un cigarrillo para evitar cualquier necesidad de respuesta—. Algunas de aquellas cosas eran tuyas, ¿no? Tú bloqueaste mi camino hacia Ámbar antes de venir aquí, ¿no es cierto? Sabías que iría a ver a Eric. Pero ya no puedo. Tendré que esperar hasta que venga. Inteligente. Quieres atraerlo hasta aquí, ¿no? Pero no vendrá él en persona, mandará un mensajero.

Había un extraño tono de admiración en la voz de aquella mujer —que admitía haber tratado de venderme al enemigo, y que lo haría otra vez si tenía media oportunidad— mientras hablaba de algo que yo había hecho y que había arruinado sus planes. ¿Cómo puede alguien ser tan abiertamente maquiavélico en presencia de su víctima? La respuesta repiqueteó inmediatamente desde las profundidades de mi mente: este es el modo de actuar de los de nuestra clase. No tenemos ninguna necesidad de ser sutiles con los demás. Pero pensaba que le faltaba la fineza de una verdadera profesional.

—¿Crees que soy un estúpido, Flora? —pregunté—. ¿Crees que vine aquí con el único propósito de esperar que me entregaras a Eric?

—De acuerdo, ¡no juego de tu lado! ¡Pero tú también eres un exiliado! Eso prueba que no fuiste muy inteligente.

Sus palabras me quemaron, porque sabía que no eran verdad.

—¡Cómo el infierno lo soy! —dije.

Nuevamente, rió.

—Sabía que eso te sacaría de tus casillas —agregó—. De acuerdo, viajas por las sombras con algún propósito. Estás loco.

Me encogí de hombros.

Dijo:

—¿Qué quieres? ¿Para qué viniste realmente?

—Tenía curiosidad por saber lo que planeabas —contesté—. Eso es todo. No puedes mantenerme aquí si yo no quiero. Ni siquiera Eric puede hacerlo. Quizá realmente deseara visitarte. Quizá me esté volviendo sentimental con los años. Sin embargo, me quedaré un tiempo más y luego es posible que me marche. Si no te hubieras precipitado para intentar obtener algo de mí, podrías haberte beneficiado mucho más. Me pediste que un día te recordara, si ocurría un acontecimiento determinado...

Mi sugerencia tardó varios segundos en filtrarse.

Entonces dijo:

—¡Vas a intentarlo! ¡Realmente vas a intentarlo!

—Tienes mucha razón cuando dices que voy a intentarlo —dije, sabiendo que lo haría, fuera lo que fuese—, y puedes decírselo a Eric, si quieres, pero recuerda que puedo lograrlo. Piensa que, si lo consigo, podría ser agradable contarse entre mis amigos.

Deseaba con toda mi alma saber de qué infiernos estaba hablando, pero ya había recogido varios datos y sabía la importancia que tenían, así que podría utilizarlos acertadamente sin conocer su significado. Y *sonaban* bien, bien...

Repentinamente, me besó.

—No se lo diré. ¡De verdad! ¡No lo haré, Corwin! Creo que puedes conseguirlo. Gérard posiblemente te ayudaría; Bleys es más difícil, y quizá Benedict. Caine cambiará de bando cuando vea lo que está sucediendo.

—Puedo forjar mis propios planes —le dije.

Retrocedió. Llenó dos copas con vino y me dio una.

—Por el futuro —dijo.

—Siempre brindo por él.

Y bebimos. Llenó nuevamente mi copa y me estudió.

—Tiene que ser Eric, Bleys o tú —dijo—. Sois los únicos con agallas o cerebro. Te habías alejado tanto de la escena, que pensé que ya no estabas en la carrera.

—Todo debe comprobarse: uno no puede arriesgarse.

Bebí el vino y esperé que ella permaneciera callada un minuto. Me parecía que estaba siendo demasiado transparente tratando de jugar con cada nueva idea. Había algo que me molestaba y quería pensar en ello.

¿Qué edad tenía yo?

Sabía que la pregunta contenía una respuesta parcial al sentido de distancia y alejamiento que sentía con todos los personajes representados en las cartas. Yo era más viejo de lo que aparentaba ser (de unos treinta años cuando me miraba en el espejo... pero ya sabía que las Sombras mentían por mí). Era mucho, mucho más viejo, y había pasado mucho tiempo desde la última vez que viera a mis hermanos y hermanas, todos juntos como amigos. Viviendo uno al lado del otro, como mostraban las cartas, sin tensiones ni fricciones entre nosotros.

Escuchamos el sonido del timbre y a Carmella dirigiéndose a abrir.

—Ese debe ser el hermano Random —dije, sabiendo que era así—. Está bajo mi protección.

Sus ojos se agrandaron, luego sonrió como si apreciara algo inteligente que yo hubiera hecho.

No lo había hecho, por supuesto, pero estaba contento de que pensara así.

Me hacía sentir más seguro.

IV

Me sentí seguro quizá tres minutos.

Hice a un lado a Carmella y abrí la puerta.

Entró dando traspiés e inmediatamente cerró la puerta a su espalda y echó el cerrojo. Debajo de aquellos ojos claros había bolsas, y no llevaba brillante jubón ni altas medias. Necesitaba un buen afeitado y vestía un traje de lana marrón. En un brazo llevaba una gabardina y calzaba zapatos de ante oscuro. Pero pese a todo, era Random —el Random que yo había visto en la carta—, sólo que la sonriente boca parecía cansada y sus uñas estaban llenas de suciedad.

—¡Corwin! —dijo, y me abrazó.

Apreté su hombro y le dije:

—Parece que necesitas un trago.

—Sí. Sí. Sí... —acordó, y le conduje a la biblioteca.

Unos tres minutos más tarde, cuando ya se hubo sentado, con una copa en una mano y un cigarrillo en la otra, me dijo:

—Están detrás mío. Pronto estarán aquí.

Ambos ignoramos el pequeño grito que dejó escapar Flora.

—¿Quiénes? —le pregunté.

—Gente de la Sombra —contestó—. No sé quiénes son ni quién les envía. Son cuatro o cinco, tal vez seis. Aparecieron cerca de Denver. Cambié de avión varias veces para tratar de despistarlos, pero no dio resultado... Y no quería alejarme demasiado de la ruta. Me deshice de ellos en Manhattan, pero sólo es cuestión de tiempo. Creo que pronto estarán aquí.

—¿Y no tienes idea de quién pudo enviarlos?

Sonrió durante un instante.

—Bien, creo que lo más acertado sería limitarlo a la familia. Quizá Bleys, quizá Julián, quizá Caine. Tal vez tú mismo, para atraerme hasta aquí. Aunque espero que no. Tú no lo hiciste, ¿verdad?

—Me temo que no —dije—. ¿Son duros?

Se encogió de hombros.

—Si tan sólo fueran dos o tres, hubiera tratado de cogerlos por sorpresa. Pero con toda esa banda...

Era un tipo pequeño, tal vez midiera un metro sesenta, pero parecía hablar en serio. Estaba razonablemente seguro de que habló en serio cuando dijo que se enfrentaría él sólo con dos o tres de aquellos luchadores. Súbitamente, me pregunté sobre mi propia fuerza física, ya que, después de todo, era su hermano. Me sentía reconfortantemente fuerte. Sabía que estaría dispuesto a enfrentarme a cualquier hombre en una pelea limpia sin ningún temor. ¿Cómo era de fuerte?

Supe que pronto tendría oportunidad de averiguarlo.

Se escuchó un golpe en la puerta de entrada.

—¿Qué hacemos? —preguntó Flora.

Random rió, se quitó la corbata y la tiró sobre la gabardina, en el escritorio. Luego se quitó la chaqueta del traje e inspeccionó la habitación. Sus ojos se fijaron en el sable y en un instante cruzó el cuarto y lo tuvo en la mano. Sentí el peso de la 32 en el bolsillo de la chaqueta y le quité el seguro.

—¿Hacer? —preguntó Random—. Existe la posibilidad de que consigan entrar —dijo—. ¿Cuando luchaste por última vez, hermana?

—Hace mucho tiempo —replicó.

—Será mejor que pienses cómo hacer volver tu destreza en poco tiempo —le dijo—. En serio. Somos tres, ellos, como mucho, pueden doblarnos en número. ¿De qué nos preocupamos?

—No sabemos lo que son —dijo ella.

El golpe sonó de nuevo.

—¿Qué importa?

—Nada —dije—. ¿Les abro?

Ambos palidecieron ligeramente.

—Podríamos esperar...

—Podría llamar a la policía —dije.

Ambos se rieron, casi histéricamente.

—O a Eric —dije, mirándola a ella de repente.

Pero negó con la cabeza.

—No tenemos tiempo. Tenemos el Arcano, pero para cuando responda, si se decide a hacerlo, será demasiado tarde.

—Y esto hasta podría ser obra suya, ¿eh? —dijo Random.

—Lo dudo —replicó ella— mucho. No es su estilo.

—Cierto —dije, sólo por hacerlo, y para convencerles de que estaba al tanto.

El sonido del golpe se repitió, y esta vez era más fuerte.

—¿Y Carmella? —pregunté con un pensamiento repentino.

Flora negó con la cabeza.

—No creo que se atreva a abrir la puerta, aunque insistan.

—No sabes contra lo que estás luchando —gritó Random, y repentinamente salió de la habitación.

Le seguí a lo largo del corredor hasta el vestíbulo, a tiempo de impedir que Carmella abriera la puerta.

La enviamos a su habitación con instrucciones de que se encerrara allí, y Random comentó:

—Eso nos muestra la fuerza de la oposición. ¿De qué lado estamos, Corwin?

Me encogí de hombros.

—Si lo supiera, te lo diría. Por el momento, juntos en esto. Apártate.

Y abrí la puerta.

El primer hombre trató de hacerme a un lado, pero le mantuve atrás poniendo rígido mi brazo.

Pude ver que había seis.

—¿Qué desean? —les pregunté.

Pero no dijeron ni una palabra, y vi que tenían pistolas.

Lancé una patada y cerré nuevamente la puerta de un golpe, echando el cerrojo.

—Bueno, ahí están —dije—. ¿Cómo sé que no estás tramando algo?

—No lo sabes —contestó—, pero me gustaría que fuera así. Parecen peligrosos.

Tenía que darle la razón. Los tipos de la puerta tenían una complexión dura y llevaban los sombreros calados hasta cubrirles los ojos. Sus rostros quedaban completamente ocultos por las sombras.

—Me gustaría saber de qué va esto —dijo Random.

Sentí una creciente vibración molesta en las cercanías de mis oídos. Supe que Flora había hecho sonar el silbato.

Cuando escuché, en algún lugar a la derecha, la rotura de una ventana, no me sorprendió oír gruñidos sordos y algunos ladridos.

—Ha llamado a los perros —dije—, seis bestias viles y viciosas que, en otras circunstancias, podrían estar detrás nuestro.

Random asintió, y nos dirigimos hacia el origen del ruido de los cristales rotos.

Cuando llegamos al comedor, ya había dos dentro, y con pistolas.

Derribé al primero y me arrojé al suelo, disparando contra el segundo. Random saltó por encima de mí, empuñando su espada, y vi como la cabeza del segundo abandonaba sus hombros.

Mientras tanto, dos más cruzaron la ventana. Vacié la automática sobre ellos y escuché los gruñidos de los perros de Flora mezclados con disparos que yo no había hecho.

Vi que había tres hombres en el suelo, y el mismo número de perros. Me reconfortó el hecho de comprobar que habíamos liquidado a la mitad; y mientras el resto entraba por la ventana, maté a otro de una manera que me sorprendió.

Repentinamente, y sin pensarlo, cogí una silla muy pesada y grande, y la arrojé a unos nueve metros a través de la habitación. Rompió la espalda del hombre al que golpeó.

Salté dirigiéndome hacia los dos restantes, pero antes de que cruzara la habitación, Random había atravesado a uno con la espada, dejándoselo a los perros para que terminaran con él, y ya estaba enfrentándose al otro.

El último fue derribado antes de que yo pudiera actuar. Mató a otro de los perros sin que pudiéramos detenerlo, pero no volvió a liquidar a nadie más después de aquello. Random lo estranguló.

Vimos que dos de los perros estaban muertos, y uno muy malherido. Random remató a éste último con un golpe rápido y nos dedicamos a estudiar a los hombres.

Había algo inusual en su apariencia.

Flora entró y nos ayudó a descubrir lo que era.

Tenían algo en común: los seis tenían los ojos uniformemente inyectados en sangre. Eran rojos, muy rojos. Aunque en ellos esta condición parecía normal.

Además, todos poseían una articulación más entre el dedo índice y el pulgar, y en el canto de la mano tenían una especie de espolones agudos y curvados.

Todos tenían mandíbulas prominentes y, cuando abrí una, conté cuarenta y cuatro dientes, la mayoría más largos que los humanos, y algunos mucho más agudos. Su carne era grisácea, dura y brillante.

Indudablemente, había más diferencias entre ellos y nosotros, pero aquéllas eran suficientes para probar cierto punto.

Cogimos sus armas, y yo me adueñé de tres pistolas pequeñas y planas.

—Salieron de la Sombra, de acuerdo —dijo Random, y yo asentí—. Y también tuve suerte. No parece que sospecharan que al final conseguiría refuerzos... un hermano guerrero y alrededor de media tonelada de perros —se dirigió a la ventana y miró al exterior, y yo decidí dejar que lo explorase él mismo—. Nada —dijo después de un tiempo—. Estoy seguro de que los matamos a todos —y cerró las pesadas cortinas anaranjadas, colocando delante de ellas varios muebles pesados.

Mientras lo hacía, revisé los bolsillos de los tipos muertos.

No me extrañó no encontrar nada parecido a una identificación.

—Volvamos a la biblioteca —dijo—, así podré terminar de tomarme la copa.

Antes de sentarse, limpió cuidadosamente la espada y la colocó en sus soportes. Yo me entretuve en prepararle un trago a Flora.

—Parece que temporalmente estoy a salvo —dijo—, y que somos tres en el asunto.

—Así parece —acordó Flora.

—¡Dios mío, no he comido desde ayer! —comentó.

Flora fue a decirle a Carmella que ya podía salir y que no entrara en el salón después de llevar abundante comida a la biblioteca.

Tan pronto como dejó la habitación, Random se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Cuál es vuestro trato?

—No le des la espalda.

—¿Está todavía con Eric?

—Por lo que sé hasta ahora, sí.

—En ese caso, ¿qué haces aquí?

—Trataba de atraer a Eric hasta aquí para que él mismo viniera a buscarme. Sabe que es el único medio que tiene para capturarme, y yo tenía muchas ganas de saber cuánto lo deseaba.

Random negó con la cabeza.

—No creo que lo haga. No hay ninguna posibilidad. Mientras tú estés aquí, y él allí, ¿para qué va a molestarse en venir? Todavía tiene la posición más ventajosa. Si quieres cogerlo, tendrás que ir tú por él.

—Ya he llegado a esa conclusión.

Sus ojos brillaron, y apareció su vieja sonrisa.

Sin quitarme los ojos de encima, pasó una mano por su pajizo cabello.

—¿Vas a intentarlo? —preguntó.

—Quizá —le dije.

—No me digas «quizá» a mí. Está escrito en ti. Sabes que yo estaría dispuesto a realizarlo. De todas mis relaciones, la que más quiero es el sexo y la que más desprecio es Eric.

Mientras lo consideraba, encendí un cigarrillo.

—Estás pensando —dijo mientras yo reflexionaba: ¿«Hasta dónde puedo confiar en Random esta vez? Es traicionero, mezquino e igual que su nombre*, e, indudablemente, me vendería si alguien le ofreciera un trato mejor.»—, ¿no es cierto?

Asentí.

—Sin embargo, hermano Corwin, recuerda que aunque nunca te hice mucho bien, tampoco te he hecho ningún daño en especial. ¡Oh! Unas cuantas bromas, lo admito. Pero bien puedes decir que somos los que mejor nos hemos llevado de la familia... esto es: ambos permanecimos fuera del camino del otro. Piénsalo. Creo escuchar a Flora y a la doncella, cambiemos de conversación, pero... ¡Pronto! Supongo que no tendrás ninguna baraja de la familia, ¿no?

* "Random": aleatorio, fortuito, hecho al azar. (N. del T.)

Negué con la cabeza.

Flora entró en la habitación y dijo:

—Carmella vendrá en seguida con la comida

Brindamos, y él me guiñó un ojo a sus espaldas.

A la mañana siguiente, los cuerpos habían desaparecido del comedor, no había manchas en la alfombra, la ventana parecía haber sido reparada, y Random explicó que ya se «había ocupado de todo». No traté de interrogarle más.

Cogimos prestado el Mercedes de Flora y fuimos a dar una vuelta. El campo parecía extrañamente alterado. No podía distinguir qué era lo que sobraba o faltaba, pero de algún modo las cosas eran diferentes. Esto, también, me produjo dolor de cabeza cuando traté de considerarlo, por lo que decidí suspender de momento aquellos pensamientos.

Yo conducía y Random iba a mi lado.

Comenté que me gustaría estar nuevamente en Ámbar... simplemente para ver qué clase de respuesta obtenía.

—Me he estado preguntando —replicó—, si estabas fuera por un asunto de venganza, lisa y llanamente, o por alguna otra cosa —devolviéndome la pelota para que respondiera o no, según me pareciese.

Me pareció bien. Usé la frase común:

—También yo he estado pensando en ello —dije—, tratando de calcular mis posibilidades. Bien podría «intentarlo».

Se volvió hacia mí (había estado mirando por la ventanilla), y dijo:

—Supongo que todos tenemos esa ambición, o al menos el pensamiento —yo sé que la tengo, pero me descarté del juego—y, tal como lo siento, bien vale la pena el intento. Me preguntarás, lo sé, si te ayudaré. La respuesta es, «sí». Lo haré. Solamente para molestar a los otros. ¿Qué piensas de Flora? ¿Será de alguna ayuda?

—Lo dudo mucho —dije—. Ayudaría si las cosas fueran seguras. Pero, ¿cuáles hay seguras hasta ahora?

—¿Cuándo lo fueron? —añadió.

—¿Cuándo lo fueron? —repetí, para que supiera qué clase de respuesta obtendría.

Tenía miedo de confiarle en qué estado se hallaba mi memoria. También temía confiar en él, por eso no lo hice. Había tantas cosas que quería saber y no tenía nadie en quien confiar... Mientras avanzábamos, pensé en ello unos instantes.

—Bien, ¿cuándo quieres comenzar? —pregunté.

—Cuando estés dispuesto.

Y allí estaba la cuestión, cara a cara, y no sabía qué hacer con ella.

—¿Qué te parece ahora? —indagué.

Estaba en silencio. Encendió un cigarrillo, creo que para ganar tiempo.

Hice lo mismo.

—De acuerdo —dijo finalmente—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste allí?

—Hace mucho tiempo —le dije—. Tanto, que no estoy seguro de recordar el camino.

—Bien —añadió—, entonces, antes de volver, tendremos primero que alejarnos. ¿Cuánta gasolina tienes?

—Las tres cuartas partes del depósito.

—Gira a la izquierda en la próxima esquina, ya veremos lo que pasa.

Lo hice y, según nos movíamos, las aceras empezaron a brillar.

—¡Maldición! —dijo—. Han transcurrido unos veinte años desde que hice el recorrido. Recuerdo las cosas correctas demasiado deprisa.

Continuamos avanzando, y yo me preguntaba qué infiernos estaba ocurriendo. El cielo se había tornado un poco verdoso, y súbitamente se convirtió de color rosa.

Me mordí los labios para no hacer preguntas.

Pasamos por debajo de un puente y, cuando salimos al otro lado, el cielo tenía nuevamente el color normal, aunque por todo el lugar había molinos de viento amarillos.

—No te preocupes —dijo rápidamente—. Podría ser peor.

Me di cuenta de que la gente a la que íbamos dejando atrás, vestía extrañamente, y que el camino era de ladrillo.

—Gira a la derecha.

Lo hice.

Los cielos fueron invadidos por relámpagos que producían sordos ruidos por encima nuestro. Había conectado los limpiaparabrisas a toda velocidad, pero no ayudaban mucho. Encendí las luces delanteras y aminoré aún más la velocidad.

Juraría que habíamos pasado a un jinete, yendo en la otra dirección, vestido completamente de verde, con el cuello de la capa levantado y la cabeza inclinada bajo la lluvia.

Las nubes se abrieron y vi que estábamos avanzando a lo largo de una playa. Las olas rompían salvajemente, y enormes gaviotas volaban bajo sobre ellas. La lluvia se había detenido y yo había

apagado las luces y el limpiaparabrisas. El camino era de macadán, pero no reconocí el lugar. En el espejo retrovisor no había ninguna señal del pueblo que recientemente habíamos abandonado. Mi presión sobre el volante se intensificó cuando pasamos por unos palos de horca que habían aparecido repentinamente, del cual colgaba por el cuello un esqueleto, balanceándose al viento.

Random seguía fumando y mirando por la ventanilla, mientras nuestro camino giraba, alejándose de la playa, circunvalando una colina. A nuestra derecha surgió una pradera con mucha hierba y sin árboles, y a nuestra izquierda ascendía una cadena de colinas. El cielo tenía un color azul oscuro pero brillante, como una fuente clara y profunda, protegida y sombría. No recordaba haber visto antes un cielo como aquel.

Random bajó su ventanilla para tirar la colilla del cigarrillo, y una brisa helada entró y remolineó dentro del coche hasta que la cerró nuevamente. La brisa tenía olor a mar, sofocante y penetrante.

—Todos los caminos conducen a Ámbar —dijo como si fuera un axioma.

Recordé lo que había dicho Flora el día anterior. No quería parecer tonto, o que guardaba información importante, pero cuando estaba pensando que se lo tenía que decir, tanto por mi seguridad como por la suya, me di cuenta de lo que implicaban sus comentarios.

—¿Sabes? —comencé—. Cuando llamaste el otro día y yo contesté el teléfono porque Flora estaba fuera, me dio la sensación de que ella estaba intentando llegar a Ámbar y que se encontró con el camino bloqueado.

Con esto, se rió.

—Nuestra hermana tiene poca imaginación —replicó—. Por supuesto que estará bloqueado con los tiempos que corren. Al final nos veremos obligados a caminar, estoy seguro, y, sin duda, nos quitará todas nuestras fuerzas el conseguirlo, si es que lo logramos. ¿Acaso pensó que podría regresar como una princesa, caminando sobre flores todo el camino? Es una estúpida zorra. Realmente, no merece vivir, aunque eso no me corresponde decidirlo todavía. Gira a la derecha en el cruce —decidió.

¿Qué estaba ocurriendo? Sabía que él en parte era responsable de los extraños cambios que se sucedían, aunque no pude determinar cómo lo estaba haciendo, ni a dónde nos estaba llevando. Sabía que tenía que conocer su secreto, pero no podía preguntarle así, sin más, o sabría que yo estaba un tanto al margen. Quedaría en su poder. El tan sólo parecía fumar y mirar. Cuando salimos de una depresión del camino, entramos en un desierto azul y el sol era rosa por encima de nuestras cabezas en el

trémulo cielo. Detrás de nosotros, en el espejo retrovisor, se extendían millas y millas de desierto hasta donde llegaba la vista. Aquel era un buen truco.

El motor pareció detenerse, hizo un ruido extraño y se estabilizó, repitiendo otra vez lo mismo.

Bajo mis manos, el volante cambió de forma.

Se convirtió en un semicírculo; y el asiento pareció quedar más atrás, el coche más cerca del pavimento y el cristal delantero más inclinado.

No comenté nada, ni siquiera cuando se desató la tormenta de arena color lavanda.

Pero cuando se aplacó, suspiré.

Una gigantesca hilera de coches amontonados se extendía algo así como una media milla delante nuestro. Todos estaban quietos y pude escuchar sus bocinas.

—Frena un poco —me dijo—. Es el primer obstáculo.

Lo hice, y otra ráfaga de arena nos barrió.

Antes de que pudiera encender las luces del coche, ya había pasado, y parpadeé varias veces.

Todos los coches habían desaparecido, sus bocinas estaban silenciosas. El camino brillaba del mismo modo que lo habían hecho las aceras durante un tiempo, y escuché que Random maldecía a alguien o a algo.

—Estoy seguro de que hemos venido por el camino que él quería que usáramos —dijo—, y me enfurece haber hecho lo que él esperaba... lo obvio.

—¿Eric? —pregunté.

—Probablemente. ¿Qué crees que deberíamos hacer? ¿Detenernos y probar por el camino más largo o continuar hasta ver si encontramos más obstáculos?

—Continuemos un poco más. Después de todo, ese fue sólo el primero.

—De acuerdo —dijo, pero añadió —: ¿Quién sabe cómo será el segundo?

El segundo fue una cosa... No sé de que otra manera describirla.

Era algo parecido a un eperlano con brazos, sentado en mitad de la calle, extendiendo los brazos y cogiendo coches, comiéndoselos.

Frené.

—¿Qué sucede? —preguntó Random—. Continúa. ¿De qué otro modo pasaremos a través de ellos?

—Me asombró un poco —dije, y me miró extrañamente, de lado, mientras se producía otra tormenta de polvo.

Supe que había dicho algo erróneo.

Cuando el polvo disminuyó, nuevamente avanzábamos por un camino vacío. Y había torres en la distancia.

—Creo que le he derrotado —dijo Random—. He combinado varios en uno y creo que al menos uno de ellos no lo habrá previsto. Después de todo, nadie puede cubrir todos los caminos a Ámbar.

—Cierto —dije, tratando de redimirme por cualquier *faux pas* que hubiera hecho y que provocó aquella extraña mirada.

Consideré a Random. Un hombre pequeño y de apariencia débil, que podría haber muerto tan fácilmente como yo la noche anterior. ¿Cuál era su poder? ¿Y qué era toda aquella conversación acerca de Sombras? Algo me decía que fueran lo que fuesen las Sombras, nos estábamos moviendo a través de ellas. ¿Cómo? Era algo que estaba haciendo Random, y que, puesto que parecía descansar físicamente, con las manos quietas, decidí que lo ejecutaba con la mente. De nuevo, ¿cómo?

Bien, le escuché decir algo como «añadir» y «sustraer», como si el universo por el que se movía fuera una gran ecuación.

Decidí —con repentina certeza —que estaba añadiendo y sustrayendo cosas al mundo que era visible a nuestro alrededor, para acercarnos más y más, hasta alinearnos con aquel extraño lugar, Ámbar.

Era algo que yo supe hacer una vez. Y la clave era, lo supe con un relámpago, recordar Ámbar.

Pero no podía.

El camino giró abruptamente, el desierto terminó y dio paso a campos de hierba con apariencia afilada, alta y azul. Después de un tiempo, el terreno se volvió un poco accidentado, y al pie de la tercera colina terminó el pavimento y entramos en un camino estrecho y sucio. Era terreno duro y avanzaba entre colinas más grandes, sobre las que empezaron a aparecer pequeños arbustos y cardos.

Después de casi media milla, las colinas quedaron atrás y entramos en un bosque de árboles muy bajos, con troncos grandes y hojas en forma de rombo color naranja otoñal y púrpura.

Empezó a caer una lluvia suave, y había mucha sombra. De las hojas esponjosas se elevó una pálida neblina. En algún lugar a mi derecha, oí un aullido.

El volante cambió de forma tres veces más. La última versión fue un octógono de madera. El coche era ahora bastante alto, y llevábamos una capota ornamental con la forma de un flamenco. Me contuve para no hacer comentarios sobre aquellas cosas, y me acomodaba a todas las posiciones que asumía el asiento y a los nuevos

requerimientos que añadía el vehículo. Random, sin embargo, miró el volante cuando se produjo otro aullido, movió la cabeza y repentinamente los árboles fueron más altos, aunque estaban adornados con parras que colgaban y algo parecido a un velo de musgo; y el coche fue casi normal de nuevo. Miré el indicador de gasolina y vi que teníamos medio tanque.

—Lo estamos haciendo directamente —remarcó mi hermano, y yo asentí.

El camino se ensanchó abruptamente y adquirió una superficie de cemento. A ambos lados había canales llenos de agua cenagosa. Hojas, ramas muertas, y plumas de colores brillaban sobre su superficie.

Súbitamente, sentí muy liviana la cabeza y también un ligero mareo; Random, antes de que pudiera hacer ningún comentario, dijo:

—Respira lenta y profundamente. Estamos tomando un camino más corto y la atmósfera y la gravedad serán un poco diferentes durante un rato. Creo que hasta ahora hemos tenido mucha suerte, y quiero seguir teniéndola hasta donde nos sea posible... quiero llegar tan cerca y tan rápido como podamos.

—Buena idea —dije.

—Quizá sí, quizá no —replicó—, pero creo que vale la pena intentarlo... ¡Cuidado!

Estábamos ascendiendo una colina, y un camión abarcaba el camino, dirigiéndose hacia nosotros. Estaba en el lado equivocado de la carretera. Viré bruscamente para evitarlo, pero el camión también lo hizo. En el último instante, tuve que salirme del camino hacia la suave calzada de mi izquierda, y dirigirme al borde del canal para evitar la colisión.

A mi derecha, el camión frenó rechinando. Traté de salir de la calzada y volver a la ruta, pero estábamos atascados en la tierra blanda.

Escuché cerrarse violentamente una puerta, y vi que el conductor había descendido del otro lado de la cabina... lo que significaba que probablemente él estaba conduciendo por el lado correcto y nosotros por el erróneo. Estaba seguro de que en ningún lugar de los Estados Unidos el tráfico fluía al estilo británico, pero a estas alturas llevaba ya mucho tiempo convencido de que habíamos abandonado la Tierra que yo conocía.

El camión era un petrolero. A un lado, y en grandes letras color rojo sangre, decía : «ZUÑOCO», y debajo de aquello, el lema: «CUBRIMOS EL MUNDO». El conductor me llenó de insultos cuando salí del coche y empecé a disculparme. Era tan alto como yo, y con la complexión de un barril de cerveza, y llevaba en la mano una barra de metal.

—Mire, ya dije que lo siento —le expliqué—. ¿Qué quiere que haga? Nadie salió herido y no hubo daños.

—No deberían dejar sueltos en la calle a tipos que conducen tan mal como usted —gritó—. ¡Es una amenaza!

Random bajó del coche y dijo:

—¡Mejor que se largue! —y tenía una pistola en la mano.

—Guarda eso —le dije, pero él quitó el seguro y apuntó.

El tipo se dio media vuelta y echó a correr, el miedo hizo que se le abrieran los ojos y se le aflojara la mandíbula.

Random alzó la pistola y apuntó cuidadosamente a la espalda del hombre; justo cuando disparaba, le aparté el brazo.

Dio en el suelo y rebotó a lo lejos.

Random se volvió hacia mí y su cara estaba casi blanca.

—¡Maldito tonto! —dijo—. Este disparo pudo haber dado en el tanque.

—También podría haberle dado al hombre.

—¿Y a quién le importa? Nunca volveremos a este lugar en esta generación. Ese bastardo se atrevió a insultar a un Príncipe de Ámbar.¡Estaba pensando en *tu* honor!

—Puedo ocuparme de mi propio honor —le dije, y algo frío y poderoso me poseyó y respondí—: Ya que me correspondía a mí matarlo, y no a ti, si lo hubiera elegido —y me invadió una especie de furia.

Inclinó la cabeza mientras se cerraba fuertemente la puerta del camión, alejándose.

—Lo siento, hermano —dijo—. No quería presumir. Pero me ofendió que uno de estos tipos te hablara de esa manera. Ya sé que debía haber esperado para dejarte disponer de él de la manera más apropiada, o, al menos, haberlo consultado contigo.

—Bien —le dije—, regresemos al camino y pongámonos en marcha si podemos.

Las llantas traseras estaban hundidas hasta la mitad, y mientras las miraba, tratando de decidir el mejor modo de actuar, Random propuso:

—Bueno, yo cojo el guardabarros delantero. Tú coge el trasero y lo llevamos de nuevo a la carretera... y mejor que lo depositemos en el lado izquierdo.

No estaba bromeando.

El había dicho algo acerca de menor gravedad, pero *yo* no me sentía tan liviano. Sabía que era fuerte, pero tenía mis dudas con respecto a ser capaz de levantar la parte trasera del Mercedes.

Pero, por otro lado, tenía que intentarlo, ya que él parecía esperarlo de mí, y tampoco podía dejar que supiera que había un vacío en mi memoria.

Me agaché, lo cogí y empecé a enderezar mis piernas. Con un sonido de succión, las ruedas traseras se liberaron de la tierra húmeda. ¡Estaba sosteniendo mi parte del coche a unos sesenta centímetros por encima del suelo! Era pesado —¡Maldición! ¡Era pesado!—, ¡pero podía hacerlo!

Cada paso que daba me hundía en la tierra unos quince centímetros. ¡Pero lo estaba cargando! Y Random hacía lo mismo con su lado.

Con un leve sonido de resortes, lo colocamos en la carretera. Me quité los zapatos y los vacié, limpiándolos con puñados de hierba; me quité los calcetines y limpié las bocamangas de los pantalones; arrojé los zapatos al asiento trasero y me senté delante, descalzo.

Random se sentó en el lado del acompañante y dijo:

—Mira, quisiera disculparme nuevamente...

—Olvídalo —dije—. Ya ha pasado.

—Sí, pero no quiero que te pongas en contra mía.

—No lo haré —le dije—. Simplemente, refrena tu ímpetu en el futuro cuando se trate de quitar una vida en mi presencia.

—Lo haré —prometió.

—Si es así, sigamos la marcha —y lo hicimos.

Avanzamos a través de un cañón de rocas, luego pasamos por una ciudad que parecía enteramente construida de cristal, o de una sustancia como el cristal, con gente a través de la cual brillaba un sol rosa, revelando sus órganos internos y los restos de su última comida. Mientras conducíamos entre ellos, nos miraban. Se agrupaban en las esquinas de las calles, pero nadie intentó detenernos o pasar delante nuestro.

—El Charles Fort de este lugar citará este acontecimiento durante años —dijo mi hermano.

Asentí.

Luego dejó de existir el camino y condujimos por lo que parecía ser una plancha eterna de silicona. Después de un tiempo, se estrechó y se convirtió en nuestro camino, y después de otro tiempo, a nuestra derecha e izquierda, aparecieron pantanos, bajos, marrones y hediondos. Y vi lo que juraría era un *diplodocus* levantar la cabeza y mirarnos desde arriba. Luego, sobre nosotros, una forma enorme con alas de murciélago, nos sobrevoló. El cielo era de un azul real, y el sol de un dorado opaco.

—Tenemos menos de un cuarto de depósito —comenté.

—De acuerdo —dijo Random—. Detén el coche.

Lo hice y esperé.

Durante un largo rato —tal vez seis minutos—, permaneció en silencio, luego dijo:

—Continúa.

Después de conducir unas tres millas, llegamos ante una empalizada de troncos. Rodeándola, en un lado apareció una puerta, y Random dijo:

—Detente y toca el claxon.

Lo hice, y después de un rato, la puerta de madera crujió sobre sus goznes y se abrió hacia dentro.

—Entra —dijo—. No es peligroso.

Entré, y a mi izquierda había tres surtidores Esso con cabeza de burbuja, y el pequeño edificio era de aquellos que yo había visto innumerables veces bajo circunstancias más normales. Me detuve ante uno de los surtidores y esperé.

El hombre que salió del edificio medía aproximadamente un metro y medio, de cuerpo enorme, con la nariz como una fresa y con una espalda de quizá un metro de ancho.

—¿Qué desean? —preguntó—. ¿Lleno el depósito?

Asentí y dije:

—Con gasolina normal.

—Adelántelo un poco —me indicó.

Lo hice y le pregunté a Random:

—¿Es bueno mi dinero aquí?

—Míralo —me dijo; lo hice.

Mi cartera estaba llena de billetes anaranjados y amarillos, con números romanos en las esquinas, seguidos de las letras «D.R.».

Me sonrió mientras yo examinaba el fajo.

—¿Ves? He cuidado todo —dijo.

—Excelente. Tengo hambre.

Miramos a nuestro alrededor y vimos el anuncio de un caballero que vendía Kentucky Fried Chicken en un lugar cercano que nos miraba desde un cartelón.

Nariz de Fresa echó un poco de gasolina en el suelo para vaciar la manguera, la colgó, se acercó y dijo:

—Ocho Drachae Regums.

Encontré un billete naranja con un «V DR» y tres más con «I DR» y se los di.

—Gracias —dijo, y los guardó en el bolsillo—. ¿Miro el aceite y el agua?

—Sí.

Añadió un poco de agua, me dijo que el nivel del aceite estaba bien, y limpió un poco el parabrisas con un trapo sucio. Saludó y se volvió a meter en el edificio.

Condujimos hasta lo de Kenni Ron y compramos una bolsa entera de Kentucky Fried Lizards Partes y unas jarras de cerveza floja y salada.

Salimos a lavarnos, tocamos otra vez el claxon ante la puerta de entrada y esperamos hasta que vino un hombre y nos abrió.

De nuevo estábamos en la carretera.

Un tiranosaurio saltó hacia nosotros, dudó por un momento, y luego siguió su camino, hacia la izquierda. Tres pterodáctilos más pasaron sobre nuestras cabezas.

—De poca gana renunciaría al cielo de Ámbar —dijo

Random, significara lo que significase eso, y yo gruñí como respuesta.

—Aunque temo intentarlo de una sola vez —dijo—. Podríamos ser destrozados.

—Estoy de acuerdo —acordé.

—Pero, por otro lado, este lugar no me gusta.

Asentí y continuamos hasta que la pradera de silicona terminó y sólo quedó roca debajo nuestro.

—¿Qué estás haciendo ahora? —me atreví a preguntar.

—Ahora que tengo el cielo, voy a intentar conseguir el terreno —dijo.

Y la lámina de piedra se convirtió en rocas mientras avanzábamos. Pude ver tierra negra entre las rocas. Después de un tiempo, hubo más tierra y menos rocas. Finalmente, vi manchas de verde. Un verde brillante, muy brillante, de una clase que no conocía la Tierra.

Pronto, todo fue verde.

Después de un rato, surgieron árboles, emplazados casualmente a lo largo de nuestro camino

Luego hubo un bosque.

¡Qué bosque!

Nunca había visto árboles como aquellos... poderosos y majestuosos, de un verde rico y profundo, ligeramente teñidos con oro. Se alzaban altos, muy por encima de nosotros. Había pinos

enormes, robles, arces, y muchos otros que no podía distinguir. A través de ellos venía una brisa de adorable y fantástica fragancia.

Después de inhalar un poco, decidí abrir del todo la ventanilla y dejarla así todo el camino.

—El Bosque de Arden —dijo el hombre que era mi hermano, y supe que tenía razón, y de algún modo le envidié y le amé por su conocimiento y sabiduría.

—Hermano —dije—, lo estás haciendo muy bien. Mejor de lo que esperaba. Gracias.

Aquello pareció sorprenderlo un poco. Como si nunca hubiera recibido un halago de uno de sus hermanos.

—Estoy haciéndolo lo mejor que puedo —dijo—, y lo haré todo el camino. Te lo prometo. ¡Mira! ¡Tenemos el cielo y tenemos el bosque! ¡Casi es demasiado bueno para ser verdad! Hemos recorrido la mitad del camino y nada nos ha molestado de manera importante. Creo que somos muy afortunados. ¿Me darás una Regencia?

—Sí —dije, sin saber qué significado tenía aquello, pero deseoso de garantizarlo si estaba en mi poder hacerlo.

El asintió y dijo:

—Perfecto.

Mi hermano era astuto y homicida, y, según recordé, siempre había sido algo rebelde. Supe que nuestros padres habían tratado de disciplinarlo en el pasado, nunca con mucho éxito. Y con eso me di cuenta de que nosotros habíamos compartido padres comunes, lo que no había ocurrido en el caso de Eric y yo, Flora y yo, yo y Caine y Bleys y Piona. Y probablemente otros, pero estos que recordé eran una certeza.

Estábamos conduciendo por una carretera dura y sucia, a través de una catedral de enormes árboles. Parecía continuar así eternamente. Me sentía a salvo en ese lugar. Ocasionalmente asustaba a un ciervo, sorprendía a un zorro cruzando el camino o parado en uno de sus bordes. En algunos lugares, el camino tenía huellas. A veces el sol se filtraba por entre las hojas, cayendo en ángulos de cuerdas doradas como los de algún instrumento hindú. La brisa era húmeda y hablaba de cosas vivas. Me vino a ¡a mente que yo conocía este lugar, que en el pasado había recorrido a menudo aquel camino. Había ido a través del Bosque de Arden a caballo, lo había cruzado a pie y cazado en él; había estado recostado debajo de aquellas grandes ramas, con los brazos cruzados bajo la cabeza, mirando al cielo. Había trepado por las ramas de aquellos gigantes y mirado hacia abajo, a un mundo verde en constante movimiento.

—Amo este lugar —dije, tan sólo dándome cuenta a medias de que lo había dicho en voz alta. Random replicó:

—Siempre lo hiciste —y podía distinguirse un deje de diversión en su voz. No podía estar seguro.

Lejos, en la distancia, escuché una nota y supe que era la de un cuerno de caza.

—Ve más rápido —dijo Random repentinamente—. Parece el cuerno de Julián.

Obedecí.

El cuerno sonó nuevamente, esta vez más cerca.

—¡Sus malditos perros destrozarán este coche y su pájaro se alimentará con nuestros ojos! —dijo—. Odiaría encontrarme con él estando tan bien preparado. Sea lo que fuere lo que está cazando, sé que lo abandonará para darse el gusto de perseguir a dos de sus hermanos.

—«Vive y deja vivir» es mi filosofía estos días —comenté.

Random rió entre dientes.

—Qué noción tan peculiar. Apuesto a que tan sólo durará cinco minutos.

El cuerno sonó otra vez, todavía más cerca, y exclamó:

—¡Maldición!

El indicador de velocidad marcaba con unos números muy peculiares, rúnicos, 110, y tenía que ir más rápido en aquel tramo de nuestro camino.

Y el cuerno retumbó de nuevo, más cerca ahora, tres largas notas, y pude oír el ladrido de los perros viniendo desde la izquierda.

—Estamos ya muy cerca de la Tierra Verdadera, aunque lejos de Ámbar —dijo mi hermano—. Sería inútil escapar a través de Sombras adyacentes, porque si realmente nos persigue, también lo hará allí. O su Sombra lo hará.

—¿Qué hacemos?

Y el cuerno sonó una vez más, esta vez casi a nuestro lado.

—¿Qué demonios está montando, una locomotora? —pregunté.

—Yo creo que es el poderoso Morgersten, el caballo más veloz que haya creado.

Peje que aquella última palabra girara en mi cabeza por un tiempo, cuestionándola y tratando de averiguar su significado. Sí, era verdad, me decía una voz interior. El creó realmente a Morgersten de la Sombra, introduciendo en la bestia la fuerza y la velocidad de un huracán y un martinete.

Recordé que había llegado a temer a aquel animal, y entonces lo vi.

Morgersten era seis palmos más alto que cualquier otro caballo que yo hubiera visto, y sus ojos eran del color muerto de un perro de Weimaraner, y su pelaje era todo gris, y sus cascos corno de acero pulido. Corría como el viento al lado del coche, y Julián iba agazapado en su silla... el Julián de la carta, largo cabello negro y brillantes ojos azules, y tenía puesta la armadura de escamas blancas.

Julián sonrió y nos saludó, y Morgersten movió la cabeza y su magnífica crin ondeó en el viento como una bandera. Sus patas eran un contorno borroso.

Recordé que una vez Julián había hecho que un hombre se pusiera mis ropas y atormentara a la bestia. Aquella había sido la razón de que tratara de pisotearme un día mientras cazábamos, cuando desmonté para quitarle la piel a un gamo delante suyo.

Cerré una vez más la ventanilla del coche, ya que no quería que pudiera olerme y que supiera que era yo el que estaba dentro. Pero Julián me había visto, y pensé que sabía lo que aquello significaba. A su lado, rodeándolo, corrían los Perros de la Tormenta, con sus duros, duros cuerpos y sus dientes como acero. Ellos también habían venido de la Sombra, ya que ningún perro normal podía correr así. Pero yo sabía con toda seguridad que la palabra «normal» no podía aplicarse a nada de lo que hubiera en aquel lugar.

Julián nos indicó que nos detuviéramos; miré a Random y él asintió.

—Si no lo hacemos, él mismo hará que nos detengamos —dijo.

Toqué los frenos, aminoré y me detuve.

Morgersten cabrilleó, golpeó la tierra con los cuatro cascos y galopó lentamente. Los perros giraron alrededor, colgándoles las lenguas, con los costados agitados. El caballo estaba cubierto por un brillante lustre que supe era sudor.

Bajé la ventanilla.

—¡Qué sorpresa! —dijo Julián en su bajo, casi dificultoso, modo de hablar, y un gran halcón que era negro y verde voló sobre él y se posó en su hombro izquierdo.

—Sí —repliqué—. ¿Cómo te ha ido?

—¡Oh, excelente! —contestó—. Como siempre. ¿Y a ti y al hermano Random?

—Estoy en buena forma —aseguré; Random asintió y dijo:

—Pensé que estarías enfrascado en otros deportes con un tiempo como este.

Julián se acarició lentamente la cabeza y miró oblicuamente a través del parabrisas.

—Gozo matando bestias —dijo—, y constantemente pienso en mis hermanos.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—Me distraje de la caza por el sonido de vuestro coche —añadió—. Y no esperaba que fueseis vosotros dos. Supongo que no estaréis dando un paseo de placer, sino que tendréis algún destino en mente, como Ámbar, ¿cierto?

—Cierto —acordé—. ¿Puedo preguntar que haces *aquí* en vez de estar *allí!*

—Eric me puso aquí para vigilar este camino —replicó, y mi mano se posó en una de las pistolas que había en mi cinturón mientras él hablaba. Aunque tenía el presentimiento de que una bala no podría perforar aquella armadura. Pensé en disparar contra Morgersten.

—Bien, hermanos —dijo sonriendo—, os doy la bienvenida y os deseo un buen viaje. Sin duda, nos veremos muy pronto en Ámbar. Buenas tardes —y con aquellas palabras giró y se dirigió hacia el bosque.

—Larguémonos pronto de aquí —dijo Random—. Probablemente está planeando una emboscada o una cacería —y sacó una pistola y se la colocó en el regazo.

Puse el coche en marcha y a buena velocidad.

Después de cinco minutos aproximadamente, cuando empezaba a respirar un poco más tranquilo, oí el cuerno. Aceleré, sabiendo que nos alcanzaría de todas maneras, pero tratando de ganar todo el tiempo y distancia que fuera posible. Derrapamos en las curvas y el coche rugió subiendo colinas y atravesando valles. Una vez, casi atropello un ciervo, pero lo eludimos sin golpearle ni aminorar la velocidad.

El cuerno sonaba muy cerca, y Random murmuraba imprecaciones.

Tenía el presentimiento de que nos quedaba una larga distancia que recorrer en el bosque, y aquello no me reconfortó.

Recorrimos un largo tramo. En aquel momento, las notas del cuerno de Julián sonaron más distantes. Entramos en una parte donde el camino se volvía sinuoso y con muchas curvas, y tuve que frenar. Comenzó a ganarnos distancia nuevamente.

Pasados unos seis minutos, apareció en el espejo retrovisor, avanzando por el camino velozmente, con la jauría a su alrededor, ladrando y babeando.

Random bajó la ventanilla de su lado, y después de un minuto, se asomó y empezó a disparar.

—¡Maldita armadura! —gritó—. Estoy seguro de que le di dos veces y no ocurrió nada.

—Odio pensar en matar a esa bestia —dije—, pero trata de darle al caballo.

—Ya lo he hecho varias veces —dijo, tirando al suelo la pistola vacía y cogiendo otra—, y, o soy peor tirador de lo que pensaba, o es cierto lo que dicen: que se necesita una bala de plata para matar a Morgersten.

Con las balas que le quedaban, mató seis perros, pero aún quedaban dos docenas más.

Le alcancé una de mis pistolas y mató otros cinco.

—Guardaré la última bala —dijo—, para la cabeza de Julián si se acerca lo suficiente.

En aquel momento, tal vez estuvieran a unos quince metros detrás de nosotros. Frené. Algunos de los perros no pudieron detenerse a tiempo, pero Julián, repentinamente, no estuvo, y una sombra oscura pasó por encima nuestro.

¡Morgersten había saltado por encima del coche! Giró, y mientras caballo y jinete daban la vuelta para enfrentarnos, pisé el acelerador y lancé el coche hacia adelante.

Con un salto magnífico, Morgersten salió del camino.

En el espejo retrovisor, vi a dos perros que soltaban un parachoques que habían arrancado y proseguían la persecución. Algunos yacían en el camino, pero todavía quedaban quince o dieciséis persiguiéndonos.

—Buen espectáculo —dijo Random—, pero tienes suerte de que no se hayan tirado a las ruedas. Es probable que nunca antes hayan perseguido a un coche.

Le di una pistola y le dije:

—Mata más perros.

Disparó deliberadamente y con gran puntería, matando seis más.

Y Julián ya estaba al lado del coche, empuñando una espada en la mano derecha.

Hice sonar el claxon con la esperanza de asustar a Morgersten, pero no dio resultado. Giré el coche hacia ellos, pero el caballo se apartó. Random se agachó en su asiento y apuntó más allá de mí, con su mano derecha sosteniendo la pistola y descansando sobre el antebrazo izquierdo.

—No dispares aún —dije—. Voy a tratar de cogerlo.

—Estás loco —me dijo mientras frenaba.

Tan pronto como nos detuvimos, abrí la puerta y salté afuera, ¡descalzo! ¡Maldición!

Esquivé su espada, le cogí el brazo y le hice caer de la montura. Me golpeó una vez con su enguantado puño izquierdo, y surgieron velas romanas a mi alrededor y un terrible dolor.

El yacía donde había caído, aturdido, y los perros a mi alrededor me mordían mientras Random los pateaba. Cogí la espada de Julián del suelo y toqué su garganta con la punta.

—¡Diles que se detengan! —grité—. ¡O te corto el cuello!

Gritó algunas órdenes a los perros y estos retrocedieron. Random sostenía las bridas de Morgersten y luchaba por mantener quieto al caballo.

—Ahora, querido hermano, ¿qué tienes que decir en tu favor? —pregunté.

Un frío azul brillaba en sus ojos, y su cara no tenía expresión.

—Si vas a matarme, hazlo ya —dijo.

—Cuando lo decida —repuse; de alguna manera, gozaba al ver por tierra su armadura—. Mientras tanto, ¿qué valor tiene tu vida para mí?

—Todo lo que poseo, por supuesto.

Di un paso atrás.

—Levántate y sube a la parte trasera del coche —le dije.

Así lo hizo, y le quité la daga antes de que subiera. Random ocupó su asiento y mantuvo la pistola, con la única bala que le quedaba, apuntada a la cabeza de Julián.

—¿Por qué no lo matamos sin más? —preguntó.

—Creo que nos será útil —dije—. Hay muchas cosas que quiero saber, y todavía nos queda un largo viaje.

Comencé a conducir. Pude ver a los perros a nuestro alrededor. Morgersten galopaba junto a nosotros.

—Me temo que no tengo mucho valor como prisionero —comentó Julián—. Aunque me tortures, sólo puedo decirte lo que sé, y no es mucho.

—Empieza con ello —dije.

—Eric parece tener la posición más fuerte —nos explicó—, y ha permanecido en Ámbar desde que todo comenzó. Le ofrecí mi ayuda porque me pareció lo más acertado. Si hubierais sido uno de vosotros, quizá habría hecho lo mismo. Eric me envió a vigilar Arden porque es una de las rutas principales. Gérard controla los caminos marítimos del sur, y Caine las aguas del norte.

—¿Y Benedict? —preguntó Random.

—No lo sé. No he sabido nada de él. Puede que esté con Bleys. Puede estar en algún lugar de la Sombra y no haberse enterado aún. Hasta podría estar muerto. Hace muchos años que no sabemos nada de él.

—¿Cuántos hombres tienes en Arden? —preguntó Random.

—Más de mil —respondió—. Es probable que algunos te estén vigilando precisamente ahora.

—Y si desean que sigas viviendo, seguirán haciendo sólo eso —dijo Random.

—Indudablemente tienes razón —replicó—. Debo admitir que Corwin hizo algo inteligente tomándome prisionero en vez de matarme. Así podréis cruzar el bosque.

—Lo dices porque quieres vivir —dijo Random.

—Por supuesto que quiero vivir. ¿Podré?

—¿Por qué?

—Como pago por la información que os he dado.

Random rió.

—Nos has dado muy poco, y estoy seguro de que te podremos sacar más. Lo veremos en cuanto tengamos una oportunidad de detenernos, ¿verdad, Corwin?

—Ya veremos —dije—. ¿Dónde está Piona?

—Creo que en algún lugar hacia el sur —replicó Julián.

—¿Y Deirdre?

—No lo sé.

—¿Llewella?

—En Rabma.

—De acuerdo —dije—. Creo que me has dicho lo que sabes.

—Lo hice.

Continuamos en silencio, y, finalmente, el bosque empezó a ser menos tupido. Hacía mucho que ya no veía a Morgersten, aunque a veces pasaba el halcón de Julián sobrevolando el coche. El camino comenzó a ascender mientras nos dirigíamos a un paso entre dos montañas púrpura. El depósito de gasolina tenía poco más de un cuarto. En unas horas cruzábamos las altas murallas de piedra.

—Este sería un buen lugar para colocar una barricada de piedras —dijo Random.

—Suena lógico —dije—. ¿Qué te parece, Julián?

Suspiró.

—Sí —acordó—. Pronto llegaréis ante una, ya sabéis cómo pasarla.

Lo hicimos. Cuando llegamos ante el portal, y el guardia vestido con ropa de cuero marrón y verde, con la espada desenvainada, avanzó hacia nosotros, señalé con el pulgar hacia el asiento trasero y dije:

—¿Le reconoces?

Lo hizo, y también nos reconoció a nosotros.

Se apresuró a abrir el portal, y cuando pasamos nos saludó.

Encontramos dos puestos más antes de atravesar el paso... y en algún lugar del camino pareció que habíamos perdido al halcón. Ganamos varios cientos de metros de altura, y en un camino que serpenteaba a lo largo de un risco aminoré la velocidad del coche. A nuestra derecha no había nada más que un largo camino que conducía hacia abajo.

—Baja —ordené—. Vas a caminar un poco.

Julián se puso pálido.

—No te suplicaré —dijo—. No rogaré por mi vida.

Y bajó del coche.

—¡Infiernos! —dije—. ¡Nadie me ha rogado desde hace semanas! Bien... ve y detente en el borde. Un poco más cerca, por favor —y Random seguía con la pistola apuntándole a la cabeza—. Hace un rato —le dije—, dijiste que habrías ayudado a cualquiera de nosotros que hubiera estado en la posición de Eric.

—Es cierto.

—Mira hacia abajo.

Lo hizo. Era un largo camino.

—De acuerdo —dije—, recuerda eso cuando cambien las cosas. Y recuerda quién fue el que te dio la vida cuando otro la hubiera tomado. Vamos, Random, marchémonos.

Le dejamos allí, de pie, respirando agitadamente, con el ceño fruncido.

Cuando alcanzamos la cima, casi estábamos sin gasolina. Quité los cambios y apagué el motor; y el largo descenso comenzó.

—He estado pensando —dijo Random—, que no has perdido nada de tu vieja astucia. Yo, probablemente, por lo que intentó hacer, le hubiera matado. Pero creo que tú hiciste lo más adecuado. Si podemos arrinconar a Eric, creo que nos brindará su ayuda. Mientras tanto, por supuesto, informará a Eric de lo que sucedió.

—Por supuesto —dije.

—Y tú tienes más razones que cualquiera de nosotros para querer verlo muerto.

Sonreí.

—Los sentimientos personales no son buenos para la política, las decisiones legales, o los tratos comerciales.

Random encendió dos cigarrillos y me dio uno.

Mirando hacia abajo a través del humo, tuve la primera visión de aquel mar. Debajo del profundo cielo azul, casi negro, con aquel sol dorado suspendido en él, el mar era tan rico —espeso como pintura, suave como un trozo de tela, de un azul real, casi púrpura —que me turbaba mirarlo. Me encontré hablando en una lengua que no creí conocer. Estaba recitando *The Bailad of the Water—Crossers, y* Random escuchó hasta que terminé, preguntándome luego:

—A menudo se ha dicho que esa canción la compusiste tú, ¿es cierto?

—Hace tanto tiempo —le dije—, que ya no recuerdo.

Y mientras el risco se curvaba más y más hacia la izquierda, a medida que descendíamos por su ladera dirigiéndonos hacia un valle lleno de árboles, el mar ocupaba cada vez más espacio en nuestro campo de visión.

—El Faro de Cabra —dijo Random, señalando una enorme torre gris que se alzaba desde las aguas unos cuantos kilómetros dentro del mar—. Había olvidado todo menos eso.

—Y yo —repliqué—. Regresar... qué sentimiento tan extraño — y me di cuenta de que ya no hablábamos en inglés, sino en la lengua llamada Thari.

Después de casi media hora, llegamos al pie de la colina. Llevé el coche en punto muerto todo lo que pude, luego encendí el arranque. Una bandada de oscuros pájaros levantó el vuelo de entre el follaje, hacia la izquierda, al oír el ruido. Algo gris y parecido a un lobo salió de su escondite y se lanzó raudo hacia la espesura; el ciervo al que había estado acechando, invisible hasta entonces, se alejó. Estábamos en un valle exuberante, aunque sin tanta frondosidad y árboles como el Bosque de Arden, que descendía suave pero regularmente hacia el mar.

Altas, y elevándose hacia la izquierda, las montañas quedaban atrás. Cuanto más avanzábamos dentro del valle, mejor era nuestra vista de la naturaleza y de la total extensión de aquella impresionante montaña de rocas por la que habíamos descendido. Las montañas continuaban su marcha hacia el mar, creciendo a medida que se acercaban, mostrando sobre sus riscos un ondulante manto verde, malva, púrpura, índigo y oro. La cara que daba al mar, era invisible para nosotros desde el valle, pero

alrededor de aquella última y más alta cima, remolineaba un leve velo de fantasmales nubes, y ocasionalmente el dorado sol la tocaba con fuego. Juzgué que estábamos a unos cincuenta y cinco kilómetros del lugar iluminado, y el indicador de gasolina marcaba que el depósito estaba casi vacío. Supe que la última cima era nuestro destino final, y en mi interior empezó a crecer la ansiedad por llegar. Random estaba mirando en la misma dirección.

—Todavía está allí —remarqué.

—Casi había olvidado... —dijo él.

Y mientras cambiaba de marchas, noté que mis pantalones habían cobrado cierto brillo que no tenían antes. También eran considerablemente más estrechos a medida que llegaban a los tobillos, y noté que los puños de la camisa habían desaparecido. Me di cuenta de la camisa que llevaba.

Era más parecida a una chaqueta, y era negra con líneas de plata; y mi cinturón se había ensanchado considerablemente.

Con una inspección más detallada, descubrí que había una línea de plata en la costura externa de mis pantalones.

—Me encuentro vestido adecuadamente —comenté para ver qué reacción traía aquello.

Random rió entre dientes, y vi que también él había cambiado y que llevaba pantalones marrones con finas rayas rojas y una camisa naranja y marrón. En el asiento, a su lado, había un sombrero marrón con el borde amarillo.

—Me estaba preguntando cuándo lo notarías —dijo—. ¿Cómo te sientes?

—Bastante bien —respondí—. De paso, te diré que estamos casi sin gasolina.

—Demasiado tarde para hacer algo al respecto —dijo—. Ahora estamos en el mundo verdadero, y sería un

esfuerzo terrible manipular las Sombras. Además, se notaría. Me temo que tendremos que abandonar el coche cuando se nos acabe el combustible.

Se acabó tres kilómetros y medio más arriba. Fui a un lado del camino y me detuve. El sol estaba hundiéndose por el este, y las sombras habían crecido.

Extendí la mano al asiento trasero, donde mis zapatos se habían convertido en botas negras, y algo hizo ruido cuando mis manos las buscaron.

Saqué una espada plateada moderadamente pesada y una vaina. Se ajustaba perfectamente a mi cinturón. También encontré una capa negra, con un broche que era una rosa de plata.

—¿Pensaste que se habían perdido para siempre? —preguntó Random.

—Casi —dije.

Salimos del coche y nos pusimos a caminar. La noche era fría y vigorosamente fragante. Hacia el este, brillaban las estrellas y el sol se hundía lentamente.

Mientras andábamos por el camino, Random dijo:

—No me gusta esto.

—¿Qué quieres decir?

—Hasta ahora, todo nos ha resultado fácil —respondió—, y no me gusta. Cruzamos todo el Bosque de Arden sin un rasguño. Sí, Julián trató de detenernos allí... pero, no sé... Hemos llegado tan lejos sin ningún tropiezo que casi sospecho que nos han dejado hacerlo.

—También cruzó por mi mente ese pensamiento —mentí—. ¿Qué crees que presagia?

—Me temo —dijo—, que estamos avanzando hacia una trampa.

Caminamos en silencio varios minutos.

Hablé:

—¿Una emboscada? Estos árboles parecen extrañamente quietos.

—No sé.

Recorrimos casi tres kilómetros, y el sol desapareció. La noche era negra y poblada de brillantes estrellas.

—Por este camino no debiéramos ir a pie —dijo Random.

—Cierto.

—Pero tengo miedo de traer caballos.

—Y yo también.

—¿Cuál es tu opinión de la situación? —preguntó Random.

—La muerte —dije—. Tengo la impresión de que nos van a caer encima en muy poco tiempo.

—¿Crees que deberíamos abandonar el camino?

—He estado pensándolo —mentí nuevamente—, y no creo que nos perjudique caminar fuera de él durante un trecho.

Así lo hicimos.

Pasamos entre los árboles, dejando a nuestras espaldas las oscuras formas de rocas y arbustos. Y la luna se elevó lentamente, grande, plateada, iluminando la noche.

—Sigo teniendo el presentimiento de que no podremos hacerlo —dijo Random.

—¿Cuánto podemos fiarnos de ese presentimiento? —pregunté.

—Mucho.

—¿Por qué?

—Demasiado lejos y demasiado rápido —respondió—. No me gusta en lo más mínimo. Estamos ya en el mundo real, es demasiado tarde para dar media vuelta. No podemos manipular la Sombra, tenemos que confiar en nuestras espadas (él llevaba una corta y brillante). Siento, cada vez más, que era voluntad de Eric que llegáramos hasta este punto. Ahora no hay mucho que podamos hacer, pero, ya que estamos aquí, desearía que tuviéramos que luchar por cada centímetro de terreno.

Continuamos otro kilómetro y luego nos detuvimos a encender unos cigarrillos que mantuvimos ocultos en el hueco de la palma de la mano.

—Es una noche hermosa —dije a Random y a la fría brisa.

—Supongo... ¿qué fue eso?

Percibimos un ligero movimiento entre los arbustos, no muy lejos, a nuestra espalda.

—Quizá un animal.

Empuñó la espada.

Esperamos varios minutos, pero no se oyó nada más.

Envainó la espada nuevamente y reemprendimos el camino.

No se produjeron más sonidos detrás nuestro, pero, pasado un tiempo, escuché algo delante.

Cuando le miré, asintió, y nos movimos más cautelosamente.

No oímos nada más, pero su encogimiento de hombros aprobaba mi gesto mientras me dirigía hacia el lugar de donde provenía el sonido, dentro del bosque, a la derecha.

Había transcurrido casi una hora cuando llegamos al campamento. Vimos a cuatro hombres sentados alrededor del fuego, y dos más durmiendo en las sombras. La muchacha que estaba atada a la estaca tenía vuelta la cabeza, pero sentí que mi corazón se aceleraba cuando miré su figura.

—¿Puede que sea...? —murmuré.

—Sí —replicó—, creo que puede ser.

Entonces ella giró la cabeza y supe quién era.

—¡Deirdre!

—Me pregunto en qué se habrá metido la muy zorra —dijo Random—. Por los colores de esos tipos, aseguraría que la llevan de regreso a Ámbar.

—Ya que Eric la quiere, no debe tenerla —dije.

—Nunca me preocupé mucho por Deirdre —añadió Random—, pero sé que tú sí, por lo tanto... —desenvainó la espada.

Yo hice lo mismo.

—Prepárate —le dije, agazapándome.

Y les atacamos.

Quizá dos minutos, no tardamos más.

Ella se quedó mirándonos, la luz de la hoguera haciendo de su rostro una máscara retorcida. Rió y lloró y pronunció nuestros nombres en voz alta y asustada, y yo corté sus ataduras y la ayudé a incorporarse.

—Saludos, hermana. ¿Te unes a nosotros en el camino hacia Ámbar?

—No —dijo—. Gracias por salvarme la vida, pero quiero seguir conservándola. ¿Por qué vais a Ámbar?

—Hay un trono que ganar —dijo Random, lo que era nuevo para mí—, y somos una de las partes interesadas.

—Si eres inteligente, te mantendrás lejos y vivirás más tiempo —aseguró, y, ¡Dios!, era adorable, aunque estaba sucia y cansada.

La tomé en mis brazos porque quería hacerlo, y la abracé. Random encontró vino y todos bebimos un trago.

—Eric es el único príncipe que permanece en Ámbar —dijo ella—, y las tropas le son leales.

—No temo a Eric —repliqué, y supe que no estaba muy seguro de ese comentario.

—Nunca os dejará entrar en Ámbar —dijo—. Yo misma era una prisionera, hasta que me fugué por uno de los caminos secretos hace dos días. Pensé que podría entrar en la Sombra hasta que todo hubiera pasado, pero no es fácil hacerlo cerca del lugar verdadero. Sus tropas me encontraron esta mañana. Me llevaban de regreso. Si hubiéramos llegado, creo que me habría matado... aunque no estoy segura. De cualquier modo, me hubiera convertido en una marioneta de la ciudad. Puede que Eric esté loco... pero tampoco estoy segura.

—¿Qué se sabe de Bleys? —inquirió Random.

—Envió cosas desde la Sombra. Eso molestó mucho a Eric. Pero Bleys nunca empleó todas sus fuerzas, lo que ha intranquilizado bastante a Eric. La posesión de la Corona y el

Cetro no son seguras... ni siquiera con el Cetro en la diestra de Eric.

—Ya veo. ¿Ha hablado alguna vez de nosotros?

—De ti, no, Random. Pero de Corwin, sí. Todavía teme la vuelta de Corwin a Ámbar. En los siguientes siete kilómetros, puede que tengamos cierta seguridad... pero más allá, cada paso del camino está repleto de peligro. Cada árbol y cada roca podrán ser una trampa o una emboscada. A causa de Bleys y de Corwin. Quería que por lo menos llegarais hasta aquí para que no pudierais volver a la Sombra y escapar nuevamente de él. Es imposible para nosotros entrar en Ámbar sin caer antes en una de sus trampas.

—Y sin embargo, tú escapaste...

—Era diferente. Yo trataba de salir, no de entrar.

Quizá no me vigilara tan estrechamente como haría con uno de vosotros, por mi sexo y mi falta de ambición. Y, sin embargo, como podéis ver, no tuve éxito.

—Lo tienes ahora, hermana —dije—, y mientras mi espada esté libre para protegerte —y ella besó mi frente y me apretó la mano. Siempre me daba suerte.

—Estoy seguro de que nos siguen —dijo Random, y con un gesto los tres desaparecimos en la oscuridad.

Permanecimos tendidos, inmóviles, bajo un matorral, vigilando el camino que habíamos seguido.

Después de un tiempo, nuestros suspiros indicaron que yo tenía que tomar una decisión. La pregunta era bastante sencilla: ¿y ahora qué?

La cuestión era demasiado básica, y no podía seguir eludiéndola. Sabía que no podía confiar en ellos, ni aun en la querida Deirdre, pero si tenía que hacerlo en alguien, Random estaba metido en esto conmigo hasta el cuello, y Deirdre era mi favorita.

—Queridos hermanos —dije—, tengo que haceros una confesión. —La mano de Random sujetaba el pomo de su espada. Aquello era lo más que podíamos confiar el uno en el otro. Hasta podía leer su mente: *Corwin me trajo hasta aquí para traicionarme,* se estaba diciendo a sí mismo.

—Si me trajiste aquí para traicionarme —dijo—, no me cogerás vivo.

—¿Estás bromeando? —pregunté—. Quiero tu ayuda, no tu cabeza. Lo que tengo que decir es simplemente esto: No sé qué demonios está ocurriendo. He hecho algunas conjeturas, pero realmente no sé dónde infiernos nos encontramos, qué es Ámbar, qué está haciendo Eric, quién es Eric, o porqué nos hallamos aquí

tendidos entre los matorrales, ocultándonos de sus tropas —le dije—, o, por lo que importa, quién soy yo realmente.

Hubo un terrible y largo silencio, y luego Random preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Sí —dijo Deirdre.

—Quiero decir —expliqué—, que logré engañarte, Random. ¿No crees que es extraño que lo único que haya hecho en este viaje haya sido conducir el coche?

—Tú eres el jefe —me dijo—, y pensé que estabas haciendo planes. Hiciste algunas cosas muy inteligentes en el camino. Sé que eres Corwin.

—Cosa que he descubierto yo mismo hace unos días —repliqué—. Sé que soy ese al que llamáis Corwin, pero hace un tiempo tuve un accidente. Me lastimé la cabeza —te mostraré las cicatrices cuando haya algo más de luz —y sufro de amnesia. Ni siquiera recuerdo mucho de Ámbar. Todo lo que recuerdo es a mi familia, y que no puedo confiar mucho en ellos. Esa es mi historia. ¿Qué podemos hacer al respecto?

—¡Cristo! —dijo Random—. ¡Ahora entiendo! Ahora veo claras todas las pequeñas cosas que me intrigaron en el viaje... ¿Cómo pudiste engañar a Flora tan completamente?

—Suerte —dije —y astucia subconsciente, supongo. ¡No! ¡No es eso! Ella se portó como una estúpida. Ahora te necesito realmente.

—¿Crees que podremos entrar en la Sombra? —preguntó Deirdre, y no se dirigía a mí.

—Sí —dijo Random—, pero no lo haré. Me gustaría ver a Corwin en Ámbar, y me gustaría ver la cabeza de Eric en una estaca. Estoy dispuesto a correr ciertos riesgos para verlo, así que no regresaré a la Sombra. Si quieres, puedes hacerlo tú. Todos pensáis que soy un fracaso y un cobarde. Ahora vamos a averiguarlo. Continuaré hasta el final.

—Gracias, hermano —dije.

—Un desgraciado encuentro bajo la luz de la luna —dijo Deirdre.

—Todavía podrías seguir atada a la estaca —dijo Random, y ella no replicó.

Permanecimos allí tendidos un rato más, hasta que tres hombres llegaron al campamento y miraron alrededor. Dos de ellos se arrodillaron y olisquearon el suelo.

Miraron en nuestra dirección.

—Cuidado —murmuró Random, mientras se dirigían hacia donde estábamos.

Lo he visto algunas veces, pero sólo en la Sombra. Se dejaron caer con las manos en la tierra y la luz de la luna

hizo algún truco con sus vestimentas grises. Y aparecieron los seis brillantes ojos de nuestros perseguidores.

Atravesé al primer lobo con mi espada de plata y soltó un aullido humano. Random decapitó a uno de un sólo golpe, y, para mi asombro, vi a Deirdre alzar a otro en el aire y romperle la espalda con un golpe seco contra la rodilla.

—¡Rápido, tu espada! —dijo Random, y atravesé a su víctima, y a la de ella, y hubo más gritos.

—Mejor que nos movamos rápido —dijo Random—. ¡Por aquí! —y le seguimos.

—¿Adonde vamos? —preguntó Deirdre, quizá después de una hora de movimientos furtivos bajo el follaje.

—Hacia el mar —replicó Random.

—¿Por qué?

—De eso es de lo que se acuerda Corwin.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Rabma, por supuesto.

—Allí te matarán y le darán tu cerebro a los peces.

—No iré todo el camino. En la playa, tú te encargarás de todo y hablarás con la hermana de tu hermana.

—¿Quieres que Corwin vuelva a atravesar el Patrón?

—Sí.

—Es arriesgado.

—Lo sé... Escucha, Corwin —dijo—, recientemente te has portado bien conmigo. Si por cualquier razón no eres Corwin, estás muerto. Aunque tienes que serlo. No puedes ser otra persona por la manera en que has actuado, aun sin memoria. No, apostaría mi vida. Arriésgate y prueba el Patrón. Si logras lo imposible, te devolverá la memoria. ¿Estás en el juego?

—Probablemente —dije—, pero, ¿qué es el Patrón?

—Rabma es la ciudad fantasma —me dijo—. Es el reflejo de Ámbar dentro del mar. En ella, se duplica cuanto haya en Ámbar, como en un espejo. La gente de Llewella vive allí y habita como si fuera Ámbar. Me odian por unos pequeños pecados que cometí en el pasado, así que no puedo acompañarte, pero si les hablas con sinceridad, y les dejas entrever algo de tu misión, creo que te dejarán caminar por el Patrón de Rabma, imagen del que hay en

Ámbar, y con el mismo efecto: darle a los hijos de nuestro padre el poder de caminar entre la Sombra.

—¿De qué manera me ayudará ese poder?

—Te hará saber quién eres.

—Entonces, estoy en el juego —dije.

—Perfecto. En ese caso, continuaremos hacia el sur. Nos tomará varios días llegar hasta la escalera... ¿Vas a ir con él, Deirdre?

—Iré con mi hermano Corwin.

Sabía que diría aquello, y estaba contento. Tenía miedo, pero estaba contento.

Caminamos toda aquella noche. Esquivamos tres patrullas de tropas armadas, y, cuando llegó la mañana, dormimos en una cueva.

V

Tardamos dos noches en recorrer el camino hacia las rosadas y negras arenas del gran mar. En la mañana del tercer día, llegamos a la playa, después de haber evitado, con fortuna, a un pequeño grupo de hombres durante el crepúsculo del día anterior. No deseábamos salir al descubierto hasta que no hubiéramos localizado el lugar exacto, *Faiella—bionin,* la escalera que conducía a Rabma, y pudiéramos atravesarlo rápidamente.

El sol naciente proyectaba billones de brillantes fragmentos en el oleaje espumoso de las aguas, y nuestros ojos se cegaban por su danza, por lo que no podíamos ver bajo su superficie. Nos habíamos mantenido a base de agua y frutas durante dos días y me sentía terriblemente hambriento, pero lo olvidé mientras contemplaba la ancha, descendente playa con sus giros repentinos y sus elevaciones de coral naranja, rosa y rojo, y sus abruptos escondrijos de conchas, madera a la deriva y pequeñas piedras pulidas; y el mar más allá: elevándose y cayendo, salpicando suavemente, todo oro y azul y púrpura real, proyectando hacia adelante sus brisas como canciones de vida parecidas a bendiciones bajo violetas cielos crepusculares.

La montaña que quedaba frente al crepúsculo, Kolvir, que había sostenido a Ámbar como una madre a su hijo durante todos los tiempos, estaba a unos sesenta kilómetros a nuestra derecha, al norte, y el sol la cubría con oro, generando un velo arcoiris sobre la ciudad. Random la contempló y le castañetearon los dientes; apartó la vista. Quizá yo también lo hiciera.

Deirdre tocó mi mano, hizo un gesto con la cabeza, y se puso a caminar hacia el norte, paralela a la playa. Random y yo la

seguimos. Aparentemente, había localizado alguna señal del sendero.

Cuando habíamos quizá recorrido un kilómetro, nos pareció que la tierra temblaba ligeramente.

—¡Cascos de caballos! —siseó Random.

—¡Mirad! —dijo Deirdre, y su cabeza estaba inclinada hacia atrás y señalaba hacia lo alto.

Mis ojos siguieron el gesto.

Encima de nosotros, un halcón volaba en círculos.

—¿Está muy lejos? —pregunté.

—Aquel montón de piedras —dijo ella, y lo vi, a unas cien yardas de distancia, alrededor de dos metros y medio de altura, construido con piedras grises del tamaño de una cabeza, desgastadas por el viento, con la forma de una pirámide truncada.

El ruido de los cascos se hizo más fuerte, y se escuchó la nota de un cuerno, aunque no el de Julián.

—¡Corred! —dijo Random, y lo hicimos.

Veinticinco pasos después, el halcón descendió. Se arrojó sobre Random, pero él ya tenía su espada desenvainada y le lanzó una estocada. El halcón se dirigió hacia Deirdre.

Desenfundé la espada y traté de atravesarlo. Unas cuantas plumas volaron por allí. Se elevó y cayó nuevamente, y esta vez mi espada golpeó contra algo duro... y creo que cayó, pero no estoy seguro, ya que no quise detenerme para mirar atrás. El sonido de cascos era bastante regular, y fuerte, y las notas del cuerno sonaban muy cerca.

Alcanzamos el cúmulo de piedras y Deirdre giró hacia la derecha, dirigiéndose directamente hacia el mar.

No pensé en discutir con alguien que parecía saber positivamente lo que estaba haciendo. La seguí, y con el rabillo del ojo vi a los jinetes.

Estaban todavía bastante lejos, pero avanzaban por la playa con una velocidad increíble, los perros ladrando y los cuernos sonando, y Random y yo corrimos como demonios, metiéndonos en el agua detrás de nuestra hermana.

Nos llegaba el agua hasta la cintura cuando Random dijo:

—La muerte si me quedo y la muerte si continúo.

—Una es inminente y la otra puede negociarse —dije—. ¡Movámonos!

Lo hicimos. Estábamos sobre una especie de superficie rocosa que descendía dentro del mar. No sabía cómo podríamos respirar cuando acabásemos de descender, pero Deirdre no parecía

preocupada por aquello, así que procuré no preocuparme yo tampoco.

Pero lo hacía.

Cuando el agua remolineó alrededor de nuestras cabezas, me sentía profundamente preocupado. Deirdre caminó directamente hacia adelante, sumergiéndose, y la seguí, y también Random la siguió.

Cada pocos pasos, había un escalón. Estábamos descendiendo por una escalera enorme, y supe que se llamaba *Faiella—bionin.*

Un escalón más y el agua cubriría mi cabeza, pero Deirdre ya estaba sumergida por completo.

Respiré profundamente y me sumergí.

Había más escalones y seguí bajando. Me pregunté por qué mi cuerpo no flotaba sobre ellos, ya que yo continuaba erguido, y cada escalón me conducía hacia abajo como si fuera una escalera natural, aunque mis movimientos, de algún modo, eran más lentos. Comencé a preguntarme qué haría cuando ya no pudiera resistir más sin respirar.

Surgieron burbujas alrededor de las cabezas de Deirdre y Random. Traté de observar qué estaban haciendo, pero no pude distinguirlo. Sus pechos parecían elevarse y bajar normalmente.

Cuando estuvimos unos tres metros por debajo de la superficie, Random me miró desde donde estaba, a mi izquierda, y escuché su voz. Era como si tuviera mi oído apretado contra el fondo de una bañera y cada una de sus palabras llegaba con el mismo sonido de alguien que golpeara contra un costado.

Aunque eran claras:

—Aunque puedan convencer a los caballos para que sigan, no creo que los perros les obedezcan —dijo.

—¿Cómo logras respirar? —traté de decir, y escuché mis propias palabras lejanamente.

—Relájate —dijo rápidamente—. Si estás reteniendo el aliento, déjalo salir y no te preocupes. Serás capaz de respirar todo lo que quieras mientras no te apartes de la escalera.

—¿Cómo puede ser? —pregunté.

—Si lo logramos, lo sabrás —dijo, y su voz tenía una extraña cualidad sonora al hablar a través del frío verde.

Estábamos ya seis metros por debajo de la superficie, y exhalé una pequeña cantidad de aire y traté de inhalar quizá durante un segundo.

No hubo nada perturbador en la sensación, así que lo repetí. Hubo más burbujas, pero más allá de eso, no sentí nada desagradable en la transición.

No hubo ninguna sensación de aumento de presión durante los siguientes tres metros, y pude ver la escalera por la que nos movíamos como a través de una neblina verdosa. Hacia abajo, conducía hacia abajo. Derecho. Directo. Y una especie de luz provenía de la profundidad.

—Si podemos atravesar el arco, estaremos a salvo —dijo mi hermana.

—*Tú* estarás a salvo —corrigió Random, y me pregunté qué habría hecho para ser tan odiado en aquel lugar llamado Rabma.

—Si van en caballos que nunca hayan hecho el viaje, tendrán que seguirnos a pie —dijo Random—. En ese caso lo lograremos.

—Si ese es el caso, quizá ni nos sigan —dijo Deirdre.

Nos apresuramos.

Cuando estábamos a unos quince metros debajo de la superficie, las aguas se hicieron oscuras y frías, pero el brillo que había delante y debajo nuestro, aumentó, y después de otros diez pasos, pude distinguir su origen.

A la derecha, se elevaba una columna. Sobre ella había algo brillante con forma de globo. Quizá unos quince escalones más abajo, otra formación similar aparecía a la izquierda. Más allá de aquella, parecía haber otra a la derecha y así sucesivamente.

Cuando entramos dentro del campo del globo, las aguas se hicieron más calientes y la propia escalera se volvió más clara: era blanca, salpicada de rosa y verde, y parecía mármol, pero no era resbaladiza a pesar del agua. Tenía unos quince metros de ancho, y había una ancha barandilla de la misma sustancia que la escalera a ambos lados.

Mientras caminábamos por ella, los peces nos dejaban atrás. Cuando miré por encima de mi hombro, no observé señal alguna de persecución.

Se hizo más brillante. Entramos en el campo de acción de la primera luz, y no era un globo encima de una columna. Mi mente debió añadir aquel toque al fenómeno, para tratar de racionalizarlo, al menos un poco. Parecía ser una llama, de unos sesenta centímetros de altura, que danzaba allí, como si surgiera de una enorme antorcha. Decidí preguntar sobre ello más tarde y ahorrar —si perdonas la expresión —aire para el rápido descenso que estaba realizando.

Después de haber entrado en el callejón de luz y pasar por seis antorchas más, Random dijo:

—Están detrás de nosotros.

Y yo miré detrás mío otra vez y vi figuras distantes descendiendo, cuatro de ellas a caballo.

Es una sensación extraña reírse bajo el agua y escucharse a uno mismo.

—Déjalos —dije, y toqué la empuñadura de mi espada—. Ahora que hemos llegado hasta aquí, ¡siento un gran poder en mi interior!

Pero nos apresuramos, y tanto a nuestra izquierda como a nuestra derecha, el agua se volvió negra como la tinta. Sólo la escalera estaba iluminada. En nuestro rápido descenso, y a lo lejos, vi lo que parecía ser un poderoso arco.

Deirdre saltaba los escalones de dos en dos, y llegaba hasta nosotros la vibración del constante retumbar de los cascos de los caballos que venían detrás nuestro.

El grupo de hombres armados —abarcando todo el camino, de barandilla a barandilla —estaba lejos y por encima de nosotros. Pero los cuatro jinetes habían ganado distancia. Seguimos a Deirdre mientras descendía velozmente, y mi mano permaneció siempre en el pomo de mi espada.

Tres, cuatro, cinco. Pasamos esa cantidad de luces antes de que volviera a mirar hacia atrás y viera que los jinetes estaban a unos quince metros por encima nuestro. Los demás quedaban casi fuera del alcance de mi vista. El arco aparecía delante, tal vez a unos sesenta metros de distancia. Grande, brillante como el alabastro, y con esculturas de Tritones, ninfas marinas, sirenas y delfines, allí estaba. Y parecía haber gente al otro lado.

—Deben estar preguntándose por qué venimos aquí —dijo Random.

—Será una cuestión académica si no lo logramos —repliqué, apresurándome cuando otra mirada reveló que los jinetes habían ganado otros tres metros.

Saqué mi espada, y brilló a la luz de la antorcha. Random hizo lo mismo.

Veinte escalones más, y las vibraciones se hicieron terribles en lo verde, y nos volvimos para no ser atravesados mientras corríamos.

Casi estaban encima nuestro. Los pórticos estaban a treinta metros delante, y podrían haber sido cien kilómetros, a menos que nos pudiéramos deshacer de los cuatro jinetes.

Me agaché cuando el hombre que se dirigía hacia mí

hizo girar su espada. A su derecha, y ligeramente más atrás, había otro jinete, por lo que me moví hacia aquel lado, cerca de la barandilla. Aquello hizo que golpeara con el brazo cruzado, ya que sostenía la espada con la mano derecha.

Cuando atacó, me defendí en *quarte,* y contraataqué.

Estaba muy inclinado hacia delante en su montura, y la punta de mi espada entró por la derecha de su garganta.

Una gran oleada de sangre, como humo carmesí, se elevó y remolineó en la luz verdosa. Locamente, deseé que Van Gogh hubiera estado allí para verlo.

El caballo siguió al galope mientras yo saltaba por detrás sobre el segundo jinete.

Giró para detener la estocada, lográndolo. Pero la fuerza de su velocidad a través del agua y la fuerza de mi golpe, le hicieron caer de su silla. Mientras caía, le di una patada, y se alejó flotando. Le lancé un golpe, mientras revoloteaba por encima de mí, y lo detuvo otra vez, pero éste le llevó más allá de la barandilla. Escuché sus gritos cuando la presión de las aguas se cerró sobre él. Luego quedó en silencio.

Presté atención a Random, que había matado a un jinete y un caballo, y se estaba batiendo con el segundo hombre a pie. Cuando les alcancé, ya había matado al hombre y estaba riendo. La sangre remolineó encima de ellos, y repentinamente me di cuenta de que yo había conocido al loco, triste y perverso Van Gogh, y realmente era una desgracia que no pudiera haber pintado aquello.

Los hombres de a pie se encontraban a unos treinta metros detrás nuestro, y nosotros nos volvimos, dirigiéndonos hacia los arcos. Deirdre ya había pasado a través de ellos.

Corrimos y lo logramos. Había muchas espadas a nuestro alrededor, lo que hizo que los hombres que nos seguían dieran media vuelta. Enfundamos nuestras espadas y Random dijo:

—Estoy en sus manos —y avanzamos para unirnos al grupo de hombres que había permanecido allí para defendernos.

A Random se le ordenó entregar su espada inmediatamente. Encogiéndose de hombros, la entregó. Vinieron dos hombres y se colocaron a ambos lados de él, y un tercero a su espalda, y continuamos descendiendo por la escalera.

Perdí todo sentido del tiempo en aquel acuoso lugar, pero tuve la sensación de que caminamos de un cuarto de hora a media hora antes de llegar a nuestro destino.

Las doradas puertas de Rabma estaban ante nosotros. Las cruzamos. Entramos en la ciudad.

Todo se veía a través de una neblina verde. Había edificios, todos frágiles y la mayoría altos, agrupados en diferentes posiciones y de unos colores que penetraron mis ojos y rasgaron mi mente, buscando el recuerdo. Pero fracasaron, y el único resultado de su penetración fue el dolor familiar que acompaña a lo que se recuerda

sólo a medias, lo que no se recuerda. Yo había caminado antes por aquellas calles, o por unas muy parecidas a aquellas.

Random no había pronunciado palabra desde que fuera tomado en custodia. La única conversación de Deirdre había sido preguntar por nuestra hermana Llewella. Le informaron que Llewella estaba en Rabma.

Examiné nuestra escolta. Eran hombres de cabello verde, púrpura y negro, y todos tenía ojos verdes, excepto uno que los tenía de un color avellana. Todos vestían taparrabos metálicos y capas, pecheras cruzadas, y espadas cortas que colgaban de cinturones fabricados con conchas marinas. Todos carecían de pelo en el cuerpo. Ninguno me habló, aunque algunos me miraron. Se me permitió conservar mi arma.

Dentro de la ciudad, fuimos conducidos por una ancha avenida, iluminada por columnas con llamas espaciadas a intervalos más cortos que las de *Faiella—bionin.* La gente nos miraba desde ventanas octogonales, y pasaban nadando peces brillantes. Cuando giramos en una esquina, nos sorprendió una corriente fría, parecida a una brisa, y después de unos pocos pasos más, una cálida, parecida a un viento.

Fuimos llevados al palacio, en el centro de la ciudad, y lo conocía como mi mano conoce el guante que colgaba de mi cinturón. Era la imagen del palacio de Ámbar, oscurecido solamente por el verde y confundido por los espejos situados extrañamente en las murallas, dentro y fuera. Una mujer estaba sentada en el trono de la sala de glasita que yo casi recordaba, y su cabello era verde, aunque estriado con plata, y sus ojos eran redondos como luna de jade, y sus cejas se alzaban como las alas de gaviotas color oliva. Su boca era pequeña, su mentón era pequeño; sus mejillas eran altas, anchas y redondeadas. Una diadema cruzaba su frente y exhibía un collar de cristal alrededor de su cuello. En un extremo del collar, había engarzado un zafiro que colgaba entre sus dulces pechos desnudos, cuyos pezones también eran de un verde pálido. Llevaba un taparrabos de calado azul y un cinturón de plata, y sostenía un cetro de coral rosa en la mano derecha y portaba un anillo en cada dedo, y cada anillo mostraba una piedra de un azul diferente. No sonrió mientras hablaba:

—¿Qué buscáis aquí, proscritos de Ámbar? —preguntó, y su voz era fluida, suave.

Deirdre habló en respuesta, diciendo:

—Huimos de la ira del príncipe que se sienta en la verdadera ciudad: ¡Eric! Para ser sinceros, queremos su caída. Si él aquí es amado, estamos perdidos y habremos entregado nuestros cuerpos a nuestros enemigos. Pero siento que aquí no es amado. Y por eso venimos buscando ayuda, gentil Moira...

—No os daré tropas para asaltar Ámbar —replicó—. Como sabéis, el caos se vería reflejado dentro de mi propio reino.

—No es eso lo que pedimos, querida Moira —continuó Deirdre—, sino únicamente algo pequeño que se puede conseguir sin dolor o pérdidas para vos o vuestros súbditos.

—¡Nómbralo! Ya que sabes que Eric no es aquí bien recibido, de la misma forma que no lo es ese que está a tu izquierda —y al decir aquello gesticuló hacia mi hermano, que la miró franca e insolentemente, con una pequeña sonrisa jugando en las comisuras de sus labios.

Si iba a pagar —cualquiera que fuera el precio —algo que hubiera hecho, podía ver que lo pagaría como un verdadero príncipe de Ámbar... como habían hecho antes nuestros tres hermanos muertos, recordé repentinamente. Lo pagaría mientras se burlaba de ellos, riendo, aunque su boca estuviese llena de la sangre de su propio cuerpo, y al morir pronunciaría una maldición irrevocable que se cumpliría. Yo también tenía aquel poder, lo supe súbitamente, y lo usaría si las circunstancias lo requerían.

—Lo que voy a pediros —dijo ella —es para mi hermano Corwin, que también es hermano de la Dama Llewella, que habita aquí con vos. Creo que él nunca os ha ofendido...

—Eso es cierto. Pero, ¿por qué no habla por sí mismo?

—Eso es parte del problema, Señora. No puede, porque no sabe qué pedir. La mayor parte de su memoria le ha abandonado, debido a un accidente que ocurrió mientras habitaba entre la Sombra. Es para restaurar su memoria para lo que hemos venido hasta aquí, para traer nuevamente sus recuerdos de los viejos días, así podrá oponerse a Eric en Ámbar.

—Continúa —dijo la mujer del trono, mirándome a través de las sombras de las pestañas en sus ojos.

—En un lugar de este edificio —dijo ella—, hay una habitación a la que pocos irían. En aquella habitación —continuó—, en el suelo, trazado con perfiles bien marcados, yace el duplicado de lo que llamamos el Patrón. Sólo un hijo o hija del fallecido señor de Ámbar puede atravesar ese Patrón y vivir; le brinda a esta persona un poder sobre la Sombra —Moira parpadeó varias veces, y especulé sobre el número de súbditos que habría enviado por el sendero para ganar algo de aquel poder para Rabma. Por supuesto, había fracasado—. Atravesar el Patrón —continuó Deirdre—, creemos que le devolverá a Corwin la memoria de sí mismo como príncipe de Ámbar. No puede ir a Ámbar a realizarlo, y este es el único lugar que conozco donde se halla duplicado, excepto Tir-na Nogth, al que, por ahora, no podemos ir.

Moira desvió su mirada hacia mi hermana, luego hacia Random, retornando a mí.

—¿Desea Corwin intentarlo? —preguntó.

Me incliné.

—Lo deseo, mi Señora —dije, y entonces ella sonrió.

—Muy bien, tenéis mi permiso. Sin embargo, no puedo garantizaros ninguna seguridad más allá de mi reino.

—Con respecto a eso, su majestad —dijo Deirdre—, no esperamos ninguna sorpresa, pero nos ocuparemos de ello cuando nos vayamos.

—Excepto Random —dijo—, que estará bastante seguro.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Deirdre, ya que Random, dadas las circunstancias, no hablaría por sí mismo.

—Seguramente recordáis —dijo —que cierta vez vino a mi reino el príncipe Random como amigo, y que después partió velozmente con mi hija Morganthe.

—He oído hablar de ello, Señora Moira, pero no sé hasta qué punto es verdad dicho relato.

—Es verdadero —dijo Moira—, y un mes después me fue devuelta. Su suicidio ocurrió unos meses después del nacimiento de su hijo Martin. ¿Qué tenéis que decir a ello, príncipe Random?

—Nada —dijo Random.

—Cuando Martin tuvo edad suficiente —dijo Moira—, porque era de la sangre de Ámbar, decidió atravesar el Patrón. Es el único de los míos que ha tenido éxito. Después de aquello, se internó en la Sombra, y desde entonces no le he visto. ¿Qué tenéis que decir a esto, Lord Random?

—Nada —replicó Random.

—Por lo tanto, os castigaré —continuó Moira—. Os casaréis con la mujer de mi elección y permaneceréis con ella en mi reino durante un año, o se os privará de vuestra vida. ¿Qué decís a ello, Random?

Random no dijo nada, sólo asintió abruptamente.

Ella golpeó con su cetro sobre el brazo de su trono turquesa.

—Muy bien —dijo—, que así sea.

Y así fue.

Nos dirigimos a las habitaciones que nos habían asignado para refrescarnos. Ella apareció en el umbral de la mía.

—Hola, Moira —dije.

—Lord Corwin de Ámbar —me dijo—, a menudo he deseado encontrarme con vos.

—Y yo con vos —mentí.

—Vuestras hazañas son legendarias.

—Gracias, pero apenas las recuerdo.

—¿Me permitís entrar?

—Ciertamente —y me hice a un lado.

Entró en la bien amueblada habitación, sentándose en el borde de un sillón naranja.

—¿Cuándo desearíais atravesar el Patrón?

—Tan pronto como pueda —contesté.

Lo consideró y dijo:

—¿Dónde habéis estado en la Sombra?

—Muy lejos de aquí —dije—, en un lugar que aprendí a amar.

—Es extraño que un Señor de Ámbar posea esa capacidad.

—¿Qué capacidad?

—La de amar —replicó.

—Quizá elegí la palabra equivocada.

—Lo dudo —dijo—, porque las baladas de Corwin tocan las cuerdas del corazón.

—La señora es amable.

—Pero es cierto —replicó.

—Algún día os dedicaré una balada.

—¿Qué habéis hecho mientras habitabais entre la Sombra?

—Creo que fui soldado profesional, señora. Luchaba para cualquiera que me pagara. También compuse la letra y música de muchas canciones populares.

—Ambas cosas me parecen lógicas y naturales.

—Decidme, por favor, ¿qué será de mi hermano Random?

—Se casará con una muchacha llamada Vialle. Es ciega y no tiene pretendientes entre los de nuestra clase.

—¿Estáis segura —pregunté— de que hacéis lo mejor para ella?

—De ese modo obtendrá una buena posición —dijo Moira—, aunque él se marche pasado el año y no vuelva nunca más. Se diga de él lo que se diga, *es* un príncipe de Ámbar.

—¿Qué ocurriría si ella llegara a amarle?

—¿Puede alguien amarle realmente?

—A mi manera, como un hermano, le amo.

—Entonces, esta es la primera vez que un hijo de Ámbar dice tal cosa, y lo atribuyo a vuestro temperamento poético.

—De cualquier modo —añadí—, estad segura de que hacéis lo mejor para la muchacha.

—Lo he considerado —dijo—, y estoy segura. Ella se recobrará de cualquier dolor que él pueda producirle, y después de su marcha, ella se convertirá en una gran dama de mi corte.

—Que así sea —dije, y aparté la mirada, sintiendo que me invadía cierta tristeza por la muchacha—. ¿Qué puedo deciros? —agregué—. Quizá estéis haciendo algo bueno. Al menos, eso espero —y, tomando su mano, la besé.

—Vos, Lord Corwin, sois el único príncipe de Ámbar al que podría soportar —me dijo—, excepto, quizá, a Benedict. Ha permanecido ausente muchos años, y sólo Lir sabe dónde puede haber dado con sus huesos. Es una pena.

—No lo sabía —dije—. Mi memoria está muy turbia. Comprendedme, por favor. Echaré de menos a Benedict si está muerto. El fue mi Maestro de Armas y el que me enseñó el uso de todas ellas. Era gentil.

—Como vos, Corwin —me dijo, tomando mi mano y acercándome hacia sí.

—No, no realmente —repliqué mientras me sentaba junto a ella en el sillón.

Luego dijo:

—Tenemos mucho tiempo hasta la cena —se recostó contra mí con la parte frontal de su hombro, que era suave.

—¿Cuándo cenaremos? —pregunté.

—Cuando yo lo diga —dijo, y me miró más plenamente.

La atraje hacia mí y encontré la hebilla que cubría la suavidad de su vientre. Había más suavidad debajo, y su vello era verde.

Sobre el sillón le dediqué la balada. Sus labios replicaron sin palabras.

* * *

Después de comer —aprendí el truco para comer bajo el agua, que ya te contaré más tarde, si las circunstancias lo requieren—, nos pusimos de pie en el gran salón de mármol, decorado con redes y maromas rojas y marrones, y retornamos a lo largo de un estrecho corredor, para descender y descender por debajo del propio suelo del mar, por una escalera de caracol que se abría camino a través de una oscuridad absoluta y que brillaba. Después de unos veinte pasos, mi hermano dijo:

—¡Mierda!

Y, apartándose un poco, empezó a nadar hacia abajo junto a la escalera.

—*Es* más rápido de ese modo —dijo Moira.

—Y es un largo camino hacia abajo —dijo Deirdre, que conocía el que había en Ámbar.

Todos nosotros nos apartamos de la escalera y nadamos a través de la oscuridad, junto al brillo de sus retorcidas formas.

Nos llevó unos diez minutos llegar hasta el fondo, pero cuando nuestros pies tocaron el suelo, quedamos erguidos, sin que nuestros cuerpos demostraran ninguna tendencia a flotar. A nuestro alrededor, la luz procedente de débiles antorchas situadas en unos nichos en la pared, nos iluminaba.

—¿Por qué esta parte del océano, dentro del doble de Ámbar, es tan diferente del resto de las aguas? —pregunté.

—Porque así es —dijo Deirdre, lo cual me irritó.

Nos hallábamos en una caverna enorme, con túneles que iban en todas direcciones. Nos dirigimos hacia uno.

Después de caminar a lo largo de aquel túnel durante un terrible y largo rato, comenzamos a encontrar pasajes

laterales, algunos de los cuales tenían rejas o puertas ante ellos, y algunos nada.

Ante el séptimo, nos detuvimos. Era una enorme puerta gris de una sustancia parecida a la pizarra, recubiertos los bordes de metal, con una altura del doble de la mía. Recordé algo acerca del tamaño de los Tritones mientras contemplaba aquella entrada. Moira me sonrió y extrajo una larga llave de un anillo que colgaba de su cinturón, y la introdujo en la cerradura.

No podía girarla. Quizá llevaba mucho tiempo sin usarse.

Random gruñó y adelantó su mano, haciendo a un lado la de ella. Cogió la llave con su mano derecha y giró.

Hubo un *click.*

Luego abrió la puerta con el pie y miramos dentro.

El Patrón se extendía en una habitación del tamaño de un salón de baile. El suelo era negro y parecía liso como el cristal. Y en el suelo estaba el Patrón.

Titilaba como fuego frío, temblaba, hacía que toda la habitación pareciera, de algún modo, insustancial. Era un elaborado diseño de brillante poder (¿energía?), compuesto principalmente de curvas, aunque había unas pocas líneas rectas cerca de la mitad. Me recordaba una fantásticamente intrincada, en una escala mucho más grande, versión de uno de aquellos laberintos que uno descubre con un bolígrafo (o lápiz, cualquiera que sea el caso)

por el que uno puede salir o entrar en algo. Casi podía ver las palabras «comience aquí» en algún lugar a mi espalda. Tal vez tuviera unos cien metros de ancho en el lugar más estrecho, y quizá cuatrocientas de largo.

Hizo que repiquetearan campanas dentro de mi cabeza, y luego empezó la pulsación. Mi mente retrocedía ante el contacto. Pero si yo era un príncipe de Ámbar, entonces, en algún lugar de mi sangre, de mi sistema nervioso, de mis genes, aquel Patrón estaría grabado para que pudiera responder ante él de manera apropiada, para que pudiera atravesar aquella maldita cosa.

—Me gustaría tener un cigarrillo —dije, y ellos rieron burlonamente, aunque un poco demasiado rápido y quizá un poco alto en el control de vibración.

Random me cogió del brazo y dijo:

—Es una prueba muy dura, pero no imposible, porque, de lo contrario, no estaríamos aquí. Camina lentamente y no permitas que te distraiga. No te alarmes por la lluvia de chispas que se elevará con cada paso que des. No puede herirte. Sentirás una ligera corriente a través tuyo durante todo el trayecto, pero en cuanto pase un rato, te sentirás bien. No dejes de concentrarte y, no lo olvides, ¡sigue caminando! No te detengas, hagas lo que hagas, y no te apartes del sendero, porque probablemente te mataría —y mientras hablaba, caminábamos. Caminamos hasta aproximarnos a la pared del lado derecho y circunvalamos el Patrón, dirigiéndonos hasta su parte más lejana. Ellas caminaban detrás nuestro.

Le murmuré:

—Traté de convencerla de que no hiciera lo que había planeado para ti. No tuve suerte.

—Supuse que lo harías —dijo—. No te preocupes. Puedo soportar un año, y hasta podrían dejarme ir antes si procuro ser lo suficientemente desagradable.

—La muchacha que te han preparado, se llama Vialle. Es ciega.

—Bien —dijo—. Una buena broma.

—¿Te acuerdas de la regencia de la que hablamos?

—Sí.

—Sé amable con ella, quédate el año completo, y seré generoso.

Nada.

Luego apretó mi brazo.

—Amiga tuya, ¿eh? —rió entre dientes—. ¿Cómo es?

—¿Es un trato? —dije lentamente.

—Es un trato.

Nos detuvimos en el lugar donde comenzaba el Patrón, cerca de una de las esquinas de la habitación.

Me adelanté y contemplé la línea de fuegos que comenzaba cerca del lugar donde había colocado mi pie derecho. El Patrón constituía la única iluminación de la habitación. Las aguas eran frías a mi alrededor.

Continué, poniendo mi pie derecho sobre el camino. Su contorno emitía chispas blanco azuladas. Puse mi pie derecho sobre el sendero y sentí la corriente que Random había mencionado. Di otro paso.

Hubo una crepitación y sentí que mi cabello comenzaba a erizarse. Di otro paso.

La cosa aquella comenzó a curvarse repentinamente por encima de sí misma. Di diez pasos más, y pareció alzarse una cierta resistencia. Era como si ante mí hubiera crecido una barrera negra de alguna sustancia, que me presionaba con cada esfuerzo que hacía para tratar de avanzar.

Luché contra ella. Supe repentinamente que era el Primer Velo.

Atravesarlo sería un Logro, un buen signo, lo cual mostraría que yo era parte del Patrón. Cada pasó que daba requería un esfuerzo terrible, y las chispas surgían de mi cabeza.

Me concentré en la difícil línea. La caminé respirando pesadamente.

La presión disminuyó con rapidez. El Velo se había abierto ante mí, tan abruptamente como había surgido. Lo había atravesado y había adquirido algo.

Había ganado una parte de mí mismo.

Vi las láminas de piel y los nudosos huesos, parecidos a varas, de los muertos de Auschwitz. Supe que yo había estado presente en Nuremberg. Escuché la voz de Stephen Spender recitando «Viena» y vi a Madre Coraje cruzando el escenario durante un estreno de Brecht. Vi los cohetes saltar de los sucios lugares: Peenemunde, Vandenberg, Kennedy, Kyzyl Kum, en Kazajstán y toqué con mis manos la Muralla China. Estábamos bebiendo cerveza y vino, y Shaxpur dijo que estaba borracho, apartándose para vomitar. Entré en los verdes bosques de la Reserva de Occidente y logré en un mismo día tres cueros cabelludos. Mientras marchábamos tarareaba una tonada que se convirtió en *Aupres de ma blonde.* Recordaba, recordaba... mi vida en el lugar de la Sombra, cuyos habitantes llamaban Tierra. Tres pasos más, y sostuve mi espada manchada de sangre y vi a tres hombres muertos y a mi caballo, con el mismo que había huido de la Revolución Francesa. Y más, mucho más, hasta...

Di otro paso. Hasta…

Los muertos. Me rodeaban. Había un terrible olor —el de la carne descompuesta —y escuché el aullido de un perro que estaban matando a palos. Columnas de humo negro llenaban el cielo, y un viento helado vino hacia mí, trayendo unas cuantas gotas de lluvia. Tenía la garganta seca y me temblaban las manos y mi cabeza estaba llena de fuego. Yo solo, me tambaleaba, viéndolo todo a través de la niebla de la fiebre que me abrasaba. Las cunetas estaban llenas de despojos y gatos muertos. Con una vibración y el tañido de una campana, el vagón de la muerte pasó ante mí, salpicándome de lodo y agua fría.

Cuánto tiempo vagué antes de que una mujer cogiera mi brazo y yo viera un anillo de la Cabeza de la Muerte en su dedo, no lo sé. Me condujo hasta sus habitaciones, pero allí descubrió que yo no tenía dinero y que estaba delirando. El miedo cruzó su rostro pintado, borrando la sonrisa de sus brillantes labios, haciendo que se marchara. Yo me derrumbé sobre su cama.

Más tarde —de nuevo: cuánto, no lo sé—, un hombre grande vino y me cruzó la cara con la mano e hizo que me pusiera en pie. Me cogí de su brazo derecho y allí me mantuve. El, medio arrastrándome, me empujó hacia la puerta.

Cuando descubrí que iba a arrojarme al frío, apreté su brazo para protestar. Apreté con toda la fuerza que me quedaba, murmurando ruegos medio incoherentes.

Entonces, a través del sudor y los ojos llenos de lágrimas, vi su rostro contorsionarse y escuché un grito que salió de entre sus manchados dientes.

El hueso en su brazo, donde yo había apretado, se había roto.

Me hizo a un lado con su mano izquierda y cayó de rodillas, llorando. Me senté en el suelo, y mi cabeza se aclaró momentáneamente.

—Me… quedo… aquí —dije—, hasta que me sienta mejor. Lárguese. Si vuelve, le mataré.

—¡Tiene la peste! —gritó—. ¡Vendrán por sus huesos mañana! —entonces escupió, se puso en pie, y se tambaleó hacia la salida.

Fui hasta la puerta y la atranqué. Luego me arrastré de nuevo hasta la cama.

Si al día siguiente venían por mis huesos, quedarían desilusionados. Diez horas más tarde, en mitad de la noche, desperté con un sudor frío y me di cuenta de que la fiebre me había abandonado. Estaba débil, pero razonaba nuevamente.

Me di cuenta de que había logrado sobrevivir a la peste.

Cogí una capa de hombre que encontré en el armario y algo de dinero de un cajón.

Y me dirigí hacia Londres y la Noche, en uno de los años de la peste, buscando algo...

No tenía ningún recuerdo de quién era o qué estaba haciendo allí.

Así era como había empezado.

Estaba ya muy dentro del Patrón, y las chispas brillaban continuamente a mis pies, llegándome hasta las rodillas. No sabía en qué dirección me dirigía, o dónde se encontraba Random, Moira y Deirdre. Las corrientes me atravesaban, y parecía como si vibraran las cuencas de mis ojos. Luego sentí pinchazos en las mejillas y un frío que me recorría la nuca. Apreté los dientes para que dejaran de castañetear.

El accidente de coche no era lo que me había producido la amnesia. Había estado sin memoria desde el reinado de Isabel I. Flora debió haber supuesto que el reciente accidente me la había restaurado. Ella conocía el estado en que me encontraba. Repentinamente, fui golpeado por el pensamiento de que ella se encontraba en aquella Tierra de Sombra principalmente para vigilarme a mí.

¿Desde el siglo dieciséis?

De momento, no podía decirlo. Pero lo averiguaría.

Di seis rápidos pasos, llegando hasta el final de un arco y al comienzo de una línea recta.

Coloqué mi pie sobre ella, y con cada paso que daba, otra barrera comenzó a alzarse. Era el Segundo Velo.

Había un giro en ángulo recto, luego otro, luego otro.

Yo era un príncipe de Ámbar. Era cierto. En un tiempo hubo dieciséis hermanos, y seis estaban muertos.

Ocho habían sido las hermanas, y dos estaban muertas, probablemente cuatro. La mayor parte de nuestro tiempo lo habíamos empleado vagando por la Sombra, o en nuestros propios universos. Es una cuestión académica, aunque filosóficamente válida, el hecho de saber si alguien que posea poder sobre la Sombra puede crear su propio universo. Sea cual fuere la última respuesta, desde un punto práctico, podemos hacerlo.

Comenzó otra curva, y era como si caminase sobre engrudo mientras avanzaba lentamente.

Uno, dos, tres, cuatro... levanté mis duras botas y las dejé caer nuevamente.

Mi cabeza vibraba y mi corazón parecía estar siendo cortado en pedazos.

¡Ámbar!

Ámbar era la ciudad más grande que hubiera existido jamás o que fuera a existir. Ámbar siempre había sido y siempre sería, y cualquier otra ciudad, en cualquier lugar, que existiera, no sería más que un reflejo de una sombra de alguna fase de Ámbar. Ámbar, Ámbar, Ámbar... Te recuerdo. Nunca volveré a olvidarte. Creo, muy dentro de mí, que nunca te olvidé a través de todos estos siglos en los que vagué por la Tierra de Sombra, porque a menudo, durante la noche, mis sueños eran perturbados por las imágenes de tus verdes y dorados capiteles y tus majestuosas terrazas. Recuerdo tus anchos paseos y tus campos de flores, doradas y rojas. Recuerdo la dulzura de tus aires, y los templos, palacios, y todo lo agradable que contenías, contienes y siempre contendrás. Ámbar, ciudad inmortal de la que cualquier otra ciudad ha tomado su forma. No puedo olvidarte, ni siquiera ahora, ni olvidar aquel día del Patrón de Rabma, cuando te recordé dentro de los reflejos de los muros, aliviado con una comida, después de la casi total inanición, y el amor de Moira; nada, nada puede ser comparado al placer y al amor de recordarte; y ahora, mientras permanezco contemplando las Cortes del Caos, contándole esta historia al único que puede oírla, que quizá la pueda repetir, que no morirá después de que yo haya muerto interiormente, incluso ahora, te recuerdo con amor, ciudad que nací para gobernar...

Diez pasos, luego una remolineante filigrana de fuego se me enfrentó. Lo intenté, el sudor desaparecía tan rápidamente en las aguas como aparecía.

Era traicionero, demoníacamente traicionero, y parecía que las aguas de la habitación se movieran de repente como grandes corrientes que amenazaban con arrastrarme fuera del Patrón. Continué luchando, resistiéndolas. Instintivamente, supe que abandonar el Patrón antes de haberlo cruzado significaría mi muerte. No me atrevía a levantar los ojos de los lugares de luz que había delante mío, para ver cuan lejos había llegado, cuánto me faltaba para terminar...

Las corrientes desaparecieron y más recuerdos míos retornaron, recuerdos de mi vida como príncipe de Ámbar... No, no son tuyos para que preguntes; son míos, algunos perversos y crueles, otros, quizá, nobles... recuerdos que se remontaban hasta mi infancia en el palacio de Ámbar, con el verde estandarte de mi padre, Oberon, flameando por encima de nosotros, con un unicornio blanco sobre un campo verde, mirando a la derecha.

Random había atravesado el Patrón. Incluso Deirdre lo había logrado. Por lo tanto, yo, Corwin, lo lograría, no importaba la resistencia.

Salí de la filigrana y marché a lo largo de la Gran Curva. Las fuerzas que modelan el universo cayeron sobre mí y me transformaron a su imagen.

Tenía una ventaja sobre cualquier otra persona que hubiera intentado atravesarlo. Sabía que lo había hecho antes, y sabía que podía realizarlo nuevamente. Aquello me ayudó contra los miedos antinaturales que se alzaron como nubes negras, desapareciendo de nuevo, sólo para retornar con fuerzas redobladas. Caminé por el Patrón y lo recordé todo, recordé todos los días anteriores a mis siglos en la Tierra de Sombra, y recordé otros lugares de la Sombra, muchos de los cuales eran especiales y queridos, y uno que, salvo Ámbar, amaba por encima de todo.

Caminé tres curvas más, una línea recta, y unas series de arcos agudos, y mantuve dentro de mí, una vez más, la conciencia de algo que nunca había perdido realmente: Mío era el poder sobre la Sombra.

Diez giros que me dejaron atontado, otro arco bajo, una línea recta y el Velo Final.

Moverse era una agonía. Todo trataba de apartarme del camino. Las aguas eran frías, luego hirvieron. Parecían empujar constantemente contra mí. Luché, colocando un pie delante del otro. Las chispas me llegaban hasta la cintura, luego hasta el pecho, los hombros. Estaban dentro de mis ojos. Estaban a mi alrededor. Apenas podía ver el Patrón.

Llegó un arco bajo, terminando en oscuridad.

Uno, dos... Y dar el último paso fue como tratar de atravesar un muro de cemento. Lo hice.

Luego giré lentamente y contemplé el curso por donde había venido. No me permitiría el lujo de caer de rodillas. Era un príncipe de Ámbar, y ¡por Dios!, nada podría humillarme delante de mis iguales. ¡Ni siquiera el Patrón!

Saludé, satisfecho, hacia lo que yo creía que era la dirección correcta. Si podían distinguirme claramente o no, era otro asunto.

Permanecí allí durante un momento y pensé.

Ya conocía el poder del Patrón. Regresar a través suyo no sería difícil.

Pero, ¿para qué molestarme?

Me faltaba mi paquete de cartas, pero el poder del Patrón podía servirme de la misma manera...

Estaban esperándome, mi hermano y mi hermana y Moira, con sus piernas como columnas de mármol.

Deirdre podía cuidar de sí misma de aquí en adelante... después de todo, habíamos salvado su vida. No me sentía obligado a

protegerla continuamente. Random debía permanecer un año en Rabma, a menos que tuviera las agallas suficientes para atravesar el Patrón y llegar a aquel inmóvil centro de poder y tratar de escapar. Y, con respecto a Moira, había sido agradable conocerla, y quizá volviera a visitarla algún día. Cerré los ojos e hice un .gesto con la cabeza.

Pero antes de hacerlo, vi una sombra fugitiva.

¿Random? ¿Tratando de conseguirlo? De cualquier modo, no sabía a dónde me dirigía. Nadie lo sabría.

Abrí los ojos y permanecía en el centro exacto del Patrón, del inverso del Patrón.

Tenía frío y estaba terriblemente cansado, pero estaba en Ámbar… en la verdadera habitación, de la que todas las demás eran simples imágenes. Desde el Patrón podía transferirme a cualquier punto que yo deseara dentro de Ámbar.

Sin embargo, volver sería un problema.

Si Eric había ocupado la cámara real, podría encontrarlo allí. O quizá en la sala del trono. Y luego tendría que volver a abrirme camino hasta el punto de poder, y tendría que atravesar nuevamente el Patrón para poder escapar.

Me transferí a un lugar escondido que conocía dentro del palacio. Era un cubículo sin ventanas, iluminado por débiles rayos de luz que provenían de unas mirillas del techo. Aseguré desde dentro el panel corredizo, limpié el polvo de un banco y me tendí para dormir un rato. Si alguien trataba de entrar desde arriba, podría escucharlo mucho antes de que me alcanzara.

Dormí.

* * *

Después de un tiempo, me desperté. Me puse en pie, limpié la capa y me la volví a colocar. Empecé a subir por las estacas que llevaban a palacio.

Sabía dónde estaba el tercer piso por las marcas de las paredes.

Salté hacia un pequeño saliente y busqué el agujero de la cerradura. Lo encontré y miré por él. Nada. La biblioteca estaba vacía. Corrí el panel y entré.

Una vez dentro, fui golpeado por una multitud de libros. Siempre me pasa lo mismo. Observé todo, incluyendo las vitrinas de exposición, y finalmente me dirigí hacia un armario de cristal donde se guardaba lo necesario para celebrar una buena comida familiar —y tómalo como una broma privada—. Había cuatro paquetes de cartas

de la familia. Miré a mi alrededor mientras pensaba en cómo conseguir uno sin que sonase la alarma.

Después de diez minutos, logré abrir el armario correcto. Era bastante traicionero. Luego, con el paquete en las manos, encontré un asiento confortable donde reflexionar.

Las cartas eran iguales a las de Flora, nos representaban y eran frías al tacto. Ahora ya sabía por qué.

Las barajé y las extendí ante mí de manera adecuada. Las leí, y vi que a toda la familia le esperaba cosas desagradables; volví a recogerlas.

Excepto una.

Era la carta que representaba a mi hermano Bleys.

Guardé las otras en su caja y me las pasé por el cinturón. Miré a Bleys fijamente.

Escuché un ruido en la cerradura de la gran puerta de la biblioteca. ¿Qué podía hacer? Desenfundé y esperé. También me arrodillé detrás del escritorio.

Asomándome por un costado, vi que se trataba de un hombre llamado Dik que, evidentemente, había venido para limpiar la habitación, pues estaba vaciando los ceniceros y limpiando los estantes.

Como hubiera resultado degradante ser descubierto, salí de mi escondite.

Me puse en pie y dije:

—Hola, Dik. ¿Me recuerdas?

Tuvo tres tonalidades de palidez y dijo:

—Por supuesto, Lord. ¿Cómo podría olvidaros?

—Supongo que, después de tanto tiempo, sería posible.

—Nunca, Lord Corwin —aseguró.

—Supongo que estoy aquí sin permiso oficial, y embarcado en una búsqueda un tanto ilícita —dije—, pero, si a Eric no le gusta tu explicación cuando le digas que me has visto, por favor, explícale que simplemente estaba haciendo uso de mis derechos, y que pronto me verá personalmente.

—Lo haré, milord —dijo, inclinándose.

—Ven y siéntate conmigo un momento, amigo Dik, y te diré más.

Y nos sentamos.

—Hubo un tiempo —proseguí, dirigiéndome a aquel

anciano semblante—, cuando se consideró que yo no valdría para mucho, que se me abandonó para siempre. Pero, ya que aún vivo, y que mantengo todas mis facultades, me temo que deba disputarle a Eric sus derechos al trono de Ámbar. Es algo que puede arreglarse fácilmente, pues ni es el primogénito, ni pienso que vaya a recibir el apoyo popular si aparece algún otro candidato a la vista. Por estas razones, entre otras —la mayoría personales—, voy a oponerme a él. Todavía no he decidido cómo, ni en qué terreno, pero, ¡por Dios!, ¡merece oposición! Cuéntaselo. Si desea buscarme, dile que vivo entre la Sombra, pero no la misma de antes. Sabrá lo que le quiero decir con ello. No seré destruido fácilmente, porque me protegeré tan bien como él lo hace aquí. Me opondré a él desde el infierno a la eternidad, y no me detendré hasta que uno de nosotros esté muerto. ¿Qué me dices a ello, viejo cuidador?

Tomó mi mano y la besó.

—Os saludo, Corwin, Lord de Ámbar —y había lágrimas en sus ojos.

En aquel mismo momento la puerta crujió a su espalda y se abrió.

Eric entró.

—Hola —dije, poniéndome en pie e imprimiéndole a mi voz un tono desagradable—. No esperaba encontrarme contigo en esta etapa del juego. ¿Cómo van las cosas en Ámbar?

Y sus ojos se abrieron de asombro y su voz sonó cargada con lo que los hombres llaman sarcasmo —no puedo pensar en otra palabra más correcta— cuando replicó:

—Bien, en lo referente a las cosas, Corwin. No muy bien, sin embargo, en otros asuntos.

—Qué pena —dije—. ¿Cómo podemos arreglarlo?

—Conozco un modo —dijo, y entonces miró a Dik, que se marchó rápidamente, cerrando la puerta a su espalda. Oí un *snick* al cerrarse.

Eric sacó su espada de la funda.

—Quieres el trono —dijo.

—¿No lo queremos todos? —pregunté.

—Eso creó —respondió con un suspiro—. Es cierto, y a veces me produce dolor de cabeza. No sé por qué luchamos de esta forma por tan ridículo puesto. Pero debes recordar que te he derrotado dos veces, y que en la última ocasión te perdoné graciosamente la vida y te envié a un mundo de Sombra.

—No fue un acto tan piadoso —dije—. Bien sabes dónde me dejaste: para morir por la peste. La primera vez, si no recuerdo mal, fue más bien una retirada.

—En ese caso, todo está entre nosotros dos, Corwin —dijo—. Soy mayor que tú, y mejor. Si deseas intentarlo en duelo, me encuentro en perfectas condiciones. Mátame, y el trono será, probablemente, tuyo. Inténtalo. Sin embargo, no creo que tengas éxito. Y, además, deseo destruir tu derecho ahora mismo. Prepárate. Veamos cuánto has aprendido en la Sombra.

Ambos empuñamos nuestras espadas.

Me moví alrededor del escritorio.

—¡Qué *chutzpah* más enorme tienes! —le dije—. ¿Qué es lo que te hace mejor que el resto de nosotros y más preparado para gobernar?

—El hecho de que yo fuera capaz de tomar el trono —replicó—. Intenta conquistarlo.

Y lo hice.

Probé con un corte a la cabeza, que él detuvo; y yo bloqueé su ataque al corazón y lancé un tajo a su muñeca.

Lo detuvo y pateó una banqueta para que quedara entre los dos. La aparté, lanzándola con mi pie derecho con la esperanza de que le diera en el rostro, pero falló, y él volvió a la carga.

Detuve su ataque, y él el mío. Luego me lancé directamente hacia él, y me detuvo, atacándome a su vez, y yo nuevamente lo neutralicé.

Intenté un ataque de lujo que había aprendido en Francia y que requería un golpe, una finta en *quarte,* una en *sixte* y una estocada en giro de ataque a su muñeca.

Le engañé, y la sangre comenzó a fluir.

—¡Oh, maldito hermano! —exclamó, retrocediendo—. Los informes dicen que Random te acompaña.

—Es cierto —dije—. Más de uno de nosotros está aliado contra ti.

Entonces él arremetió y me hizo retroceder, y repentinamente sentí que, con todo cuanto había aprendido, él todavía era mi maestro. Y que tal vez era uno de los más grandes espadachines con los que me había enfrentado. Súbitamente tuve el presentimiento de que no podría derrotarle. Frené sus ataques como pude y retrocedí de la misma manera mientras él golpeaba, paso a paso. Ambos habíamos tenido siglos de práctica bajo la tutela de los mejores maestros. El más grande de todos, vivo, era el hermano Benedict, y no se encontraba cerca para prestar ayuda, ni en un sentido ni en otro. Con la mano derecha cogí algunas cosas de encima del escritorio, y se las arrojé. Lo esquivó todo y reanudó con más bríos que antes sus ataques; giré hacia su izquierda, pero no pude apartar la punta de su espada de mi ojo izquierdo. Tenía miedo. El era magnífico. Si no le odiara tanto, habría admirado su actuación.

Continué retrocediendo, y el miedo y el conocimiento vinieron a mí; sabía que, de momento, no podría derrotarle. Era mejor espadachín que yo. Maldije aquello. Intenté otros tres elaborados ataques y fui derrotado en las tres ocasiones. Detuvo todos mis lances y me hizo retroceder ante los suyos.

No os forméis una idea equivocada. Soy muy bueno. Simplemente, él parecía mejor

De pronto, sonó la alarma y se escucharon ruidos fuera, en el vestíbulo. Los guardias de Eric comenzaron a aparecer, y si no me mataba él antes de que irrumpieran, estaba seguro de que ellos terminarían el trabajo... probablemente con una flecha.

La sangre manaba de su muñeca derecha. Su mano aún era firme, pero tuve el presentimiento de que, en otras circunstancias, luchando a la defensiva, podría llegar a cansarle con aquella herida de la muñeca jugando en su contra, y quizá atravesar su guardia en el momento adecuado, cuando empezara a mostrarse más lento.

Maldije en voz baja y rió.

—Te has comportado como un estúpido viniendo aquí —dijo.

No se dio cuenta de lo que estaba haciendo hasta que

fue demasiado tarde. (Yo había retrocedido hasta que la puerta quedó a mi espalda. Tenía su riesgo, como quedarme sin espacio para retroceder, pero era mejor que la muerte segura.)

Con la mano derecha logré atrancar la puerta. Era una puerta grande y pesada, y tendrían que derribarla para entrar. Aquello me daba unos cuantos minutos más. También me dio una herida en el hombro, producto de un ataque que no pude parar más que parcialmente mientras cerraba la puerta. Pero era mi hombro izquierdo. El brazo con el que sostenía la espada estaba perfecto.

Sonreí, y me cubrí mejor.

—Quizá fuiste *tú* el tonto al entrar *aquí* —dije—. Ahora eres más lento, y lo sabes —e intenté un ataque duro y rápido.

Lo detuvo, pero retrocedió dos pasos para hacerlo.

—La herida te afecta —añadí—. Tu brazo se está debilitando. Puedes sentir como le abandonan las fuerzas…

—¡Cállate! —dijo, y me di cuenta de que había logrado llegar hasta él. Aquello aumentó en varios puntos mis posibilidades. Presioné tanto como pude, dándome cuenta de que no podría mantenerle durante mucho más tiempo.

Pero Eric no lo notó.

Yo había plantado las semillas del miedo, y retrocedió ante mi súbita embestida.

Se oyeron los ruidos de algo que golpeaba contra la puerta, pero no tenía que preocuparme de aquello durante un rato.

—Voy a derrotarte, Eric —dije—. Soy más duro de lo que solía ser, hermano.

Vi cómo nacía el miedo en sus ojos, extendiéndose por su rostro, haciendo que su estilo cambiara. Empezó a combatir totalmente a la defensiva, retrocediendo ante mi ataque. Estoy seguro de que no era una trampa. Sentí que le había engañado, porque él, desde siempre, había sido mejor que yo. Pero, ¿y si aquello hubiera sido sólo una elucubración por mi parte? ¿Y si estaba más cerca de la derrota con aquella actitud que Eric había ayudado a cimentar? ¿Y si me había engañado a mí mismo durante aquel tiempo? Quizá yo fuera tan bueno como él. Con una extraña sensación de confianza, intenté el mismo ataque que había usado antes. Tuve éxito, dejando otro reguero de sangre en su antebrazo.

—Eso fue más bien estúpido, Eric —dije—. Caer dos veces en la misma trampa —y retrocedió alrededor de una gran silla. Luchamos así durante un tiempo.

Los golpes contra la puerta se detuvieron, y las voces que habían estado gritando permanecieron en silencio.

—Han ido en busca de hachas —dijo jadeando—. Pronto estarán aquí.

No debía perder la sonrisa. La mantuve y repliqué:

—Les tomará unos minutos... mucho más tiempo del que necesito para acabar contigo. Apenas puedes sujetar la espada, y la sangre no cesa de manar. ¡Mírala!

—¡Cállate!

—Cuando entren, sólo habrá un príncipe de Ámbar, ¡y no serás tú!

Con su mano izquierda me arrojó una hilera de libros de uno de los estantes; me dieron y cayeron a mi alrededor.

Pero no aprovechó la ocasión de atacarme. Atravesó la habitación, cogiendo una silla pequeña con la mano izquierda.

Se acomodó en un rincón y mantuvo ante él la silla y la espada.

Escuché unos pasos rápidos en el vestíbulo y las hachas empezaron a caer sobre la puerta.

—¡Ven! —dijo—. ¡Trata de cogerme!

—Estás asustado —dije.

Rió.

—Es una cuestión académica —dijo—. No podrás cogerme antes de que caiga la puerta, y, cuando lo haga, todo habrá acabado para ti.

Era cierto. Podría mantener a raya cualquier espada con aquella defensa, al menos durante unos minutos.

Rápidamente, atravesé la habitación hacia la pared opuesta.

Con la mano izquierda abrí el panel por el que había entrado.

—De acuerdo —dije—, parece que vas a seguir viviendo... por un tiempo. Tienes suerte. La próxima vez que nos encontremos, no habrá nadie que te ayude.

Escupió, y me llamó con varios nombres tradicional—mente viles, incluso dejando la silla para añadir un gesto obsceno mientras me escurría por el panel y lo cerraba tras de mí.

Hubo un *thunk,* y quince centímetros de acero brillaron a mi lado, tras el panel, mientras lo cerraba. Sabía cuan peligroso sería volver. Pero él sabía que no lo haría, ya que la puerta parecía estar a punto de caer.

Descendí por las estacas tan rápidamente como pude hasta el lugar donde antes había dormido. Mientras lo hacía, consideré mi perfeccionada habilidad con la espada. Al principio, en el combate, me sentí atemorizado ante el hombre que me había derrotado ya anteriormente. Quizá aquellos siglos en la Tierra de Sombra no fueron una pérdida de tiempo. Sentía que podía igualar a Eric con la espada. Aquello hizo que me sintiera bien. Si nos encontrábamos de nuevo, y estaba seguro de que lo haríamos, y no había ninguna interferencia exterior —¿quién sabe?—, lo intentaría. El encuentro le había asustado. Estaba seguro. Aquello podría ayudar a entorpecer su mano, a producir la necesaria duda en la próxima ocasión.

Dejé las estacas y salté los últimos quince escalones, flexionando las rodillas al caer. Contaba con sólo cinco minutos proverbiales, pero estaba seguro de que podría sacarles ventaja y escapar.

Tenía las cartas en mi cinturón.

Saqué la de Bleys y la contemplé. Me dolía el hombro, pero lo olvidé cuando el frío me invadió. Había dos maneras de abandonar Ámbar rápidamente y dirigirme a la Sombra.

Una era el Patrón, raramente utilizado con aquel fin.

Y la otra eran los Triunfos, si es que podía confiar en alguno de mis hermanos.

Pensé en Bleys. Casi podía confiar en él. El *era* mi hermano, pero se encontraba en problemas y podía necesitar mi ayuda.

Le miré, coronado de llamas, vestido completamente de rojo y naranja, con una espada en la mano derecha y una copa de vino en

la izquierda. El demonio danzaba en sus ojos azules, su barba brillaba, y el diseño de su espada, me di cuenta repentinamente, llameaba con una parte del Patrón. Sus anillos relucían. Pareció moverse.

El contacto llegó con un frío viento.

La figura de la carta pareció hacerse de tamaño real y cambió de posición. Sus ojos se centraron totalmente en mí; sus labios se movieron.

—¿Quién es? —dijeron, y yo escuché las palabras.

—Corwin —contesté, y él tendió la mano izquierda, que ya no sostenía la copa de vino.

—En ese caso, si lo deseas, ven hacia mí.

Alargué el brazo y nuestros dedos se encontraron. Di un paso.

Todavía sostenía la carta en la mano derecha cuando me uní a Bleys en un risco, con un abismo hacia abajo y una fortaleza hacia arriba, rodeándonos. El cielo, por encima de nosotros, era del color de las llamas.

—Hola, Bleys —dije, guardando la carta en el cinturón, junto a las demás—. Gracias por la ayuda.

Repentinamente, me sentí débil y me di cuenta de que todavía manaba sangre de mi hombro izquierdo.

—¡Estás herido! —dijo, pasando un brazo alrededor de mis hombros, y comencé a asentir, pero me desmayé.

Más tarde, aquella noche, me dejé caer en una silla grande dentro de la fortaleza y bebí whisky. Fumamos y nos pasamos la botella y hablamos.

—¿Y de pronto estuviste en Ámbar?

—Sí, así es.

—¿Y heriste a Eric en el duelo?

—Sí.

—¡Maldición! ¡Hubiera preferido que le mataras! —luego reflexionó—. Bien, quizá no, pues entonces serías tú quien estuviera sentado en el trono. Podría tener más oportunidades contra Eric que contra ti. No lo sé. ¿Cuáles son tus planes?

Decidí ser completamente honesto.

—Todos nosotros queremos el trono —dije—, así que no hay razón alguna para que nos mintamos. No voy a tratar de matarte por ello —pues sería una tontería—, pero, por otro lado, no voy a renunciar a mi derecho por recibir tu hospitalidad. A Random le gustaría, pero está fuera de juego. Nadie ha oído hablar de Benedict hace ya tiempo, Gérard y Caine parece que ayudan a Eric en vez de proclamar sus derechos. Lo mismo ocurre con Julián. Eso deja a

Brand y a nuestras hermanas. No sé en qué demonios estará metido Brand, pero sí sé que Deirdre no tiene poder, a menos que ella y Llewella puedan conseguir algo en Rabma, y Flora es la muñeca de Eric. No sé qué planeará Piona.

—Y eso nos deja a nosotros —dijo Bleys, sirviéndonos un poco más de whisky—. Sí, tienes razón. No sé qué estará pasando por la cabeza de los demás, pero puedo sopesar nuestras relativas fuerzas, y creo que yo estoy en mejor situación. Ayúdame, y te daré una regencia.

—Bendigo tu corazón —dije—. Ya veremos.

Bebimos.

—¿Qué más se puede hacer? —inquirió, y me di cuenta de que la pregunta era importante.

—Podría alzar un ejército propio para asediar Ámbar —contesté.

—¿Dónde está tu ejército? ¿Entre la Sombra? —preguntó.

—Eso, por supuesto, es asunto mío —dije—. No creo que me oponga a ti. Cuando haya que cambiar de monarca, me gustaría verte a ti, a mí, a Gérard o a Benedict —si está vivo —en el trono.

—Preferiblemente tú, por supuesto.

—Por supuesto.

—En ese caso, nos entendemos perfectamente. Así que, de momento, podemos trabajar juntos.

—Es que, en caso contrario —acordé—, no me hubiera entregado a tus manos.

Sonrió dentro de su barba.

—Necesitabas a alguien —dijo—, y yo era el mal menor.

—Cierto —le concedí.

—Me gustaría que Benedict estuviera aquí. Y también me gustaría que Gérard no se hubiera vendido.

—Deseos, deseos —le dije—. Desea algo con una mano y haz lo contrario con la otra, únelas y fíjate cuál prevalece.

—Bien dicho —dijo.

Fumamos en silencio durante un rato.

—¿Cuánto puedo confiar en ti? —preguntó.

—Tanto como yo en ti.

—Entonces hagamos un trato. Francamente, durante años creí que habías muerto. No había previsto que aparecieras a reclamar tus derechos en un momento crucial. Pero, ya que estás aquí, no se puede hacer nada. Formemos una alianza, combinemos nuestras fuerzas y asediemos Ámbar. El que sobreviva de nosotros,

que quede como rey. Si ambos lo hacemos, bien, ¡infiernos!, siempre podremos librar un duelo.

Lo pensé.

—De acuerdo.

Terminamos nuestras bebidas y nos pusimos a recordar los viejos tiempos. El hombro me dolía un poco, pero el whisky, junto con el bálsamo que me proporcionara Bleys, ayudó a aliviar el dolor. Después de un tiempo, casi estábamos a punto de llorar.

Es extraño, creo, tener una familia y que no haya afinidad, ya que todas nuestras vidas nos condujeron por caminos separados. ¡Señor! Hablamos hasta que la luna desapareció y empezamos a sentirnos cansados. Me dio una palmada en el hombro sano y me dijo que estaba comenzando a sentir el peso de la fatiga, y que un sirviente me llevaría el desayuno por la mañana.

Me acerqué a la ventana. Desde aquel punto podía ver muy bien el abismo.

Las hogueras, abajo, brillaban como estrellas. Había miles de ellas. Podía ver que Bleys había reunido una fuerza poderosa, y le envidiaba por ello. Pero, por otro lado, constituía un hecho positivo. Si alguien podía derrotar a Eric, posiblemente ese era Bleys. No sería un mal gobernante para Ámbar, pero preferiría serlo yo.

Observé durante un rato más, y vi que extrañas formas se movían entre las luces. Y comencé a hacerme preguntas sobre la naturaleza de su ejército.

Fuera cual fuese, era más de lo que yo poseía.

Volví a la mesa y me serví el último trago.

Antes de acabarlo, encendí un candelabro. Bajo aquella luz, saqué el paquete de cartas.

Las extendí ante mí, y extraje la que representaba a Eric. La coloqué en el centro de la mesa y aparté el resto.

Después de un tiempo, cobró vida; y vi a Eric con su ropa de dormir y escuché las palabras «¿Quién es?» Su brazo estaba vendado.

—Yo —dije—, Corwin. ¿Cómo te encuentras?

Empezó a maldecir, y yo reí. Aquel era un juego peligroso y puede que el whisky me ayudara a jugarlo, pero continué:

—Simplemente deseaba comunicarte que todo me va bien. También quería avisarte que tenías razón cuando comentaste lo de los dolores de cabeza. Aunque no los sufrirás por mucho tiempo. ¡Adiós, hermano! El día que vuelva a Ámbar, será el día de tu muerte. Recuerda que te lo dije... pues ese día no está muy lejano.

—Ven —me dijo—, y no pienses en la piedad el día que vuelvas.

Sus ojos me miraron fijamente y estuvimos muy cerca.

Le hice una burla con el pulgar sobre su nariz y pasé la palma de la mano sobre la carta.

Era como colgar el teléfono. Guardé a Eric con los demás.

Sin embargo, pensé, mientras me aproximaba al sueño, en las tropas de Bleys que estaban abajo, y pensé en las defensas de Eric.

No sería fácil.

VI

El lugar era conocido como Averno, y las tropas allí reunidas no parecían hombres. Les pasé revista a la mañana siguiente, caminando detrás de Bleys. Todos ellos medían más de dos metros, tenían la piel muy roja y poco cabello, ojos de gato y manos y pies de seis dígitos. Vestían ropas que parecían tan livianas como la seda, pero estaban tejidas con otro material y eran casi todas de color gris o azul. Cada uno de ellos llevaba dos espadas cortas curvadas en su extremo. Sus orejas eran puntiagudas y sus numerosos dedos tenían forma de garras.

El clima era cálido y los colores desconcertantes, y todos pensaban que éramos dioses.

Bleys había encontrado un lugar en cuya religión los dioses eran hermanos que se parecían a nosotros y que tenían problemas personales. Invariablemente, en los términos de aquel *mythos,* un hermano maligno obtendría el poder y buscaría la opresión de los hermanos buenos. Y, por supuesto, contenía la leyenda de un Apocalipsis donde ellos mismos serían llamados para estar al lado de los hermanos que sobrevivieran.

Llevaba mi brazo en un cabestrillo negro y contemplaba a los que estaban a punto de morir.

Me detuve ante un soldado y le miré. Le pregunté:

—¿Sabes quién es Eric?

—El Señor del Mal —respondió.

Asentí y dije:

—Muy bien —y continué.

Bleys tenía carne de cañón.

—¿Cuántos hombres tienes? —le pregunté.

—Unos cincuenta mil —contestó.

—Saludo a aquellos que están a punto de Dar Su Todo —le dije—. No puedes tomar Ámbar con cincuenta mil hombres, aunque puedas llevarlos a todos intactos hasta el pie de Kolvir… y no podrás. Es estúpido pensar en usar a estos pocos bastardos contra la ciudad inmortal, con sus espadas de juguete y todo.

—Lo sé —dijo—, pero no es todo lo que tengo.

—Necesitarás mucho más.

—Entonces que te parecen tres flotas de la mitad del tamaño de Caine y Gérard juntas.

—No es suficiente —dije—, es apenas un comienzo.

—Lo sé —dijo—. Todavía estoy reuniendo tropas.

—Bien, será mejor que consigamos mucho más. Eric se sentará en Ámbar y nos diezmará mientras marchamos a través de la Sombra. Cuando las fuerzas que queden alcancen finalmente la ladera de Kolvir, él las destruirá allí mismo. Todavía faltará el ascenso a Ámbar. ¿Cuántos cientos crees que quedarán cuando lleguemos a la ciudad? Los suficientes para ser aniquilados en cinco minutos, y casi sin pérdidas para Eric. Si esto es lo mejor que tienes, hermano Bleys, tengo mis dudas con respecto a esta expedición.

—Eric ha anunciado su coronación para dentro de tres meses —dijo—. Para entonces, como mínimo, habré triplicado mis fuerzas; tal vez haya reunido un cuart9 de millón de hombres de la Sombra para lanzar contra Ámbar. Hay otros mundos como este a los que pienso llegar. Conseguiré una fuerza de cruzados sagrados como nunca ha sido enviada contra Ámbar.

—Y Eric contará con la misma cantidad de tiempo para intensificar sus defensas. No lo sé, Bleys… es casi una marcha suicida. Yo no conocía toda la situación cuando llegué aquí…

—¿Y qué has traído contigo? —preguntó—. ¡Nada! Se dice que una vez estuviste al mando de tus propias tropas. ¿Dónde están?

Me aparté de él.

—Ya no existen —dije—. Estoy seguro.

—¿No puedes encontrar una Sombra de tu Sombra?

—No lo quiero intentar —repuse—. Lo siento.

—Entonces, ¿para qué me sirves?

—Me iré —le dije—, si es eso lo que tienes en mente; si para lo único que me querías a tu lado era para… más cuerpos.

—¡Espera! —gritó—. Hablé apresuradamente. Por lo menos, no quiero perder tus consejos. Quédate conmigo, por favor. Hasta me disculparé.

—Eso no es necesario —dije, sabiendo lo que aquello significaba para un príncipe de Ámbar—. Me quedaré. Creo que podré ayudarte.

—¡Bien! —y me palmeó el hombro sano.

—Y te conseguiré tropas —añadí—. No temas.

Y lo hice.

Caminé entre la Sombra, y encontré una raza de criaturas peludas, oscuras, con garras y colmillos, razonablemente parecidas al hombre, y aproximadamente tan inteligentes como los estudiantes de cualquier curso de BUP... lo siento, muchachos, pero lo que quiero decir es que eran leales, dedicados, honestos y susceptibles de ser fácilmente engañados por bastardos como yo y mi hermano. Me sentía como un cerdo.

Alrededor de cien mil nos adoraban como para empuñar las armas por nosotros.

Bleys se quedó impresionado y no habló más. Después de una semana, mi hombro ya estaba curado. Después de dos meses, teníamos nuestro cuarto de millón y más.

—¡Corwin! ¡Corwin! ¡Todavía eres Corwin! —dijo, y bebimos otra copa.

Pero no me sentía del todo bien. La mayoría de aquellas tropas estaban destinadas a morir. Y yo era el agente responsable de gran parte de la próxima matanza. Sentía cierto remordimiento, aunque conocía la diferencia entre Sombra y Sustancia. Sin embargo, cada muerte, sería una muerte verdadera; lo sabía.

Algunas noches contemplaba las cartas. Los Triunfos que faltaban habían sido reemplazados. Uno de ellos era una imagen de Ámbar, y supe que podría volver a la ciudad. Los otros eran los de nuestros familiares muertos o perdidos. Uno era el de mi Padre, y lo pasé rápidamente. El ya no estaba.

Miré cada rostro durante largo tiempo, mientras consideraba lo que se podría obtener de cada uno. Mezclé las cartas varias veces, y apareció lo mismo en todas las ocasiones.

Su nombre era Caine.

Vestía de satén verde y negro, con un sombrero oscuro de tres puntas con un puñado de plumas verdes colgando por detrás. En su cinturón había una daga con incrustaciones de esmeraldas. Era oscuro.

—Caine —llamé.

Después de un tiempo, vino una respuesta.

—¿Quién? —preguntó.

—Corwin —dije.

—¡Corwin! ¿Es una broma?

—No.

—¿Qué quieres?

—¿Qué tienes?

—Ya lo sabes —y sus ojos se movieron y se posaron sobre mí, pero vigilaba su mano, que estaba cerca de la daga—. ¿Dónde estás?

—Con Bleys.

—Oí el rumor de que habías aparecido recientemente por Ámbar… y me hice algunas preguntas sobre las vendas del brazo de Eric.

—Ya ves la causa —dije—. ¿Cuál es tu precio?

—¿Qué quieres decir?

—Seamos francos y vayamos al grano. ¿Crees que Bleys y yo podremos derrotar a Eric?

—No, y esa es la razón de que yo esté con Eric. Y tampoco venderé mi armada, si es eso lo que persigues… y me imaginó que sí.

Sonreí.

—Muy perceptivo —dije— Bien, ha sido agradable hablar contigo. Te veré en Ámbar… tal vez.

Moví la mano, pero él grito:

—¡Espera!

—¿Por qué?

—Ni siquiera conozco tu oferta.

—Sí, la conoces —dije—. La has adivinado, y no estás interesado.

—Yo no dije eso. Simplemente, sé dónde está la equidad.

—Quieres decir el poder.

—De acuerdo, el poder. ¿Qué tienes que ofrecer?

Puede que habláramos durante una hora, después de la cual, los caminos marítimos del Norte estaban abiertos para las tres flotas fantasmas de Bleys, e incluso era posible que recibieran refuerzos.

—Si fallas, habrá tres decapitaciones en Ámbar —dijo.

—Pero tú no esperas que suceda eso, ¿verdad? —pregunté.

—No, creo que tú o Bleys os sentaréis en el trono dentro de poco tiempo. Estaré satisfecho con servir al ganador. Esa regencia será agradable. Aunque todavía me atrae la cabeza de Random como parte del precio.

—No hay trato —dije—. O es como yo digo, u olvídate de ello.

—Como tú dices.

Sonreí y coloqué la palma de mi mano sobre la carta y desapareció.

Lo de Gérard lo dejaría para la mañana siguiente. Caine me había dejado exhausto.

Me metí en la cama y dormí.

* * *

Gérard, cuando conoció nuestros planes, estuvo de acuerdo en apartarse de nuestro camino. Principalmente porque era yo quien se lo pedía, ya que él consideraba a Eric como el menos peligroso de los dos.

Finalicé el trato rápidamente, prometiéndole todo lo que pedía, mientras no quisiera alguna cabeza.

Luego pasé nuevamente revista a las tropas y les conté más sobre Ámbar. Extrañamente, los tipos grandes y rojos y los peludos y pequeños, se llevaban como hermanos.

Era triste y era verdad.

Nosotros éramos sus dioses, y aquello era suficiente.

Vi la flota navegando por un gran océano del color de la sangre. En los mundos de Sombra por los que navegarían, muchos habrían de perderse.

Consideré las tropas de Averno y las que yo recluté del lugar llamado Ri'ik. Suya sería la misión de marchar sobre la Tierra de Ámbar.

Saqué las cartas y las extendí. Cogí la de Benedict.

Busqué durante un buen rato, pero no había nada más que el frío.

Luego cogí la de Brand. Durante otro largo rato no hubo más que frío.

Luego escuché un grito. Era un grito horrible y atormentado.

—¡Ayúdame! —dijo el grito.

—¿Cómo puedo hacerlo? —pregunté.

—¿Quién es? —preguntó, y vi retorcerse su cuerpo.

—Corwin.

—¡Sácame de este lugar, hermano Corwin! ¡Lo que nombres será tuyo a cambio!

—¿Dónde estás?

—Yo…

Entonces apareció un remolino de cosas que mi mente se negó a concebir, y otro grito, roto como en agonía, para terminar en silencio.

Luego apareció nuevamente el frío.

Me di cuenta de que temblaba. Y no sabía por qué.

Encendí un cigarrillo y me acerqué a la ventana de mi alcoba en la fortaleza para contemplar la noche, dejando las cartas tal y como habían caído.

Las estrellas eran pequeñas y borrosas. No había ninguna constelación que pudiera reconocer. Una pequeña luna azul apareció rápidamente a través de la oscuridad. La noche había llegado con un frío súbito, y yo me envolví en la capa. Pensé nuevamente en el invierno de nuestra desastrosa campaña de Rusia. ¡Dioses! ¡Estuve a punto de morir congelado! ¿Y adonde condujo aquello?

Al trono de Ámbar, por supuesto.

Eso era justificación suficiente para cualquier cosa.

Pero, ¿y Brand? ¿Dónde estaba? ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Quién le había hecho aquello?

¿Respuestas? Ninguna.

Sin embargo, seguí haciéndome preguntas mientras miraba arriba y afuera, trazando el sendero de aquel disco azul en su descenso. ¿Había algo en el cuadro que estuviera pasando por alto, algún factor que todavía no percibía?

Ninguna respuesta.

Me senté nuevamente a la mesa con una copa pequeña en la mano.

Pasé el dedo por todo el paquete de cartas y encontré la de mi Padre.

Oberon, Lord de Ámbar, estaba ante mí de verde y oro. Alto, ancho y grueso, su barba negra con líneas de plata, igual que su cabello. Anillos verdes incrustados en oro y una espada de color dorado. Una vez estuve a punto de creer que nada podría desplazar de su trono a aquel inmortal señor de Ámbar. ¿Qué había sucedido? Todavía no lo sabía. Pero él ya no estaba. ¿Cómo había encontrado el fin, mi padre?

Miré la carta y me concentré.

Nada, nada...

¿Algo?

Algo.

Apareció un movimiento en respuesta, aunque muy débil, y la figura en la carta giró sobre sí misma y se convirtió en la sombra del hombre que había sido.

—¿Padre? —pregunté.

Nada.

—¿Padre?

—Sí... —muy débil y distante, como si saliera a través de una concha marina, inmersa en su monótona vibración.

—¿Dónde estás? ¿Qué ha sucedido?

—Yo... —pausa larga.

—¿Sí? Soy Corwin, tu hijo. ¿Qué ha sucedido en Ámbar que ya no estás en ella?

—Mi tiempo —dijo, sonando aún más lejano.

—¿Quiere decir que abdicaste? Ninguno de mis hermanos me ha contado lo que pasó, y no confío en ellos lo suficiente como para preguntarles. Lo único que sé es que el trono permanece abierto para todos. Eric tiene la ciudad en su poder y Julián guarda el Bosque de Arden. Caine y Gérard guardan los mares. Bleys se opondrá a todos, y yo estoy aliado con él. ¿Cuáles son tus deseos en el asunto?

—Tú eres el único... que... ha preguntado —jadeó—. Sí...

—¿«Sí» qué?

—Sí, enfréntate a ellos...

—¿Y tú? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Yo estoy... más allá de toda ayuda. Toma el trono...

—¿Yo? ¿O Bleys y yo?

—¡Tú! —dijo.

—¿Sí?

—Tienes mi bendición... Toma el trono... ¡Y apresúrate!

Y el también desapareció.

Así que mi Padre vivía. Aquello era interesante. ¿Qué hacer?

Me bebí la copa y pensé en ello.

El todavía vivía, en algún lugar, y era el rey de Ámbar. ¿Por qué se había marchado? ¿Adonde había ido? ¿Quién lo sabía? No yo. Por lo que no había nada más que decir, por ahora.

Sin embargo...

No podía dejar de lado aquel asunto. Quiero que sepas que Padre y yo nunca nos llevamos bien. Yo no le odiaba, como Random y algunos de los otros. Pero, seguro como el demonio, tampoco tenía

ninguna razón para quererle especialmente. Había sido grande, había sido poderoso, y había estado allí. Eso era. Representaba casi toda la historia de Ámbar, por lo menos la que conocíamos, y la historia de Ámbar se extiende en el pasado por muchos milenios, así que ya puedes dejar de contar. ¿Qué podía hacer uno?

En lo que a mí respectaba, me acabé de beber mi copa y me fui a la cama.

A la mañana siguiente, participé en una reunión del estado mayor de Bleys. Tenía cuatro almirantes, cada uno a cargo de casi una cuarta parte de su armada, y una gran cantidad de oficiales. Juntos, eran alrededor de treinta los de alto rango en la reunión, grandes y rojos o pequeños y peludos.

La reunión duró cerca de cuatro horas, momento en que nos detuvimos para comer. Se decidió que emprenderíamos la marcha al cabo de tres días. Ya que era necesario que uno de nuestra sangre dirigiera el camino a Ámbar, yo iba a dirigir la flota a bordo del barco insignia y

Bleys conduciría la infantería a través de las Tierras de Sombra.

Aquello me perturbó, y le pregunté qué habría ocurrido si yo no hubiera aparecido para brindarle mi ayuda. Me dio dos respuestas: primero, si hubiera tenido que hacerlo solo, habría dirigido la flota y la hubiera dejado a una gran distancia de la costa, volviendo a Averno en un sólo barco para conducir a la infantería a un punto de encuentro a una hora establecida; segundo, habría buscado una Sombra en la que hubiera un hermano que pudiera ayudarle.

Me asaltaron ciertas dudas cuando oí lo último. Lo primero parecía muy poco práctico, ya que la flota estaría demasiado internada en el mar para poder recibir algún mensaje de la costa, y la posibilidad de no llegar a la cita —existiendo la posibilidad de algún contratiempo, tratándose de una flota tan grande —era demasiado alta, tal como yo lo veía, para tener demasiada fe en su plan general.

Pero siempre había sabido lo buen estratega que era; y cuando extendió los mapas de Ámbar y sus alrededores, dibujados por él mismo, explicando las tácticas que se emplearían, supe que era un príncipe de Ámbar, casi único en su especialidad.

Lo peor que teníamos en contra era que combatíamos contra otro príncipe de Ámbar, uno que definitivamente poseía una posición más fuerte. Me sentía preocupado, pero estando tan próxima la coronación, aquel parecía ser el único camino que nos quedaba, así que decidí seguir hasta el final. Si perdíamos, estábamos muertos, pero él contaba con la mayor amenaza disponible y un plan bien delineado, cosas ambas de las que yo carecía.

Recorrí la tierra llamada Averno y contemplé sus brumosos valles y abismos, sus humeantes cráteres, su brillante, brillante, sol contra su extraño cielo, sus heladas noches y demasiado calurosos días, sus muchas rocas y sus cargamentos de oscura arena, sus pequeñas, aunque feroces, y venenosas bestias, y sus grandes plantas purpúreas, parecidas a cactus sin espinas; y en la tarde del segundo día, mientras contemplaba el mar desde un risco, bajo

una torre de espesas nubes bermejas, concluí que el lugar, por todo aquello, me gustaba, y que si sus hijos morían en la guerra de los dioses, algún día, si era capaz, les inmortalizaría con una canción.

Con aquel suave bálsamo en la mente, me uní a la flota y me hice cargo del mando. Si vencíamos, serían aclamados por el resto de los días en el salón de los inmortales.

Yo era su guía y quien abriría camino. Y aquello me regocijó.

Partimos al día siguiente, y yo dirigía las maniobras desde el barco insignia. Les conduje a través de una tormenta, emergiendo de ella mucho más cerca de nuestro destino. Atravesamos un remolino y nos acercamos aún mucho más. Cruzamos unas aguas llenas de escollos y poco profundas, y las sombras de las aguas se oscurecieron. Los colores se aproximaron a los de Ámbar. Por lo visto, aún sabía cómo hacerlo. Podía influir en nuestro rumbo, tanto en el tiempo como en el espacio. Podía conducirlos a casa. Mi casa, por supuesto.

Conduje la flota por extrañas islas, donde cantaban pájaros verdes y simios verdes colgaban como la fruta de los árboles, oscilando, a veces, burlándose y arrojando rocas al mar, apuntando, sin duda alguna, hacia nosotros.

Nos internamos más en el mar, y luego dirigí de nuevo la flota hacia la costa.

Bleys avanzaba por la llanura de los mundos. Sabía que, de algún modo, lograría atravesarlas, a pesar de todas las defensas que hubiera colocado Eric. Por medio de las cartas mantenía contacto con él, pudiendo saber de sus encuentros a lo largo del camino. Por ejemplo, diez mil hombres deshechos en una batalla que libraron contra los centauros en una pradera; cinco mil desaparecidos en un terremoto de increíbles proporciones; mil quinientos muertos en un torbellino que asoló los campos; diecinueve mil muertos, o perdidos, en combate mientras atravesaban las junglas de un lugar que no reconocí; cuando el napalm cayó sobre ellos desde extrañas cosas que les rodeaban; seis mil que desertaron en un lugar que parecía el cielo que les habían prometido; quinientos mientras atravesaban

una llanura de arena, donde una nube en forma de hongo ardió y se alzó junto a ellos; ochocientos seis que murieron mientras cruzaban un valle de máquinas guerreras que se movían con ruedas y disparaban contra ellos; ochocientos enfermos abandonados;

doscientos muertos por repentinas inundaciones; cincuenta y cuatro que murieron luchando entre ellos; trescientos muertos por comer frutas venenosas; mil que murieron en una estampida de bestias parecidas a búfalos; setenta y tres cuando se incendiaron las tiendas que ocupaban; ciento cincuenta arrastrados por las riadas; dos mil muertos por los vientos procedentes de las colinas azules.

Me alegró el hecho de que por aquel entonces yo sólo hubiera perdido ciento ochenta y seis barcos.

Dormir, tal vez soñar... Sí, había algo que me molestaba. Eric nos estaba aniquilando por centímetro y hora. Su coronación estaba a pocas semanas de distancia, y sabía, obviamente, que estábamos marchando contra él, pues no hacíamos más que morir y morir.

Está escrito que sólo un príncipe de Ámbar puede caminar a través de la Sombra, aunque, por supuesto, puede conducir o dirigir a cuantos quiera por ella. Conducíamos nuestras tropas y las veíamos morir, y quiero decir algo de la Sombra: hay Sombra y hay Sustancia, y esta es la raíz de todas las cosas. De Sustancia solamente existe Ámbar, la ciudad verdadera en la Tierra verdadera, y contiene todas las cosas. Cualquier posibilidad de lo verdadero existe en algún lugar de la Sombra. Ámbar, por existir, se había proyectado en todas las direcciones. ¿Y qué se puede añadir a esto? La Sombra se extiende desde Ámbar hasta el Caos, y todas las cosas tienen posibilidad de ser dentro de esos límites. Únicamente hay tres modos de atravesar esa distancia, y los tres son difíciles.

Si uno es un príncipe o una princesa de sangre, puede caminar, cruzando a través de la Sombra, haciendo que el entorno cambie a medida que pasa, hasta que quede, finalmente, la forma exacta que desea, y se detiene allí. Ese mundo de Sombra, entonces, es de uno mismo y, exceptuando intrusiones familiares, hace lo que quiera con él. Yo había habitado durante siglos en un lugar así.

El segundo modo es por medio de las cartas, creadas por Dworkin, Señor de la Línea, que las había realizado a nuestra imagen para facilitar la comunicación entre los miembros de la familia real. Dworkin era un antiguo artista para el que la perspectiva y el espacio no significaban nada. El había hecho los Arcanos Mayores de nuestra familia, que permitían, al que lo deseara, contactar con sus hermanos, estuvieran donde estuviesen. Tenía el presentimiento de que no se habían usado en completo acuerdo con las intenciones del autor.

El tercer método era el Patrón, creado también por Dworkin, y que no podía ser atravesado más que por un miembro de nuestra familia. Al que lo atravesaba, se le iniciaba en el sistema de las cartas, y el fin último del Patrón era darle a quien lo atravesase, poder para caminar a través de la Sombra.

Las cartas y el Patrón eran un transporte instantáneo desde la Sustancia a través de la Sombra. El otro modo, caminando, era más duro.

Sabía lo que Random había hecho cuando me obligó a retornar al mundo verdadero. Mientras viajábamos en el coche, fue añadiendo, de memoria, lo que recordaba de Ámbar, y sustrayendo todo lo que no concordaba. Cuando todo correspondió, supo que habíamos llegado. No era realmente ningún truco, ya que, teniendo el conocimiento, cualquier hombre podía llegar a su propia Ámbar. Incluso ahora, Bleys y yo podíamos encontrar algún Ámbar de Sombra donde reinara cada uno de nosotros, y quedarnos allí todo el tiempo y la eternidad gobernando. Pero aquello, para nosotros, no sería lo mismo. Ya que ninguna sería la verdadera Ámbar, la ciudad en que habíamos nacido, la ciudad de la que toman forma todas las demás.

Y por ello tomaríamos una ruta más difícil —caminar a través de la Sombra —para invadir Ámbar. Cualquiera que conociera nuestras intenciones y poseyera el poder, podría interponer obstáculos. Eric lo había hecho, y nos enfrentábamos a ellos mientras moríamos. ¿Cuál sería el resultado de todo aquello? Nadie lo sabía.

Pero si Eric era coronado rey, se reflejaría, proyectando sus sombras a todas partes.

Todos los hermanos sobrevivientes —nosotros, los Príncipes de Ámbar—, estaba seguro, considerábamos mejor, cada uno a nuestra manera, conseguir el poder y de ahí en adelante dejar que las Sombras cayeran donde quisiéramos.

Dejamos atrás flotas fantasmas, los barcos de Gérard, mientras navegábamos... el Holandés Errante de este mundo/aquel mundo, y supimos que estábamos cerca. Lo usé como punto de referencia.

Al octavo día de travesía, nos encontrábamos muy cerca de Ámbar. Fue en aquel momento cuando se desató la tormenta.

El mar se oscureció, las nubes se amontonaron en el cielo, y las velas se desinflaron con la calma que siguió. El sol escondió su superficie —una enorme cara azul— y presentí que, al fin, Eric nos había encontrado.

El viento se alzó y —si me disculpas la expresión— cayó sobre mi nave.

Fuimos sacudidos por la tempestad y despedazados por la tormenta, como dicen los poetas, o decían. Mis intestinos parecían sueltos y escurridizos cuando nos golpearon las primeras olas. Fuimos arrojados de un lado para otro como dados en la mano de un gigante. Fuimos lanzados sobre las aguas del mar y sobre las aguas del cielo. El cielo se volvió negro, y hubo nieve mezclada con las vítreas sogas de las campanas que tañían los truenos. Todos, estoy

seguro, gritaron. Yo sé que lo hice. Me abrí camino a través del movedizo puente para coger el abandonado timón. Me sujeté a él con unas cuerdas y lo sostuve. Eric había soltado todo lo que tenía en Ámbar, aquello era malditamente seguro.

Uno, dos, tres, cuatro, y no había descanso. Cinco horas. ¿Cuántos hombres habíamos perdido? No lo sabía.

Sentí y oí un hormigueo y un tintineo, y vi a Bleys como a través de un largo túnel gris.

—¿Qué sucede? —preguntó—. He estado tratando de comunicarme contigo.

—La vida está llena de vicisitudes —repliqué—. Estamos atravesando una de ellas.

—¿Tormenta? —preguntó.

—Puedes apostar el alma. Es la más grande de todas. Creo que veo un monstruo a lo lejos, hacia babor. Si tiene algo de cerebro, se sumergirá nuevamente… Lo acaba de hacer.

—Nosotros acabamos de tener una —me dijo Bleys.

—¿Tormenta o bestia?

—Tormenta —replicó—. Doscientos muertos.

—Mantén la fe —dije—, aguanta y habíame más tarde. ¿De acuerdo?

Asintió y hubo relámpagos a su espalda.

—Eric consiguió nuestro número —añadió antes de cortar.

Tuve que estar de acuerdo.

Tres horas más tarde, todo se calmó, y muchas más después, supe que había desaparecido más de la mitad de la flota (y que en mi nave —el buque insignia— habíamos perdido cuarenta miembros de una tripulación inicial de ciento veinte). Fue una dura tormenta.

De algún modo, en el mar, sobre Rabma, lo logramos.

Extraje mis cartas y sostuve ante mí la de Random.

Cuando se dio cuenta de quién le hablaba, lo primero que dijo fue:

—Regresa —y yo le pregunté por qué.

—Porque, según Llewella, Eric puede aplastarte ahora mismo. Dice que esperes un poco, hasta que él se relaje, y que le golpees entonces; quizá dentro de un año.

Negué con la cabeza.

—Lo siento —le dije—. No puedo. Ya hemos sufrido muchas pérdidas para llegar hasta aquí. Es una situación de ahora o nunca.

Se encogió de hombros con expresión de «Te avisé».

—¿Por qué?

—Principalmente, porque acabo de saber que puede controlar el clima en los alrededores de Ámbar —respondió.

—Tendremos que arriesgarnos.

Se encogió de hombros nuevamente.

—No digas que no te lo dije.

—¿Sabe con seguridad que nos aproximamos?

—¿Qué crees? ¿Qué es un idiota?

—No.

—En ese caso, lo sabe. Si yo lo pude adivinar en Rabma, él lo puede hacer en Ámbar... y yo lo *adiviné* por una oscilación de la Sombra.

—Desafortunadamente —dije—, tengo algunas dudas sobre el éxito de esta expedición, pero es el espectáculo de Bleys.

—Lárgate y deja que sea él el decapitado.

—Lo siento, pero no puedo arriesgarme. Podría ganar. Seguiré con la flota.

—¿Has hablado con Caine, con Gérard?

—Sí.

—Eso es que crees que tienes alguna posibilidad si vas por mar. Pero escucha, Eric ha descubierto un modo de controlar la Joya del Juicio, creo que en una conversación que mantuvo en la corte con su doble. La *puede* utilizar para controlar el clima de Ámbar. Eso es seguro. Sólo Dios sabe qué más puede hacer con ella.

—Es una pena —dije—. Tendremos que aguantarnos. No puedo permitir que unas pocas tormentas me desmoralicen.

—Corwin, me confesaré. Hablé con el mismo Eric hace unos días.

—¿Por qué?

—El lo quiso. Le contesté por aburrimiento. Se explayó con grandes detalles acerca de sus defensas.

—Eso es porque se enteró por Julián que vinimos aquí juntos. Está seguro de que con ello me perjudicará.

—Probablemente —aceptó—. Pero eso no cambia lo que me dijo.

—No —le concedí.

—Si es así, deja que Bleys luche en su propia guerra —dijo—. Puedes atacar a Eric más tarde.

—Está a punto de ser coronado en Ámbar.

—Lo sé. Lo sé. Pero es tan fácil atacar a un rey como a un príncipe, ¿no? ¿Cuál es la diferencia con respecto al nombre que se adjudique, siempre que puedas vencer? Todavía seguirá siendo Eric.

—Cierto —dije—, pero me he comprometido.

—Descompromételete —sugirió.

—Me temo que no puedo hacerlo.

—Estás loco.

—Probablemente.

—Bien, buena suerte de todos modos.

—Gracias.

—Te veré.

Y aquello fue todo, y me perturbó.

¿Estaba dirigiéndome a una trampa?

Eric no era tonto. Quizá tenía preparada una verdadera rueda de la muerte. Finalmente, me encogí de hombros y me recosté contra la borda, con las cartas, otra vez, guardadas en mi cinturón.

Es solitario y causa de orgullo ser uno de los Príncipes de Ámbar, incapaz de sentir confianza. No estaba muy contento por ello en aquel momento, pero allí estaba.

Eric, por supuesto, había controlado la tormenta que acabábamos de atravesar, y parecía encajar con lo que Random me había dicho de que era dueño del clima de Ámbar.

Por lo que yo mismo intenté algo.

Dirigí la flota hacia Ámbar, medio enterrada en la nieve. Era la peor ventisca que era capaz de conjurar.

Los grandes copos de nieve empezaron a caer sobre el océano en la lejanía.

Si puede, que detenga este regalo de la Sombra.

Y lo hizo.

En un período de media hora, la ventisca había desaparecido. Ámbar, virtualmente, era impenetrable... y era realmente la única ciudad. No quería apartarme de nuestro curso, así que dejé las cosas como estaban. Eric *era* el dueño del clima de Ámbar.

¿Qué hacer?

Continuamos navegando, por supuesto. Hacia las fauces de la muerte.

¿Qué podía decir?

La segunda tormenta fue peor que la primera, pero me mantuve al timón. Estaba cargada de electricidad, y sólo se centró sobre la flota. Nos dispersó. Nos costó cuarenta naves más.

Temía llamar a Bleys para saber lo que le había ocurrido a él.

—Nos quedan alrededor de doscientos mil hombres —dijo—. Una inundación relámpago —y le expliqué lo que Random me había contado.

—Lo creo —dijo—. Pero no nos dejemos obsesionar con la idea. Con clima o sin él, le derrotaremos.

—Eso espero.

Encendí un cigarrillo y me recosté contra la proa.

Ámbar aparecería muy pronto a la vista. Conocía las formas de la Sombra y sabía cómo llegar hasta allí caminando.

Pero dudaba.

Nunca habría un día perfecto, aunque…

Continuamos navegando, y la oscuridad cayó sobre nosotros como una oleada súbita, y se desató la peor tormenta de todas.

Logramos apartarnos de sus negros azotes, pero estaba asustado. Todo era verdad y estábamos en aguas del norte. Si Caine había mantenido su palabra, todo bien. Si nos estaba esperando, disponía de una excelente posición.

Así que decidí que nos había vendido. ¿Por qué no? Alineé a la flota —setenta y dos barcos sobrantes —para la batalla cuando vi que se aproximaba. Las cartas habían mentido —o habían estado muy acertadas —cuando le señalaron a él como la figura clave.

La nave insignia se dirigió hacia la mía, y yo me adelanté para encontrarme con ella. Nos unimos por medio de cables, y casco contra casco nos contemplamos mutuamente. Podíamos habernos comunicado con los Arcanos, pero Caine prefirió no hacerlo; y se encontraba en la posición más fuerte. Obviamente, quería que le escucharan mientras hablaba a través de un altavoz:

—¡Corwin! ¡Entrega pacíficamente el mando de tu flota! ¡Te doblamos en número! ¡Nunca podrás atravesar nuestras líneas!

Le contemplé a través de las olas y levanté mi propio altavoz:

—¿Qué hay de nuestro trato?

—Anulado y sin valor —dijo—. Tu fuerza está demasiado debilitada para poder atacar Ámbar, así que, si te rindes ahora, podrás salvar algunas vidas.

Miré sobre mi hombro izquierdo y contemplé el sol.

—Escucha, hermano Caine —dije—, y prométeme esto: dame tu permiso para conferenciar con mis capitanes hasta que el sol esté en lo alto del cielo.

—Muy bien —replicó sin vacilación—. Estoy seguro de que sabrán apreciar su posición.

Me moví y ordené que maniobraran el barco para unirnos de nuevo a nuestra flota.

Si trataba de escapar, Caine me perseguiría a través de la Sombra y destruiría las naves una por una. La pólvora no tenía efecto en la verdadera Tierra, pero, si nos alejábamos lo suficiente, también podría usarla contra nosotros. Si escapaba, la flota no podría navegar por los mares de Sombra y quedaría abandonada sobre las aguas. Hiciera lo que hiciera, la tripulación moriría o sería hecha prisionera. Random tenía razón.

Saqué el Triunfo de Bleys y me concentré hasta que se movió.

—¿Sí? —dijo, y su voz sonaba agitada. Casi podía oír el rumor de la batalla a su espalda.

—Tenemos problemas —dije—. Setenta y tres barcos han logrado llegar hasta aquí, y Caine nos ha emplazado a rendirnos por la tarde.

—¡Maldito sea! —exclamó Bleys—. Yo no he llegado tan lejos como tú. Estamos en medio de una batalla. Una enorme fuerza de caballería nos está despedazando, así que mis consejos no te pueden valer de mucho. Ya tengo mis propios problemas. Haz lo que creas conveniente. ¡Están cargando de nuevo!

Y el contacto se interrumpió.

Saqué la carta de Gérard y busqué contacto.

Cuando hablamos, me pareció que podía distinguir una línea costera detrás suyo. Creo que la reconocí. Si mi conocimiento era correcto, se hallaba en aguas del sur. No me gusta recordar aquella conversación. Le pregunté si me ayudaría contra Caine.

—Yo tan sólo acordé dejarte libre el paso —dijo—. Esa es la razón por la que retrocedí hasta el sur. Así no podría alcanzarte a tiempo ni aunque quisiera. No acordé ayudarte a matar a nuestro hermano.

Y antes de que pudiera replicar, desapareció. Tenía razón, por supuesto. Había estado de acuerdo en darme una oportunidad, no en luchar mi batalla por mí.

¿Qué me dejaba aquello?

Encendí un cigarrillo. Paseé por el puente. La mañana se había ido. Las nieblas se habían evaporado y el sol me calentaba los hombros. Pronto llegaría la tarde. Quizá en dos horas…

Toqué las cartas y las sostuve en la mano. Podría intentar un duelo de voluntades a través de ellas, con Eric o Caine. El poder estaba presente, y quizá incluso otros de los que no tenía idea.

Habían sido diseñadas para ello, tras una orden de Oberon, por el artista loco Dworkin Barimen, aquel jorobado de ojos fieros que había sido un brujo, sacerdote o psiquiatra —las historias divergían sobre aquel punto —en alguna distante Sombra de donde Padre le había salvado de un destino desastroso que él mismo se había labrado. Los detalles se ignoraban, pero devino un poco loco desde aquel momento. Sin embargo, era un gran artista y era innegable que poseía ciertos poderes extraños. Había desaparecido eras atrás, después de diseñar las cartas y trazar el Patrón de Ámbar. Habíamos especulado sobre él a menudo, pero nadie parecía saber su paradero. Quizá Padre le había encerrado para mantener a salvo sus secretos.

Caine estaba listo para el ataque, y era muy probable que ya no lograra atravesar sus líneas, aunque quizá fuera capaz de mantenerlo a distancia. Por otro lado, era seguro que sus capitanes habían recibido la orden de atacar.

Eric estaría preparado para cualquier cosa, pero si no había nada más que hacer, bien podría intentarlo. No tenía nada que perder salvo mi alma.

Y estaba la carta de Ámbar. Me podía transportar allí e intentar asesinarlo, pero calculé las posibilidades: tenía un millón contra una de no salir vivo para contarlo.

Estaba ansioso de morir luchando, pero carecía de sentido que todos aquellos hombres murieran conmigo. Quizá mi sangre estuviera corrompida, a pesar de mi poder sobre el Patrón. Un verdadero príncipe de Ámbar no habría tenido tales escrúpulos. Decidí que había cambiado durante los siglos que pasé en la Tierra de Sombra, y que incluso me había suavizado. Me había hecho diferente de mis hermanos.

Decidí rendir la flota y transportarme a Ámbar y desafiar a Eric a un duelo final. Sería un tonto si aceptaba. Pero qué infiernos, no podía hacer otra cosa.

Me volví para comunicar las órdenes a mis oficiales, y el poder cayó sobre mí impidiéndome hablar.

Sentí el contacto, y finalmente alcancé a murmurar entre mis apretados dientes:

—¿Quién...?

No hubo réplica, pero una cosa retorcida taladró lentamente mi mente y allí mismo luché con ella.

Después de un tiempo, cuando vio que no podría ser partido en dos más que con una larga lucha, escuché sobre el viento la voz de Eric:

—¿Qué tal se porta contigo el mundo, hermano? —inquirió.

—Mal —dije o pensé, y él se rió entre dientes, aunque su voz parecía tensa debido a los esfuerzos de nuestra lucha.

—Demasiado mal —me dijo—. Si hubieras retornado para apoyarme, habría sido diferente. Ahora, por supuesto, es demasiado tarde. Gozaré cuando os haya destrozado a ti y a Bleys.

No repliqué inmediatamente, sino que luché contra él con todo el poder que poseía. Retrocedió ligeramente, pero logró mantenerme donde me hallaba.

Si uno de nosotros distraía su atención por un instante, podríamos entrar en contacto físico o uno de los dos lograr el control del plano mental superior. Podía verlo claramente en sus cámaras del palacio. Cualquiera de nosotros que hiciera un movimiento equivocado caería bajo el control del otro.

Nos miramos mutuamente y luchamos en nuestro interior. Bien, él, al atacarme primero, había solucionado uno de mis problemas. Mantenía mi Triunfo en la mano izquierda y sus cejas estaban fruncidas. Busqué una apertura, pero no pude encontrar ninguna. Los hombres me hablaban pero no podía entender sus palabras mientras permanecía allí, apoyado contra la borda.

¿Cuánto tiempo había transcurrido?

Todo sentido del tiempo me había abandonado desde el comienzo de la lucha. ¿Podían haber pasado dos horas? ¿Sería eso? No podía estar seguro.

—Siento tu perturbado pensamiento —dijo Eric—. Sí, estoy coordinado con Caine. Contactó conmigo después de vuestro intercambio de palabras. Puedo mantenerte así mientras tu flota es destrozada a tu alrededor y enviada a pudrirse a Rabma. Los peces devorarán a tus hombres.

—Espera —dije—. Ellos no tienen la culpa. Bleys y yo les hemos conducido, y piensan que estamos del lado de la verdad. Sus muertes no tendrán ningún significado. Me estaba preparando para rendir la flota.

—No deberías haber tardado tanto tiempo —replicó—, ya que ahora es demasiado tarde. No puedo llamar a Caine para anular mis órdenes sin liberarte, y, en el momento en que lo haga, caeré bajo tu dominio mental o sufriré un asalto físico. Nuestras mentes están demasiado próximas.

—¿Y si te doy mi palabra de que no haré ninguna de las dos cosas?

—Cualquier hombre rompería su palabra por ganar un reino —dijo Eric.

—¿No puedes leer el pensamiento? ¿No lo puedes sentir dentro de mi mente? ¡Mantendré mi palabra!

—Siento que hay una extraña compasión hacia esos hombres a los que has engañado, y no sé qué pudo producir ese lazo, pero no. Tú mismo lo sabes. Incluso si eres sincero en este momento —como bien puedes serlo—, la tentación sería demasiado grande cuando apareciese la oportunidad. Y tú lo sabes. No puedo arriesgarme.

Y yo lo sabía. Ámbar ardía demasiado fuerte en nuestra sangre.

—Tu arte con la espada ha aumentado considerablemente —comentó—. Veo que tu exilio te ha ayudado algo en ese aspecto. Estás más cerca de ser mi igual que ningún otro, exceptuando a Benedict, que puede estar muerto.

—No te adules —dije—. Sé que puedo derrotarte. De hecho...

—No te molestes. No mantendré un duelo contigo a estas alturas —y sonrió, leyendo mi pensamiento, que ardía claramente.

—Si hubieras permanecido a mi lado —dijo—, te podría haber usado mucho más que a cualquiera de los otros. Sobre Julián, escupo. Caine es un cobarde. Gérard es fuerte, pero estúpido.

Decidí utilizar lo único bueno que me quedaba.

—Escucha —dije—, yo engañé a Random para que viniera aquí conmigo. El no parecía muy interesado en la idea. Creo que, si se lo hubieras pedido, él te habría ayudado.

—¡Ese bastardo! —exclamó—. No le confiaría ni siquiera que vaciara las papeleras de las habitaciones. Un día u otro encontraría una piraña en la mía. No, gracias. Podría haberle perdonado, salvo por tu presente recomendación. Te gustaría que le estrechase en mi seno y que le llamara hermano, ¿no es cierto? ¡Oh, no! Saltas demasiado rápidamente en su defensa. Lo que revela su verdadera actitud, de la que sin duda te ha hecho partícipe. En el nombre de la clemencia, deja que olvidemos a Random.

Olí a humo y escuché los sonidos del metal contra el metal. Aquello significaba que Caine había caído sobre nosotros, y estaba haciendo su trabajo.

—Bien —dijo Eric, cogiéndolo de mi mente.

—¡Detenlos! ¡Por favor! ¡Mis hombres no tienen ninguna oportunidad contra tantos!

—Ni aunque implorases... —cortó la frase y maldijo. Había captado el pensamiento. Podía haberme dicho que suplicara a cambio de sus vidas, y entonces dejar que Caine continuara con la matanza. Le hubiera gustado haber hecho aquello, pero había dejado que aquellas primeras palabras se deslizaran en el calor de su pasión.

Me reí entre dientes por su irritación.

—De todos modos, pronto te tendré —dijo—. Tan pronto como tomen el barco insignia.

—Hasta entonces —dije—, ¡prueba esto! —y le golpeé con todo lo que tenía, penetrando en su mente, lastimándole con mi odio. Sentí su dolor y aquello me impulsó aún más. Le atormenté por todos mis años de exilio, buscando al menos aquella revancha. Por haberme abandonado a la peste, golpeé en las fronteras de su cordura, buscando aquella venganza. Por el accidente de coche, del que le sabía responsable, le azoté, buscando alguna medida de angustia a cambio de mi dolor.

Su control comenzó a escurrirse y mi ataque aumentó. Continué penetrándole y su posición sobre mí disminuyó.

—¡Demonio! —gritó finalmente, y movió la mano para cubrir la carta que sostenía.

El contacto estaba roto, y yo permanecía allí temblando.

Lo había logrado. Le había superado en la contienda de voluntades. Ya nunca más temería a mi hermano en ninguna forma de combate individual. Era más fuerte que él.

Aspiré profundamente varias bocanadas de aire y me erguí, preparado para el helado momento en que se produjera un nuevo ataque. Aunque sabía que no se produciría; no por parte de Eric. Sentía que temía mi furia.

Miré a mi alrededor y vi que estaban combatiendo. Había sangre sobre la cubierta. Un barco se había colocado junto a nosotros y nos estaban abordando. Otro barco intentaba la misma maniobra por el otro costado. Una descarga eléctrica silbó sobre mi cabeza.

Desenvainé mi espada y salté hacia la lucha.

No sé a cuántos maté aquel día. Perdí la cuenta en algún lugar entre los doce o los trece. Fueron más del doble, aunque sólo en aquella batalla. La fuerza de que está naturalmente dotado un príncipe de Ámbar, la que me había permitido levantar el Mercedes, me sirvió aquel día, cogiendo a un hombre con una sola mano y lanzándolo por la borda.

Matamos a todos los tripulantes de los dos barcos, y abrimos sus esclusas, enviándolos al fondo de Rabma, donde Random se divertiría con la matanza. La mitad de mi tripulación había muerto en la batalla, y yo había sufrido innumerables cortes y arañazos, pero nada serio.

Fuimos en ayuda de un barco hermano y hundimos otro de los de la avanzada de Caine.

Los sobrevivientes del barco rescatado subieron a bordo del buque insignia y nuevamente conté con una tripulación completa.

—¡Sangre! —grité —¡Dadme sangre y venganza este día, mis guerreros, y seréis recordados en Ámbar eternamente!

Y, como un sólo hombre, alzaron sus armas y gritaron:

—¡Sangre!

Y galones —no, ríos —de sangre fueron derramados aquella jornada. Destruimos dos barcos más de Caine, completando nuestras filas con miembros sobrevivientes de nuestra flota. Mientras nos dirigíamos hacia el sexto barco, ascendí por el mástil principal y traté de hacer una rápida cuenta.

Debíamos ser superados en una proporción de tres a uno. Quedaban de mi flota cuarenta y cinco o cincuenta y cinco barcos.

Tomamos el sexto, y no tuvimos que buscar al séptimo ni al octavo. Ellos vinieron a nosotros. También los tomamos, pero recibí varias heridas en la lucha, y me quedé nuevamente con la mitad de tripulación. Mi hombro izquierdo y mi pierna derecha habían recibido cortes profundos, y otro corte a lo largo de la cadera me dolía horriblemente.

Mientras enviábamos aquellos barcos al fondo, dos más se dirigieron hacia nosotros.

Huimos y nos aliamos con uno de nuestros barcos, que había salido victorioso de su propia batalla. Una vez más combinamos tripulaciones, en esta ocasión transfiriendo la insignia al otro barco, menos dañado que el mío, que hacía agua en cantidad y escoraba hacia estribor.

No pudimos ni respirar: otro barco se aproximó y sus tripulantes intentaron abordarnos.

Mis hombres se sentían fatigados y yo también empezaba a cansarme. Afortunadamente, la tripulación enemiga no estaba en mejores condiciones. Antes de que el segundo

barco de Caine viniera en su ayuda, lo habíamos vencido, abordándolo y transfiriendo nuevamente la insignia. Aquel barco estaba en mejores condiciones.

Tomamos el siguiente, y obtuve un buen barco y cuarenta hombres jadeantes.

No había nadie a la vista para que pudiera venir en nuestra ayuda. Todos los barcos de nuestra armada que seguían a flote luchaban por lo menos con un barco de Caine. Uno se estaba dirigiendo hacia nosotros, forzándonos a huir.

De este modo quizá ganamos unos veinte minutos. Traté de navegar hacia la Sombra, pero estando tan cerca de Ámbar era muy difícil y lento. Es mucho más fácil acercarse que alejarse, ya que Ámbar es el centro, el nexo. Si hubiera contado con otros diez minutos, lo habría logrado.

No los tuve.

Mientras el barco se aproximaba, vi otro en la distancia que giraba en nuestra dirección. Llevaba la insignia negra y verde debajo de los colores de Eric, y el unicornio blanco. Era el barco de Caine. Quería estar presente en la matanza.

Tomamos el primero, y cuando ni siquiera habíamos abierto sus esclusas, Caine estuvo sobre nosotros. Yo permanecía en pie sobre la cubierta bañada de sangre, con una docena de hombres a mi alrededor. Caine se acercó a la proa y me instó a que me rindiera.

—¿Garantizas la vida de mis hombres si acepto? —le pregunté.

—Sí —dijo—. Perdería algunos tripulantes si no lo hago, y tampoco hay necesidad.

—¿Me das tu palabra de príncipe? —pregunté.

Lo pensó durante un minuto, luego asintió.

—Muy bien —dijo—. Haz que tus hombres suelten las armas y aborden mi barco cuando me aproxime.

Envainé la espada e hice un gesto a mi alrededor.

—Habéis luchado valientemente y os lo agradezco —dije.—, pero hemos perdido —me sequé las manos en la capa mientras hablaba, y lo hice cuidadosamente, ya que no me gusta arruinar una obra de arte—. Soltad vuestras armas y sabed que vuestras hazañas de hoy nunca serán olvidadas. Algún día hablaré de vosotros ante la corte de Ámbar.

Los hombres, los nueve grandes de color rojo y los tres peludos que quedaban, lloraron mientras deponían las armas.

—No temáis porque no se ha perdido todo en la lucha por la ciudad —dije—. Hemos perdido solamente un encuentro y la batalla aún continúa en otra parte. Mi hermano Bleys se está abriendo camino hacia Ámbar en este preciso momento. Caine mantendrá su palabra de perdonar vuestras vidas cuando vea que me he marchado a reunirme con Bleys en tierra firme. Lamento que no podáis venir conmigo.

Y mientras decía aquello, saqué el Triunfo de Bleys del paquete y lo sostuve frente a mí, fuera de la visión del otro barco.

Cuando Caine se acercaba por el costado, se produjo un movimiento sobre aquella fría superficie.

—¿Quién es? —preguntó Bleys.

—Corwin —dije—. ¿Cómo estás?

—Ganamos la batalla, pero perdimos muchos efectivos. Estamos descansando antes de emprender nuevamente la marcha. ¿Qué tal te va a ti?

—Creo que hemos destruido casi la mitad de la flota de Caine, pero ha ganado él. Está a punto de abordar mi barco. Proporcióname un camino para escapar.

Extendió su mano y la toqué, cayendo en sus brazos.

—Esto empieza a ser una costumbre —murmuré, y vi que también él estaba herido alrededor en la cabeza, y que tenía vendada la mano izquierda.

—He agarrado un sable por donde no debía —dijo cuando vio que mis ojos se posaban en ella—. Duele.

Retuve el aliento y caminamos hasta su tienda, donde descorchó una botella de vino y me dio pan, queso y algo de carne seca. Aún tenía muchos cigarrillos. Me fumé uno, mientras un oficial médico me vendaba las heridas.

Todavía le quedaban a Bleys unos ciento ochenta mil hombres. Mientras estaba de pie sobre la cima de una colina y el anochecer surgía a mi alrededor, parecía como si mirara sobre todos los campos en los que hubiera estado alguna vez, extendiéndose interminablemente sobre los kilómetros y los siglos sin fin. De repente, sentí que las lágrimas aparecían en mis ojos por los hombres que no son como los señores de Ámbar, por los que viven tan sólo un breve período de tiempo y pasan al polvo, por la cantidad de ellos que encontrarían su fin en los campos de batalla del mundo.

Retorné a la tienda de Bleys y acabamos la botella de vino.

VII

Aquella noche se desató una tormenta muy fuerte. No había amainado cuando el amanecer luchaba por cruzar la superficie del mundo con plata, y continuó a lo largo de todo el día.

Es desmoralizador ir marchando y sentir que la lluvia cae sobre uno, una lluvia fría. ¡Cuánto he odiado siempre el lodo por el que parecía haber viajado durante siglos!

Buscamos un camino de Sombra que estuviera libre de lluvia, pero no parecía importar mucho lo que hiciéramos.

Podríamos avanzar hacia Ámbar, pero lo haríamos con las ropas pegadas al cuerpo, bajo el retumbante sonido del trueno, con la iluminación del relámpago a nuestras espaldas.

Por la noche, la temperatura descendió considerablemente, y por la mañana miré más allá de las rígidas banderas, contemplando un mundo que se había tornado blanco bajo un cielo gris, lleno de ráfagas. Mi aliento se esparció detrás mío como un penacho.

Las tropas estaban mal equipadas para soportar aquel clima, excepto los peludos, por lo que les hicimos avanzar rápidamente para evitar el congelamiento. Los hombres grandes y rojos sufrían. Su mundo era tropical.

Aquel día fuimos atacados por tigres, osos polares y lobos. El tigre que mató Bleys medía más de cuatro metros y medio desde el extremo de la cola a la nariz.

Marchamos hasta bien avanzada la noche, momento en que comenzó el deshielo. Bleys arengó a las tropas para sacarlas de aquella fría Sombra. El Triunfo de Ámbar mostraba que allí prevalecía un otoño seco y cálido, y que nos estábamos acercando a la Tierra verdadera.

Para la medianoche de aquel segundo día, habíamos marchado a través de ventiscas y nieve a medio derretir, lluvias frías y lluvias cálidas, y continuábamos hacia un mundo seco.

Dimos la orden de acampar, estableciendo triples cordones de seguridad. Considerando la condición en la que se encontraban los hombres, éramos un blanco perfecto para un ataque. Pero las tropas, que estaban ya tambaleantes, no podían avanzar más.

El ataque se produjo varias horas más tarde, y luego me enteré, por las descripciones que dieron los supervivientes, que lo dirigía Julián.

Estaba al mando de las guerrillas que atacaron nuestros campamentos más vulnerables en la periferia de nuestro cuerpo principal. De haber sabido que era Julián, habría usado su triunfo para tratar de detenerlo, pero no lo supe hasta que pasó el ataque.

Puede que perdiéramos unos dos mil hombres en el repentino invierno, y todavía no sabía cuántos había matado Julián.

Las tropas habían empezado a desmoralizarse, pero cuando ordenamos que avanzaran, continuaron.

El día siguiente fue una continua emboscada. Un ejército del tamaño del nuestro no podía desviarse lo suficiente para enfrentarse con las tropas que dirigía Julián contra nuestros flancos. Eliminamos a algunos de sus hombres, pero no los suficientes… uno por cada diez de los nuestros, quizá.

Al atardecer, estábamos cruzando el valle que iba paralelo a la costa. El Bosque de Arden quedaba hacia el norte y a nuestra izquierda. Ámbar estaba directamente enfrente. Las brisas eran frías y llenas del olor de la tierra y de las dulces cosas que en ellas crecían. Cayeron unas cuantas hojas. Ámbar estaba a ochenta kilómetros de distancia, y no era más que un trémulo resplandor en el horizonte.

Aquella tarde, bajo una gran acumulación de nubes y con una débil lluvia, las descargas eléctricas comenzaron a caer de los cielos. La lluvia cesó y apareció el sol para secar el paisaje.

Después de un tiempo, olimos el humo.

Después de otro tiempo, lo vimos, aleteando hacia el cielo en torno a nosotros.

Las llamas comenzaron a elevarse y caer. Avanzaban hacia nosotros con sus constantes y crujientes pisadas; a medida que se aproximaban, comenzamos a sentir el calor, y en algún punto de la retaguardia cundió el pánico. Hubo gritos, y las columnas se inflaron, saltando hacia delante.

Comenzamos a correr.

Las cenizas caían a nuestro alrededor y el humo empezó a hacerse más denso. Echamos a correr, las llamas cada vez más cerca de nosotros. Las llamas dejaban oír un sordo y regular trueno, las oleadas de calor nos anegaban. No tardaron en estar entre nosotros; los árboles se carbonizaron y sus hojas cayeron; algunos de los árboles más pequeños empezaron a inclinarse. Nuestra ruta, hasta donde nos llegaba la vista, no era más que un callejón lleno de llamas.

Corrimos más rápidamente, pues las cosas no tardarían en empeorar.

Y no nos equivocamos.

Grandes árboles comenzaron a caer a nuestro paso. Saltamos sobre ellos, los rodeamos. Al fin estuvimos en un sendero...

El calor se hizo sofocante y el aire era pesado en nuestros pulmones. Ciervos y lobos y zorros y conejos corrían, velozmente dejándonos atrás, huyendo con nosotros, ignorando nuestra presencia y la de sus enemigos naturales. El aire, por encima del humo, parecía estar lleno de pájaros que chillaban. Sus excrementos caían sobre nosotros, pero pasaron desapercibidos.

Quemar aquel antiguo Bosque de Arden, tan venerable, casi me parecía un acto sacrílego. Pero Eric era príncipe de Ámbar, y pronto sería rey. Supongo que también yo lo habría hecho...

Mis cejas y cabello estaban chamuscados. Sentía la garganta como si fuera una chimenea. ¿Cuántos hombres nos costaría?

Cien kilómetros de boscoso valle había entre nosotros y Ámbar, y más de cincuenta a nuestra espalda, hasta el comienzo del bosque.

—¡Bleys! —jadeé—. ¡Cuatro o cinco kilómetros delante nuestro, el sendero se bifurca! ¡El sendero de la derecha desemboca más rápidamente en el río Oisen, que baja directo hasta el mar! ¡Creo que es nuestra única oportunidad! ¡Todo el valle de Garnath va a quedar incinerado! ¡Nuestra única esperanza es alcanzar el mar!

Asintió.

Continuamos corriendo, pero el fuego nos adelantó.

Logramos llegar a la bifurcación, apagando las llamas que anidaban en nuestras ardientes ropas, limpiando las cenizas de nuestros ojos, pasando las manos por el cabello, donde también descansaban las llamas.

—Sólo medio kilómetro más.

Las ramas que caían me habían golpeado varias veces. Todas las zonas de mi piel que estaban al descubierto, latían con un dolor más que febril; y también muchas de las zonas cubiertas. Corrimos a través de la llameante hierba, avanzando por una larga pendiente. Cuando alcanzamos el final, vimos el agua, lo que hizo que aumentara nuestra velocidad, aunque no nos parecía posible hacerlo. Nos lanzamos al agua y dejamos que nos envolviera su fría humedad.

Bleys y yo tratamos de flotar tan cerca como nos fuera posible el uno del otro, mientras éramos dominados por las corrientes que nos arrastraban a lo largo del sinuoso curso del Oisen. Las entrelazadas ramas de los árboles sobre nuestras cabezas, se habían convertido en las bóvedas de una catedral de fuego. Cuando se rompían y caían en algunos lugares, teníamos que darnos la vuelta para nadar, o sumergirnos en busca de lugares más profundos, dependiendo de lo cerca que estuviéramos. Las aguas a nuestro alrededor estaban llenas de escombros ennegrecidos y siseantes, y a nuestras espaldas las cabezas de nuestras tropas supervivientes parecían una línea de cocos flotantes.

Las aguas eran oscuras y frías, y nuestras heridas comenzaron a arder; temblábamos y nuestros dientes castañeteaban.

Pasaron varios kilómetros antes de que dejáramos atrás el bosque ardiendo y alcanzáramos el bajo y llano lugar sin árboles que conducía al mar. Pensé que sería un lugar perfecto para que Julián nos esperara con arqueros. Se lo dije a Bleys y estuvo de acuerdo, pero no creía que hubiera mucho que pudiéramos hacer al respecto. Me vi obligado a darle la razón.

Las maderas ardían a nuestro alrededor; nadamos, alejándonos.

Pareció como si transcurrieran horas —pero debió ser menos— antes de que mis miedos comenzaran a materializarse y recibiéramos la primera andanada de flechas.

Me sumergí y nadé bajo el agua durante un buen rato. Al ir en la misma dirección de la corriente, avancé un largo trecho por el río antes de salir de nuevo a la superficie.

Nada más hacerlo, cayeron más flechas a mi alrededor.

Sólo los dioses sabían cuánto tiempo más podía estirarse aquel guante de la muerte, pero yo no quería quedarme para averiguarlo.

Inspiré profundamente y me sumergí una vez más.

Toqué fondo y fui tanteando el camino entre las rocas.

Avancé tanto como pude y luego me dirigí hacia la orilla derecha, exhalando mientras ascendía.

Salí a la superficie, jadeé, aspiré una profunda bocanada de aire y me sumergí nuevamente sin mirar a mi alrededor para reconocer el terreno.

Nadé hasta que casi explotaron mis pulmones, y luego salí a la superficie.

Aquella vez no tuve tanta suerte. Recibí una flecha que me atravesó el brazo izquierdo. Logré sumergirme y romper la flecha al tocar fondo. Saqué la punta y continué avanzando a braza, como una rana, impulsándome con el brazo derecho. La próxima vez que saliera a la superficie sería un blanco perfecto, lo sabía.

Así que me obligué a continuar hasta que destellos rojos cruzaron mis ojos y la oscuridad se metió en mi cabeza. Debí permanecer bajo el agua tres minutos.

Pero cuando aquella vez salí a la superficie, no ocurrió nada; batí el agua y respiré, jadeante.

Me dirigí hacia la orilla izquierda y me agarré a la maleza que crecía por allí.

Miré a mi alrededor. Había pocos árboles, y el fuego aún no había llegado hasta aquí. Ambas orillas parecían desiertas, pero también el río lo parecía. ¿Sería posible que fuera yo el único superviviente? No parecía factible. Después de todo, éramos muchos cuando comenzamos la última etapa.

Estaba medio muerto de fatiga, y todo mi cuerpo era surcado por pinchazos y dolores. Cada centímetro de él parecía haber sido quemado, pero las aguas estaban tan frías que temblaba, y probablemente estuviera amoratado. Si quería vivir, tenía que abandonar pronto el río. Sentí que sólo podría realizar unos pocos viajes más bajo el agua, así que decidí intentarlo antes de tener que abandonar el refugio de las profundidades.

De alguna manera, logré hacerlo cuatro veces, sintiendo que si lo intentaba una quinta no sería capaz de salir a la superficie. Me cogí a una roca y respiré profundamente, luego me arrastré a la orilla.

Rodé, quedando de espaldas, y miré los alrededores. No reconocía el lugar. Las llamas aún no lo habían alcanzado. Había una densa vegetación de arbustos a mi derecha, y me arrastré

hasta ellos, internándome entre la espesura, cayendo con el rostro pegado a la tierra para quedarme dormido.

* * *

Cuando desperté, deseé no haberlo hecho. Me dolía cada centímetro de mi cuerpo, y estaba enfermo. Yací allí tendido durante horas, medio delirando, y finalmente logré avanzar tambaleándome hasta el río, donde bebí agua durante un buen rato. Luego retorné a los arbustos, quedándome dormido otra vez.

Cuando regresé a la consciencia de nuevo, aún me dolía el cuerpo, pero estaba mejor. Fui al río y volví y, utilizando el Triunfo, supe que Bleys todavía estaba vivo.

—¿Dónde te encuentras? —preguntó cuando se hizo el contacto.

—Maldita sea si lo sé —repliqué—. Tengo suerte de estar en algún lugar. Cerca del mar. Puedo oír el oleaje y conozco el olor.

—¿Estás cerca del río?

—Sí.

—¿Sobre que orilla?

—La izquierda, de cara al mar. Al norte.

—Pues quédate ahí —me dijo —; enviaré a alguien en tu busca. Estoy reuniendo a nuestras fuerzas. Ya he agrupado a dos mil; Julián no se acercará a nosotros. Cada minuto que pasa está más rezagado.

—De acuerdo —convine.

Me quedé allí. Y, mientras esperaba, me quedé dormido.

* * *

Escuché algunos ruidos entre los arbustos y me puse en guardia. Aparté algunas ramas y escudriñé.

Eran tres grandes soldados rojos.

Me erguí y limpié toda mi ropa, me pasé una mano por el cabello, respiré profundamente varias veces, y me adelanté.

—Aquí estoy —anuncié.

Dos de ellos se pusieron en guardia y empuñaron las espadas cuando hablé.

Pero se recobraron, sonrieron, me saludaron con deferencia y me condujeron de regreso al campamento. Estaba a unos tres kilómetros de distancia. Todo el trayecto lo hice muy erguido.

Bleys apareció y dijo:

—Tenemos más de tres mil, por ahora —y llamó a un oficial médico para que me curara otra vez.

Aquella noche no fuimos molestados, y el resto de nuestras tropas fue apareciendo hasta el día siguiente.

Puede que reuniéramos unos cinco mil. Podíamos ver Ámbar en la distancia.

Dormimos otra noche y, al día siguiente, emprendimos la marcha.

Por la tarde habíamos recorrido unos veinte kilómetros. Marchábamos por la playa, y por ningún lado se veían rastros de Julián.

La sensación de dolor de mis quemaduras empezó a desaparecer. Mi pierna estaba curada, pero el brazo y el hombro todavía me dolían de allí al infierno ida y vuelta.

Continuamos nuestro avance y pronto estuvimos a cincuenta kilómetros de Ámbar. El clima permaneció tranquilo, y todo el bosque a nuestra derecha era una ruina ennegrecida y desolada. El fuego había destruido la mayor parte del follaje del valle, lo que representaba, por primera vez, algo a nuestro favor. Ni Julián ni nadie podría tendernos una emboscada. Les veríamos un kilómetro antes. Hicimos otros quince kilómetros antes de que se pusiera el sol y acampáramos en la playa.

Al día siguiente, recordé que la coronación de Eric estaba muy próxima ya, recordándoselo a Bleys. Casi habíamos perdido la cuenta de los días, pero sabíamos que todavía nos quedaban algunos.

Emprendimos una marcha rápida hasta el atardecer, luego descansamos. Y sólo estábamos a treinta y cinco kilómetros del pie de Kolvir. Cuando anocheció, la distancia se había reducido a quince kilómetros.

Y continuamos. Marchamos hasta la medianoche y volvimos a acampar. Empezaba a sentirme bastante vivo. Practiqué algunos cortes con la espada y estuve a punto de alcanzar la perfección. Al día siguiente me sentía aún mejor.

Avanzamos hasta que llegamos a la base de Kolvir, donde nos recibieron todas las fuerzas de Julián, combinadas con muchos hombres de la flota de Caine, que se habían pasado a la infantería.

Bleys estaba allí dando órdenes, como Robert E. Lee en Chancellorsville, y les vencimos.

Cuando terminamos, teníamos alrededor de unos tres mil hombres. Julián, por supuesto, escapó.

Pero habíamos ganado. Aquella noche celebramos una fiesta. Habíamos ganado.

Y yo tenía miedo, y le hice conocer mis temores a Bleys. Tres mil hombres contra Kolvir.

Yo había perdido mi flota y Bleys el noventa y ocho por ciento de sus soldados. No me parecía que aquello fuera para estar contentos.

No me gustaba.

* * *

Pero al día siguiente comenzamos el ascenso. Había una escalera que permitía que avanzáramos de dos en dos. Pero muy pronto se estrechó, y tuvimos que ir de uno en uno.

Ascendimos doscientos metros por Kolvir, luego trescientos, luego cuatrocientos.

Entonces se desató la tormenta desde el mar. Nos mantuvimos unidos y fuimos golpeados por ella.

Cuando pasó la tormenta nos faltaban unos doscientos hombres.

Continuamos el ascenso y vinieron las lluvias. El camino se hizo más abrupto y resbaladizo. Cuando habíamos ascendido un cuarto del camino, nos encontramos con una columna de hombres armados que venía a nuestro encuentro. Los primeros intercambios de golpes con nuestro primer hombre les costó dos hombres. Ganamos dos escalones, y otro hombre cayó.

Aquello continuó durante más de una hora, y alcanzamos la tercera parte del camino, mientras la fila de hombres iba avanzando hacia Bleys y yo. Era bueno que nuestros guerreros grandes fueran más fuertes que los de

Eric. Las armas sonaban al cruzarse, y, de vez en cuando, se oía un grito y un hombre caía. A veces era uno rojo, ocasionalmente uno peludo, pero, más a menudo, llevaban los colores de Eric.

Llegamos hasta la mitad, luchando por cada escalón. Cuando alcanzáramos la cima, encontraríamos la ancha escalera de la que habían copiado su imagen en Rabma. Conduciría hacia el Gran Arco, la entrada este de Ámbar.

Puede que quedaran unos cincuenta hombres de nuestra vanguardia. Luego cuarenta, treinta, veinte, una docena...

Ya habíamos pasado las dos terceras partes del camino, y la escalera zigzagueaba hacia ambos lados a través de las laderas de Kolvir. La escalera del este raramente es utilizada. Casi es una decoración. Nuestros planes originales fueron cruzar por el ahora ennegrecido valle y luego rodear la montaña, tomando el camino del oeste sobre los montes y entrar en Ámbar por detrás. El fuego y Julián lo habían cambiado todo. Nunca hubiéramos logrado subir

rodeándola. Era cuestión de un ataque frontal o nada. Y no iba a ser nada.

Cayeron otros tres guerreros de Eric y ganamos cuatro escalones. Nuestro hombre de vanguardia hizo el largo descenso y perdimos uno.

La brisa llegaba desde el mar, fría y penetrante, y los pájaros se agrupaban al pie de la montaña. El sol salió a través de las nubes dando la sensación de que Eric había abandonado el dominio del clima al ver que luchábamos con sus tropas.

Ganamos seis escalones y perdimos otro hombre.

Era extraño y triste e insensato…

Bleys estaba delante mío, y pronto llegaría su turno. Luego el mío, en caso de que él muriera.

Quedaban seis hombres en la vanguardia.

Diez escalones…

Entonces quedaron cinco.

Continuamos abriéndonos camino, lentamente, y hasta donde llegaba mi vista, veía los escalones llenos de sangre. Allí, escondida en algún lugar, parecía haber cierta moral.

El quinto hombre mató a cuatro antes de caer él mismo, llevándonos a otro zig, o zag, cualquiera fuera el caso.

Hacia adelante y hacia arriba, nuestro tercer hombre luchaba con una espada en cada mano. Era bueno que luchara en una guerra santa, pues detrás de cada golpe, brillaba una encendida pasión. Ganó tres puestos antes de morir.

El siguiente hombre no era tan apasionado, o tan bueno con la espada. Cayó inmediatamente, y sólo quedaron dos.

Bleys desenvainó su larga espada llena de filigranas y su afilado borde brilló al sol.

—Muy pronto, hermano —dijo—, veremos lo que pueden hacer contra un príncipe.

—Sólo uno, espero —repliqué, y él rió entre dientes.

Yo diría que ya habíamos recorrido tres cuartas partes del camino cuando le tocó el turno a Bleys.

Saltó hacia adelante, deshaciéndose inmediatamente del primer adversario. La punta de su espada encontró la garganta del segundo, y el lado plano cayó sobre la cabeza del tercero, haciendo que también cayera. Mantuvo un duelo momentáneo con el cuarto y lo mató.

Mi propia espada estaba en mi mano, dispuesta, mientras observaba y avanzaba.

Era muy bueno, incluso mejor de lo que recordaba. Avanzaba como un remolino, y su espada estaba viva bajo la luz. Caían ante ella... ¡cómo caían, dioses! Cualquier cosa que se pueda decir de Bleys, quedó olvidada aquel día, y se liberó como correspondía a su rango. Me pregunté cuánto tiempo podría seguir avanzando.

Tenía una daga en la mano izquierda, y la utilizaba con una eficacia brutal siempre que llegaba al cuerpo a cuerpo. La abandonó en la garganta de su undécima víctima.

No le veía final a la columna que se enfrentaba a nosotros. Decidí que debía ocupar todo el camino hasta el rellano de la cima. Esperaba que mi turno no llegara. Casi lo creí.

Cayeron otros tres hombres, y llegamos a un pequeño descansillo y una curva. Limpió el rellano y volvió a subir. Le contemplé otra media hora, y ellos morían y morían. Podía oír los murmullos de asombro de los hombres que había a mi espalda. Casi pensé que llegaría hasta la cima.

Utilizó todos los trucos. Cubrió espadas y ojos con la capa. Pateó a los guerreros. Sujetó muñecas y las retorció con toda su fuerza.

Llegamos hasta otro rellano. Algo de sangre manchaba su manga, pero no dejaba de sonreír, y los guerreros que había detrás de los guerreros que mataba, adoptaban el color de la ceniza. Aquello también le ayudó. Y quizá el hecho de que yo estuviera preparado para llenar su hueco contribuyera a aumentar sus temores, lo que les hizo más lentos, erosionando sus nervios. Más tarde, me enteré de que habían oído hablar de la batalla naval.

Bleys abrió camino hasta el rellano siguiente, lo limpió, giró nuevamente y saltó a la escalera. Nunca había pensado que lograra llegar tan lejos. Yo mismo no me imaginaba que pudiera llegar tan alto como él. Era la más extraordinaria demostración de esgrima y resistencia que había visto desde que Benedict mantuviera el paso por encima de Arden contra los Jinetes Lunares de Ghenesh.

Vi que se estaba cansando. Si hubiera algún modo de relevarlo para que descansara un poco...

Pero no había ninguno. Lo seguí, temiendo que cada golpe fuera el último.

Sabía que estaba debilitándose. Sólo faltaban treinta metros para llegar a la cima.

Repentinamente, sentí cariño por él. Era mi hermano y me había ayudado. No creo que llegara a pensar que sobreviviría, sin embargo continuaba luchando… de hecho, estaba regalándome la oportunidad de conquistar el trono.

Mató a tres hombres más, pero su espada se movía cada vez más lentamente. Luchó con el cuarto cerca de cinco minutos antes

de deshacerse de él. Estaba seguro de que el siguiente enemigo sería el último.

Pero no lo fue.

Mientras mataba a aquel hombre, me cambié la espada a la mano izquierda, extraje mi daga y la arrojé.

Penetró hasta la empuñadura en el cuello del siguiente.

Bleys saltó dos escalones y paralizó al hombre que había ante él, arrojándolo al abismo.

Lanzó un corte hacia adelante, y le abrió el estómago al hombre que había detrás de aquél.

Me apresuré a llenar el hueco para estar justo detrás suyo y preparado. Aunque todavía no me necesitaba.

Mató a los dos siguientes con una nueva explosión de energía. Pedí otra daga y se me entregó desde algún lugar de nuestra retaguardia.

La tuve preparada hasta que volvió a moverse lentamente otra vez; la utilicé contra el hombre que luchaba con él.

Cuando la arrojé, el hombre estaba defendiéndose, así que le golpeó la empuñadura y no la hoja. Le dio en la cabeza, y Bleys le empujó para que cayera. Pero el hombre siguiente saltó hacia adelante, y aunque fue atravesado, logró golpear a Bleys en el nombro y cayeron juntos por el borde.

Por reflejo, casi sin saber lo que estaba haciendo, y sin embargo sabiéndolo plenamente, como esas decisiones de microsegundos que uno justifica después del hecho, mi mano izquierda sacó los Triunfos del cinturón y se los arrojó a Bleys, mientras este pareció quedar allí, suspendido por un instante —mis músculos y percepciones responden así de rápido—, y grité:

—¡Cógelas, idiota!

Y lo hizo.

No tuve tiempo de ver qué sucedía después, porque tuve que defenderme y atacar.

Y comenzó el último tramo de nuestro ascenso a Kolvir.

* * *

Digamos, simplemente, que lo logré, y que jadeaba cuando mis tropas vinieron a ayudarme en el rellano.

Consolidamos nuestra posición y presionamos hacia adelante.

Nos tomó una hora alcanzar el Gran Arco.

Lo atravesamos. Entramos en Ámbar.

Estuviera en el lugar que fuese, estoy seguro de que Eric nunca pensó que llegaríamos tan lejos.

Y me pregunté dónde estaría Bleys. ¿Habría tenido oportunidad de coger un Triunfo y de utilizarlo antes de llegar hasta el fondo? Pensé que nunca lo sabría.

Todo el camino habíamos subestimado las fuerzas contrarias. Ahora nos superaban en número, y lo único que podíamos hacer era continuar la lucha tanto tiempo como pudiéramos. ¿Por qué había hecho algo tan estúpido como arrojarle a Bleys mis Triunfos? Sabía que él no tenía ninguno, y aquello había sido lo que dictó mi respuesta, condicionada tal vez por mis años en la Tierra de Sombra. Pero, si las cosas se ponían mal, podría haber usado las cartas para escapar.

Las cosas se pusieron mal.

Continuamos luchando hasta el anochecer, y sólo quedaban unos pocos hombres.

Fuimos rodeados cuando habíamos avanzado unos doscientos metros dentro de Ámbar, muy lejos todavía del palacio. Estábamos luchando a la defensiva, y moríamos uno por uno. Fuimos aplastados.

Llewella o Deirdre me hubieran dado asilo. ¿Por qué lo había hecho?

Maté a otro hombre y aparté la pregunta de mi mente.

El sol se puso y la oscuridad llenó el cielo. Erramos ya tan sólo unos cientos, y no estábamos más cerca del palacio.

Entonces vi a Eric y le escuché gritar sus órdenes. ¡Si pudiera llegar hasta él!

Probablemente me hubiera rendido para salvar a mis tropas supervivientes, pues me habían servido fielmente.

Pero no había nadie a quién rendirse, ni nadie pedía la rendición. Eric ni siquiera podía oírme, aunque gritara. Estaba fuera de la acción, dirigiéndola.

Y seguimos luchando y sólo me quedaban cien hombres.

Deja que sea breve.

Mataron a todos menos a mí.

A mi me arrojaron unas redes y flechas sin punta.

Finalmente caí, y fui golpeado y maniatado, y desapareció todo menos una pesadilla que se me pegó sin intención de desaparecer, sin importar lo que sucediera.

Habíamos perdido.

* * *

Desperté en una celda muy por debajo de Ámbar, lamentando haber llegado hasta allí.

El hecho de que todavía viviera, significaba que Eric tenía planes para mí. Visualicé un potro y brazas, llamas y pinzas. Vi mi próxima degradación mientras yacía allí, tendido sobre la húmeda paja.

¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? No lo sabía.

Busqué por la celda algo que me permitiera suicidarme. No encontré nada que pudiera utilizar con aquel propósito.

Todas mis heridas ardían como soles; y estaba muy cansado.

Volví a tenderme y, una vez más, me dormí.

* * *

Desperté, pero tampoco nadie vino por mí. No había nadie a quien comprar, nadie a quien torturar.

Tampoco había nada que comer.

Yací allí, envuelto en mi capa, repasando todo lo que había sucedido desde que despertara en Greenwood y me negara a recibir la inyección. Habría sido mejor, tal vez, si no me hubiera negado.

Conocí la desesperación.

Eric sería coronado muy pronto rey de Ámbar. Quizá ya hubiera ocurrido.

Pero el sueño era algo tan hermoso... y estaba tan cansado.

Era la primera ocasión que tenía para descansar y olvidar mis heridas.

La celda estaba muy oscura, hedionda y húmeda.

VIII

No sé cuántas veces me desperté y volví a dormir. Dos veces encontré pan y carne en una bandeja junto a la puerta. Ambas veces la vacié. Mi celda estaba oscura como la boca de un lobo, y muy fría. Esperé allí, y esperé.

Entonces vinieron por mí.

La puerta se abrió y penetró una débil luz. Parpadeé mientras era llamado.

El corredor estaba completamente lleno de hombres armados, así que no pude intentar nada.

Me acaricié la barba de varios días y fui con ellos donde me llevaron.

Después de mucho caminar, llegamos al vestíbulo de la escalera de caracol y comenzamos a subir. Mientras caminábamos, no hice ninguna pregunta, ni nadie me ofreció ninguna información.

Cuando llegamos al final de la escalera, me condujeron dentro del palacio. Me llevaron a una habitación cálida y limpia, donde me ordenaron que me desnudara, y lo hice. Me metí en una bañera llena de agua caliente, y en aquel momento apareció un sirviente que me dio masajes y me afeitó, cortándome el pelo.

Cuando estuve seco nuevamente, me dieron ropas nuevas, negras y plata.

Me las puse, y colgaron una capa negra alrededor de mis hombros; su broche era una rosa de plata.

—Estáis listo —dijo el sargento de la guardia—. Por aquí.

Lo seguí, y la guardia me siguió.

Fui llevado a la parte trasera del palacio, donde un herrero me colocó unas esposas en las muñecas y grilletes en los tobillos, con cadenas demasiado pesadas para que pudiera romperlas.

Si me hubiera resistido, sabía que me habrían golpeado hasta dejarme inconsciente, y el resultado hubiera sido el mismo. No tenía ningún deseo de perder el conocimiento otra vez, así que no ofrecí ninguna resistencia.

Varios de los guardias cogieron las cadenas y fui conducido a la parte frontal del palacio. No tenía ojos para la magnificencia que había a mi alrededor. Yo era un prisionero. Probablemente pronto estaría muerto o en el potro. No había nada que pudiera hacer. Una mirada por la ventana me reveló que estaba anocheciendo, y no hubo lugar para la nostalgia mientras atravesaba las habitaciones donde habíamos jugado de niños.

Fui conducido por un largo corredor al interior del gran salón de los invitados.

Había mesas por doquier, y toda la gente se sentaba a ellas; muchos eran conocidos míos.

Todos los finos trajes y vestidos de Ámbar relucían a mi alrededor en los cuerpos de todos los nobles, y había música bajo las antorchas y comida sobre las mesas, aunque todavía no estaba comiendo nadie.

Vi rostros que reconocí, como el de Flora, y algunos extraños. Allí estaba el juglar, Lord Rein —sí, había sido nombrado caballero por mí—, a quien hacía siglos que no veía. Apartó sus ojos de mí cuando mi mirada cayó sobre él.

Fui llevado al pie de la enorme mesa central y sentado allí.

Los guardias permanecieron detrás mío. Fijaron los extremos de las cadenas a unas anillas que había en el suelo. El asiento de la cabecera de la mesa todavía estaba desocupado.

No reconocí a la mujer que había a mi izquierda, pero el hombre de mi derecha era Julián. Lo ignoré y miré a la dama, ligeramente rubia.

—Buenas noches —dije—. No creo que nos hayan presentado. Mi nombre es Corwin.

Ella miró al hombre de su derecha en busca de ayuda, un pelirrojo pesado y lleno de pecas. Este miró a otro

lado, y repentinamente quedó enfrascado en una animada conversación con la mujer de su derecha.

—No os producirá ningún mal hablar conmigo —dije—. No es contagioso.

Logró sonreír débilmente y dijo:

—Yo soy Carmel. ¿Cómo estáis, príncipe Corwin?

—Es un nombre dulce —repliqué—, y yo me encuentro bien. ¿Qué hace aquí una muchacha tan agradable como vos?

Bebió un rápido trago de agua.

—Corwin —dijo Julián, más alto de lo necesario—, creo que la dama te encuentra ofensivo y desagradable.

—Es porque hasta ahora no ha hablado contigo —y no se ruborizó. Se puso pálido.

—Eso será suficiente por tu parte.

Me estiré, e hice chocar las cadenas a propósito. Aparte del efecto que produjo, también me mostró cuánto espacio tenía. No el suficiente, por supuesto. Eric había sido cuidadoso.

—Acércate más y murmúrame tus objeciones, hermano —dije.

Pero no lo hizo.

Me habían sentado el último, así que supe que el momento estaba próximo.

Sonaron cinco notas de seis trompetas y Eric entró en la sala.

Todo el mundo se puso en pie.

Excepto yo.

Los guardias tuvieron que alzarme de las cadenas y sujetarme así.

Eric sonrió y bajó por las escaleras de mi derecha. Apenas pude ver sus propios colores bajo la capa de armiño que llevaba.

Avanzó hacia la cabecera de la mesa y permaneció ante su silla. Se acercó un sirviente, situándose detrás de él, y las doncellas que servían el vino hicieron su ronda.

Cuando todas las copas estuvieran llenas, alzó la suya.

—Para que siempre podáis vivir en Ámbar —dijo—, la eterna — y todos alzaron sus copas.

Excepto yo.

—¡Cógela! —dijo Julián.

—Dámela —dije yo.

No lo hizo, sólo me miró con ira. Pero entonces yo me incliné rápidamente y alcé mi copa.

Había ante nosotros unas doscientas personas, pero mi voz se escuchó claramente. Y los ojos de Eric no se apartaron de mí mientras decía:

—¡Por Eric, que se sienta al final de la mesa!

Nadie trató de tocarme cuando Julián vació el contenido de su copa sobre el suelo. Todos hicieron lo mismo, pero yo logré bebérmela casi toda antes de que me la quitaran de un manotazo.

Eric se sentó y los nobles hicieron lo mismo, y yo fui soltado para que pudiera caer sobre mi silla.

Comenzaron a servir, y ya que estaba hambriento, comí tanto como los demás, y más que muchos.

Había música constantemente, y la comida duró más de dos horas. Nadie me dirigió la palabra durante todo aquel tiempo, ni tampoco yo dije nada más. Pero se sentía mi presencia, y nuestra mesa estaba más apagada que el resto.

Caine se sentaba en la otra punta de la mesa. A la derecha de Eric. Supuse que Julián había perdido sus favores. Ni Random ni Deirdre estaban presentes. Había muchos otros nobles a los que reconocí, algunos de los cuales había considerado mis amigos, pero ninguno de ellos me devolvía las miradas.

Y supuse que sólo hacía falta una pequeña formalidad para que Eric fuera rey de Ámbar.

Y aquello vino pronto.

Después de la cena no se pronunció ningún discurso. Eric, simplemente, se puso en pie.

Las trompetas sonaron otra vez estridentemente.

Y se inició la procesión hacia el Salón del Trono de Ámbar.

Sabía lo que seguiría.

Eric se detuvo ante el trono y todos inclinaron la cabeza.

Excepto yo, por supuesto; aunque, de cualquier modo, me obligaron a arrodillarme.

Aquel era el día de su coronación.

Se hizo el silencio. Caine trajo la almohadilla que sustentaba la corona, la corona de Ámbar. Se arrodilló y quedó congelado en aquella postura, ofreciéndosela.

Me pusieron en pie y me arrastraron hacia adelante. Sabía lo que iba a suceder. Lo supe en un relámpago, y luché. Pero me golpearon hasta que volví a caer de rodillas al pie de la escalera, delante del trono.

La música se elevó suavemente —era *Hojas verdes— y* en algún lugar a mi espalda, Julián dijo:

—¡Contemplad la coronación de un nuevo rey de Ámbar! —y dirigiéndose a mí con un murmullo —: Coge la corona y ofrécesela a Eric. El mismo se coronará.

Contemplé la corona de Ámbar sobre la almohadilla que sostenía Caine. Estaba labrada en plata y tenía siete puntas coronadas con gemas. Estaba engarzada con esmeraldas y había dos gigantescos rubíes a cada lado.

No me moví, pensando en las veces que había visto la cara de nuestro padre bajo su reflejo.

—No —dije simplemente, y sentí un golpe en la mejilla izquierda.

—Cógela y entrégasela a Eric —repitió.

Traté de golpearle, pero mis cadenas estaban firmemente sujetas. Fui golpeado nuevamente.

Miré las altas y agudas puntas de la corona.

—Muy bien —dije finalmente, y extendí la mano para cogerla.

La sostuve con ambas manos durante un momento, y luego me la coloqué rápidamente en la cabeza y declaré:

—¡Me corono, Corwin, rey de Ámbar!

Me la quitaron inmediatamente y la devolvieron a su almohadilla. Descargaron varios golpes sobre mi espalda. Se escuchó un murmullo que recorrió todo el salón.

—Ahora cógela y hazlo de nuevo —ordenó Julián—. Cógela y dásela a Eric.

Cayó otro golpe.

—De acuerdo —le dije, sintiendo que mi camisa estaba húmeda.

Aquella vez se la tiré, con la esperanza de dejar tuerto a Eric.

La cogió con la mano derecha y me sonrió mientras me golpeaban.

—Gracias —dijo—. Y ahora oídme, tanto los que estáis aquí como los que escucháis en la Sombra. Asumo la corona y el trono en el día de hoy. Tomo en mi mano el cetro del reino de Ámbar. He ganado el trono caballerosamente, y lo tomo y lo mantengo por el derecho de mi sangre.

—¡Hipócrita! —grité, y una mano me tapó la boca.

—Me corono a mi mismo como Eric Primero, Rey de Ámbar.

—¡Larga vida al rey! —gritaron los nobles tres veces.

Eric se inclinó hacia adelante y me murmuró:

—Tus ojos acaban de ver la más hermosa de las visiones que podrán admirar... ¡Guardias! ¡Llevaos a Corwin y quemad sus ojos hasta que desaparezcan! ¡Dejad que sea la visión de este día lo último que pueda recordar! ¡Luego arrojadlo a la oscuridad de la más profunda mazmorra que haya bajo Ámbar y dejad que su nombre sea olvidado!

Escupí, y fui golpeado.

Luché cada paso del camino mientras me sacaban del salón. Nadie me miró mientras lo hacían, y mi último recuerdo es el de Eric sentado en su trono, bendiciendo a los nobles de Ámbar, sonriendo.

Me hicieron lo que ordenó, y, piadosamente, me desmayé antes de que finalizaran.

* * *

No tengo idea de cuánto tiempo más tarde desperté en la absoluta negrura y sentí los terribles dolores dentro de mi cabeza. Quizá fue entonces cuando pronuncié la maldición, o quizá cuando los hierros al rojo blanco por el calor cayeron sobre mí. No lo recuerdo. Pero sabía que Eric nunca descansaría sobre el trono, pues la maldición de un príncipe de Ámbar, pronunciada estando dominado por la cólera, siempre es potente y efectiva.

Clavé los dedos en la paja, sumido en la absoluta oscuridad de mi celda, y no apareció ninguna lágrima.

Aquel era el horror del hecho. Después de un tiempo —sólo vosotros, dioses, y yo, sabemos cuan largo—, el sueño retornó nuevamente.

Cuando desperté, todavía persistía el dolor. Me puse en pie. Medí las dimensiones de la celda. Cuatro pasos de ancho y cinco de largo. Había un agujero, un pozo negro, en el suelo, y una litera de gruesa paja en un rincón. La puerta tenía una pequeña ranura cerca del suelo y, detrás de ella, una bandeja con un pedazo de pan y una botella de agua. Comí y bebí, pero no me satisfizo.

Me dolía horriblemente la cabeza, y mi interior era un mar turbulento.

Dormí tanto como pude, y nadie vino a verme. Me desperté y crucé la celda buscando comida; me la comí en cuanto la encontré. Dormí tanto como pude.

Después de dormir siete veces, el dolor en las cuencas de los ojos me abandonó. Odié a mi hermano, rey de Ámbar. Mejor que me hubiera matado.

Me pregunté cuál habría sido la reacción popular, pero no pude adivinarla.

Cuando la oscuridad alcanzara Ámbar, Eric se lamentaría. Estaba seguro, y aquello me confortaba.

* * *

De aquel modo empezaron mis días de oscuridad, y no tenía medio alguno de medir su paso. Aunque hubiera tenido ojos, no habría sido capaz de distinguir el día de la noche en aquel lugar.

El tiempo, ignorándome, continuó su camino. Cuando pensaba en ello, me ponía a sudar y a temblar. ¿Había estado allí tres meses? ¿Sólo horas? ¿O semanas? ¿O habían sido años?

Me olvidé del tiempo. Dormía, caminaba (sabía exactamente dónde situar mis pies, dónde girar), y reflexionaba sobre las cosas que había hecho y las que no había realizado. A veces me sentaba con las piernas cruzadas y respiraba lenta y profundamente, vaciando mi mente y manteniéndola en aquel estado tanto tiempo como podía. No pensar en nada, ayudaba.

Eric había sido inteligente. Aunque el poder viviera en mi interior, era inútil. Un hombre ciego no puede caminar en la Sombra.

La barba me había crecido hasta el pecho, y mis cabellos estaban bastante largos. Al principio, siempre tuve hambre, pero, después de un tiempo, mi apetito disminuyó. A veces me mareaba cuando me ponía en pie rápidamente.

Todavía podía ver en mis pesadillas, aunque eso me hería todavía más cuando me despertaba.

Pero después, de algún modo, me sentí alejado de los sucesos que habían conducido a todo aquello. Era como si le hubieran ocurrido a otra persona. Y aquello, también, era verdad.

Había perdido mucho peso. Me imaginaba a mi mismo pálido y delgado. Ni siquiera podía llorar, aunque un par de veces sentí deseos de hacerlo. Había algo que no funcionaba en mis conductos lacrimales. Es terrible que le hagan esto a cualquier hombre.

Un día escuché un ligero rasguño sobre la puerta. Lo ignoré.

Lo oí nuevamente, pero tampoco respondí.

Escuché mi nombre en un susurro, interrogativamente.

Crucé la celda.

—¿Sí? —repliqué.

—Soy yo, Rein —dijo—. ¿Cómo os encontráis?

—¡Bien! ¡Oh, Bien! —contesté—. Filete y champagne cada noche, y bailarinas. ¡Dios! ¡Deberíais venir a verlo alguna vez!

—Lo lamento —dijo—. Siento que no haya nada que pueda hacer por vos —y podía sentir el dolor que traslucían sus palabras.

—Lo sé —dije.

—Lo haría si pudiera —dijo.

—También lo sé.

—Os traje algo. Aquí...

La puertecilla junto al suelo de la celda crujió ligeramente cuando se deslizó hacia dentro varias veces.

—¿Qué es? —pregunté.

—Algunas ropas limpias —dijo—, y tres barras de pan fresco, algo de carne, dos botellas de vino, un cartón de cigarrillos y muchas cajas de cerillas.

Mi voz se estranguló en mi garganta.

—Gracias, Rein. Sois bueno. ¿Cómo habéis arreglado todo esto?

—Conozco al guardia que está ahora de turno. No hablará. Me debe demasiado.

—Puede tratar de cancelar sus deudas delatándoos —dije—. No lo hagáis nuevamente, por mucho que lo aprecie. No hace falta decirlo. Me desharé de las evidencias.

—Desearía que todo hubiera terminado de otra manera, Corwin.

—Y yo también. Gracias por pensar en mi cuando se os ordenó no hacerlo.

—Esa parte fue fácil —dijo.

—¿Cuánto hace que estoy aquí?

—Cuatro meses y diez días —contestó.

—¿Qué hay de nuevo en Ámbar?

—Eric reina. Eso es todo.

—¿Dónde está Julián?

—De vuelta en Arden con su guardia.

—¿Por qué?

—Se han filtrado cosas desde la Sombra últimamente.

—Ya veo. ¿Y Caine?

—Todavía está en Ámbar. Disfruta de la corte. La mayor parte del tiempo bebiendo y seduciendo.

—¿Y Gérard?

—Es el almirante de toda la flota.

Suspiré aliviado. Temía que su alejamiento durante la batalla naval pudiera haberle costado caro.

—¿Y qué se sabe de Random?

—Está aquí abajo.

—¿Qué? ¿Fue capturado?

—Sí. Atravesó el Patrón de Rabma y apareció aquí, con un arco. Hirió a Eric antes de que lo apresaran.

—¿De verdad? ¿Por qué no fue ejecutado?

—Corre el rumor de que se ha casado con una mujer de la nobleza de Rabma. Eric, de momento, no quiere tener incidentes con Rabma. Moira tiene un gran reino, y se habla de que Eric está considerando la idea de pedirle que sea su reina. Son sólo rumores, por supuesto. Pero interesantes.

—Sí —dije.

—A ella le gustabais, ¿no es cierto?

—Algo. ¿Cómo lo sabéis?

—Estuve presente cuando sentenciaron a Random. Pude hablar con él durante un momento. La Dama Vialle, que dice ser su esposa, pidió que se le permitiera estar con él en prisión. Eric aún no sabe qué contestar.

Pensé en la muchacha ciega, a quien nunca había conocido, y en la situación.

—¿Cuánto tiempo hace de todo eso? —pregunté.

—Mmm... Treinta y cuatro días —replicó—. Random apareció entonces. Una semana más tarde, Vialle hacía su petición.

—Si realmente ama a Random, debe ser una mujer extraña.

—Eso es lo que yo pensé —dijo—. No puedo pensar en una pareja más extraña.

—Si alguna vez volvéis a verle, dadle mis saludos y decidle que lo siento.

—Sí.

—¿Cómo están mis hermanas?

—Deirdre y Llewella permanecen en Rabma. La Dama Florimel ha estado disfrutando de los favores de Eric y tiene un buen puesto en la corte. No se sabe dónde andará Piona.

— ¿Se ha oído algo más de Bleys? Estoy seguro de que murió.

—Debe haber muerto —dijo Rein—. Aunque nunca se recuperó su cuerpo.

—¿Y Benedict?

—Ausente, como siempre.

—¿Brand?

—Ni palabra.

—Creo que con eso ya he visto todo el árbol genealógico, por lo menos a los que quedan. ¿Habéis escrito baladas nuevas?

—No —dijo—. Todavía estoy trabajando en *El Asedio de Ámbar,* pero será un éxito clandestino, si es que la acabo.

Extendí mi mano por la pequeña abertura al final de la puerta.

—Estrecharé vuestra mano —dije, y sentí que su mano tocaba la mía.

—Fue muy amable por vuestra parte hacer esto por mí. Pero no lo hagáis nuevamente. Sería una tontería arriesgarse a recibir la furia de Eric.

Apretó mi mano, murmuró algo y desapareció.

Encontré su cuidado paquete y me alimenté con la comida, que era lo primero que se estropearía. Bebí mucho, y me di cuenta de que casi había olvidado lo agradable que puede resultar su sabor. No creo que durmiera mucho, y cuando desperté abrí otra botella.

No necesité mucho tiempo, en mi débil estado, para ponerme ligeramente borracho. Encendí un cigarrillo, me senté en la litera, recostándome contra la pared, murmurando.

Recordé a Rein siendo un niño. Por aquel entonces yo era ya completamente adulto, y él, el candidato a bufón de la corte. Un muchacho astuto y delgado. La gente se había burlado demasiado de él. Incluido yo. Pero yo escribí música, compuse baladas, y él consiguió un laúd no sé de donde y aprendió a tocarlo. Pronto estuvimos cantando juntos y todo eso, y antes de que pasara mucho tiempo empezó a agradarme, y nos pusimos a trabajar juntos, practicando las artes marciales. El era malo, pero me apenaba el modo en que lo había tratado anteriormente, lo cual, unido a la manera en que había asimilado mi música y mis letras, me obligó a enseñarle la destreza y la gracia que le faltaban, y le convertí en un espadachín aceptable.

Nunca me había arrepentido de ello y creo que él tampoco. Poco después se convirtió en juglar de la corte de Ámbar. Llevaba ya un tiempo siendo mi paje y, cuando comenzaron las guerras contra

las cosas oscuras salidas de la Sombra, los Weirmonken, fue mi escudero y cabalgamos juntos. En el campo de batalla le nombré caballero, en las Cataratas de Jones, porque se lo merecía. Después de aquello, logró convertirse en mi preferido en las artes de la espada y la música. Sus colores eran el carmesí y sus palabras doradas. Le quería, y le consideraba uno de mis dos o tres amigos en Ámbar. No creí que fuera a arriesgarse a traerme una comida decente. No creí que nadie fuera a hacerlo. Bebí otro trago de vino y me fumé otro cigarrillo, a su salud, para brindar por él. Era un buen hombre. Me pregunté cuánto tiempo sobreviviría.

Metí la ceniza en el paquete del queso, y un poco más tarde la botella de vino. No quería que quedara nada por allí que demostrara que había estado «gozando», en caso de que hicieran una inspección repentina. Me comí toda la buena comida que me había traído y me sentí satisfecho por primera vez desde que me metieron preso. Guardé la última botella para evadirme brutalmente en la borrachera y el olvido.

Y después de aquello volví a mi ciclo de recriminaciones.

Esperaba, principalmente, que Eric no pudiera medir todos nuestros poderes. El era Rey de Ámbar, seguro, pero no por eso lo sabía todo. Todavía no. No como lo había sabido Padre. Todavía había una oportunidad entre un millón a mi favor. Era algo tan distinto, que me permitió mantenerme, aunque fuera frágilmente, en los límites de la cordura, sostenido por la desesperación.

Puede que estuviera loco durante un tiempo, no lo sé. Hoy, aquí, al borde del Caos, recuerdo días completamente en blanco. Sólo Dios sabe qué es lo que guardan aquellos días, pues yo nunca podré averiguarlo.

De cualquier modo, ninguno de vosotros, buenos doctores, puede enfrentarse con mi familia.

* * *

Me limité a yacer y a caminar en la embotante oscuridad. Me volví muy sensible a los sonidos. Escuchaba las veloces patas de las ratas entre la paja, los distantes gemidos de los demás prisioneros, los ecos de las pisadas de los guardias cuando se acercaban con las bandejas de la comida. Por estas cosas, comencé a calcular distancias y direcciones.

Supongo que también me volví más sensible a los olores, pero trataba de pensar poco en ellos. Además de los imaginables olores nauseabundos, también sentí durante un tiempo el olor de la carne descompuesta. Me pregunté, si iba a morir, cuánto tiempo tardarían en darse cuenta. ¿Cuántos pedazos de pan y recipientes de agua sucia estarían intactos antes de que el guardia se dedicara a investigar sobre mi existencia?

La respuesta de aquella pregunta podía ser muy importante.

El olor a muerte permaneció durante un largo tiempo. Nuevamente intenté pensar en términos de tiempo, y me pareció que había desaparecido en una semana.

Aunque me había racionado cuidadosamente, resistiendo la compulsión, la tentación, todo lo que pude, me encontré finalmente con mi último paquete de cigarrillos.

Lo abrí y encendí uno. Rein me trajo un cartón de Salem, y ya me había fumado once paquetes. Doscientos veinte cigarrillos. Una vez tardé bastante en fumarme uno, lo hice en siete minutos. Aquello daba un total de mil quinientos cuarenta minutos fumando, o veinticinco horas y cuarenta minutos. Calculé que habría pasado una hora entre cigarrillo y cigarrillo. Digamos hora y media. Ahora imaginemos que dormía entre seis y ocho horas diarias. Aquello me dejaba entre dieciséis y dieciocho horas de vigilia. Creo que fumaba diez o doce cigarrillos por día. Lo que significaba que podían haber pasado tres semanas desde la visita de Rein. El me dijo a su vez que habían transcurrido cuatro meses y diez días desde la coronación, lo que significaba que por entonces, ya debían haber transcurrido cinco meses.

Cuidé mi último paquete, disfrutando cada cigarrillo como si se tratara de un acto amoroso. Cuando se me acabaron, me sentí deprimido.

Debió haber pasado mucho más tiempo.

Empecé a hacerme preguntas con respecto a Eric. ¿Qué tal se estaría portando como soberano? ¿Qué problemas tendría? ¿En qué estaría enfrascado? ¿Por qué no había aparecido para atormentarme? ¿Podría haber sido olvidado en Ámbar realmente, aunque sólo fuera por decreto imperial? Nunca, decidí. ¿Y qué sería de mis hermanos? ¿Por qué ninguno de ellos había contactado conmigo? Sería fácil coger mi Triunfo y romper el decreto de Eric.

Pero nadie lo hizo.

Pensé en Moira durante un buen tiempo, la última mujer a la que había amado. ¿Qué estaba haciendo? ¿Pensaba en mí alguna vez? Probablemente, no. Quizá ya fuera la amante de Eric, o su reina. De nuevo, probablemente, no.

¿Y mis hermanas? Olvídalas. Todas unas zorras.

Ya había estado ciego antes, en el siglo dieciocho, en la Tierra de Sombra, por la explosión de un cañón. Pero sólo había durado alrededor de un mes, luego me curé. Sin embargo, Eric tenía en la imaginación algo permanente cuando dio la orden. Todavía sudaba y temblaba, y a veces me despertaba gritando, cuando el recuerdo de los ardientes hierros al rojo blanco retornaba a mí —ingrávidos ante mis ojos —¡tocándome!

Gemí suavemente y seguí caminando.

No había absolutamente nada que pudiera hacer. Aquella era la parte más horrible de todas. Era tan inútil como un embrión. Nacer de nuevo a la visión y a la furia era algo por lo que daría mi alma. Incluso por una hora, con una espada en la mano, para poder mantener nuevamente un duelo con mi hermano.

Me tendí en el camastro de la celda y dormí. Cuando desperté, había comida, y comí una vez más y caminé. Las uñas de las manos y de los pies me habían crecido mucho. Mi barba era larga, y el cabello me caía desmañado sobre los ojos. Me sentía sucio y el cuerpo no dejaba de escocerme. Me pregunté si tendría pulgas.

El hecho de que un príncipe de Ámbar pudiera llegar a aquel estado, hacía surgir una emoción terrible en el centro de mi ser, fuera cual fuese el lugar donde estuviera. Me habían acostumbrado a pensar en nosotros como entidades invencibles, limpias y frías, duras como el diamante, como nuestros retratos en los Triunfos. Obviamente, no lo éramos.

Al menos, éramos lo suficientemente parecidos a los demás hombres, como para tener nuestras propias fuentes de recursos.

Practiqué juegos mentales, me contaba historias, revisé los recuerdos agradables... tenía muchos. Recordé los elementos: viento, lluvia, nieve, el calor del verano y las frías brisas de la primavera. En la Tierra de Sombra, tuve una avioneta y, siempre que la pilotaba, gozaba con la sensación que producía. Recordé los brillantes panoramas de color y distancia, la miniaturización de las ciudades, la ancha extensión azul del cielo, las hordas de nubes (¿dónde estaban ahora?), y la limpia pradera del océano bajo mis alas. Recordé a las mujeres a las que había amado, fiestas, desfiles. Y cuando lo hube recordado todo, y cuando ya no pude evitarlo más, pensé en Ámbar.

Cuando lo hice, mis glándulas lacrimales comenzaron a funcionar de nuevo. Lloré.

Después de un tiempo interminable, un tiempo lleno de oscuridad y sueño, oí pisadas que se detuvieron ante la puerta de mi celda, y escuché el sonido de una llave dentro de la cerradura.

Fue tanto tiempo después de la visita de Rein que ya había olvidado el sabor del vino y los cigarrillos. Realmente no podía estimar la duración, pero fue mucha.

Eran dos los hombres que había en el corredor. Pude adivinarlo por sus pisadas, antes, incluso, de escuchar sus voces.

La puerta se abrió y Julián pronunció mi nombre.

No respondí inmediatamente, y lo repitió.

—¿Corwin? Ven aquí.

Ya que no tenía mucha opción en el asunto, me erguí y avancé. Me detuve cuando supe que estaba cerca de él.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Ven conmigo —y me cogió del brazo.

Caminamos por el corredor, y no dijo nada pero yo prefería morirme antes que preguntarle.

Por los ecos descubrí cuándo entrábamos en el gran vestíbulo. Poco después, subimos por unas escaleras.

Nos dirigimos hacia arriba, al palacio.

Me llevaron a una habitación y me sentaron en una

silla. Un barbero empezó a trabajar cortándome el pelo. No reconocí su voz cuando me preguntó si quería que me arreglara la barba o si me la cortaba.

—Aféitela —dije, y una manicura se puso a trabajar con mis uñas, con las veinte. Luego me bañaron, y alguien me ayudó a vestirme con ropas limpias. Me quedaban grandes. También me quitaron las pulgas, pero olvídalo.

Me llevaron a otro lugar oscuro lleno de música y olores de buena comida y sonidos de muchas voces y algunas risas. Reconocí el comedor principal.

Las voces se apagaron un poco cuando Julián me introdujo y me sentó.

Estuve sentado allí hasta que sonaron las trompetas y me hicieron poner de pie.

Escuché el brindis:

—¡Por Eric primero, Rey de Ámbar! ¡Larga vida al Rey!

No bebí por nada de aquello, pero nadie pareció notarlo… Era la voz de Caine la que había pronunciado el brindis desde la otra punta de la mesa.

Comí tanto como pude, pues era la mejor comida que probaba desde la coronación. Supe, por las conversaciones que capté, que ya había pasado un año desde que Eric fuera coronado rey, lo que significaba que yo me había pasado un año completo en las mazmorras.

Nadie me habló, ni yo lo intenté. Mi presencia era fantasmal, nada más. Para humillarme y servir de recordatorio a mis hermanos, sin duda, del precio que tenía desafiar a nuestro monarca. Y todos habían recibido la orden de olvidarme.

Duró hasta bien entrada la noche. Alguien siempre me servía vino, lo que ya era algo, y me quedé allí sentado escuchando todos los bailes.

Sacaron las mesas y me sentaron en un rincón.

Me emborraché terriblemente y cuando todo acabó, por la mañana, me arrastraron de regreso a la celda. Mi único

remordimiento era que no me había emborrachado lo suficiente como para ensuciar el suelo o los hermosos vestidos de algún invitado.

De aquel modo finalizó mi primer año de oscuridad.

IX

No te aburriré con repeticiones. Mi segundo año fue muy parecido al primero, con el mismo final. Igual que el tercero. Aquel segundo año, Rein vino a verme dos veces con una cesta llena de cosas y mucha conversación. Las dos veces le prohibí terminantemente que volviera de nuevo. El tercer año vino a verme seis veces cada dos meses, y cada vez le decía lo mismo, pero seguí comiendo su comida y escuchando lo que tenía que decir.

Había algo que marchaba mal en Ámbar. Extrañas cosas aparecían violentamente a través de la Sombra. Por supuesto, fueron destruidas. Eric todavía estaba tratando de averiguar cómo habían llegado. Yo no mencioné mi maldición, aunque más tarde me alegré de que se hubiera cumplido.

Random, como yo, todavía seguía prisionero. Su esposa se *había* reunido con él. Las posiciones de mis otros hermanos y hermanas seguían iguales. Aquello me dio aliento durante el tercer aniversario de la coronación y me hizo sentir casi vivo.

Sí...

¡Sí! un día estuvo allí y me hizo sentir tan bien, que inmediatamente descorché la última botella de vino que me había traído Rein, y abrí el último paquete de cigarrillos que celosamente guardaba.

Fumé y bebí y disfruté con el sentimiento de que, de alguna manera, había derrotado a Eric. Me di cuenta de que si él lo averiguaba, podía llegar a resultarme fatal. Pero sabía que lo ignoraba.

Gocé, fumando, bebiendo, divirtiéndome en grande con la luz.

Sí, la *luz.*

A mi izquierda, había descubierto un pequeño lugar brillante.

¿Sabes lo que significaba aquello para mí?

Bien, tomémoslo de este modo: Me desperté en la cama de un hospital para enterarme de que me había recuperado demasiado pronto. ¿Te das cuenta?

Me curo más rápidamente que los demás. Todos los señores y damas de Ámbar tienen algo de esta capacidad.

Había sobrevivido a la peste, había sobrevivido a la marcha sobre Moscú…

Regenero más rápido y mejor que cualquier otra persona a la que haya conocido.

Napoleón un día hizo un comentario al respecto. También el General MacArthur.

Tratándose de tejido nervioso, me toma un poco más de tiempo, eso es todo.

La vista me estaba volviendo, eso es lo que significaba… aquel adorable brillo a mi izquierda.

Después de un tiempo, supe que era la pequeña abertura en la puerta de mi celda.

Me habían crecido los ojos, decían mis dedos. Me había costado más de tres años, pero lo había conseguido. Era el millón contra uno del que hablé antes, el factor que ni el mismo Eric podía asegurar debido a la variedad de poderes que se juntan entre los diversos miembros de la familia. Hasta aquel punto, le había derrotado: logré que me crecieran los ojos. Siempre supe que podía regenerar tejidos nerviosos con el tiempo suficiente. Me quedé parapléjico por una herida en la columna durante las guerras franco—prusianas. Me curé en dos años. Había albergado la esperanza —muy remota, lo admito— de que podría hacer con mis quemados ojos lo mismo que hice entonces. Y tenía razón. Estaban intactos, y la vista me volvía lentamente.

¿Cuánto tiempo faltaba para el próximo aniversario de la coronación de Eric?

Dejé de caminar, y mi corazón empezó a latir velozmente. Tan pronto como alguien viera que había recuperado los ojos, los perdería nuevamente.

Así que debía escapar antes de que pasara otro año.

¿Cómo?

No había pensado mucho en ello durante el tiempo que llevaba allí, ya que, aunque pudiera encontrar un medio de escapar de mi celda, nunca lograría salir de Ámbar —o del palacio —sin ojos o ayuda, y no podía conseguir ninguna de las dos cosas.

Pero ahora…

La puerta de mi celda era grande y pesada, unida por una plancha metálica con una pequeña reja a unos quince centímetro de altura que servía para que vieran si seguía vivo, si es que a alguien le preocupaba. Incluso si tenía éxito arrancándola estaba seguro de que no podría llegar a abrir la cerradura. Había una pequeña plancha de madera que se balanceaba en la parte baja de la puerta, lo suficientemente ancha como para que pudieran introducir comida y nada más. Las bisagras estaban del otro lado

de la puerta, o entre ésta y la jamba, no estaba seguro. De cualquier modo, no podía llegar a ellas. No había más puertas.

Todavía era como estar ciego, salvo por aquella tranquilizadora y débil luz que entraba por la reja. Sabía que la vista no me había vuelto por completo. Aún faltaba mucho. Pero aunque lo hubiera hecho, no podía saberlo, ya que allí reinaba una oscuridad casi absoluta. Sabía eso porque conocía las mazmorras de Ámbar.

Encendí un cigarrillo, caminé un poco más y medí mis fuerzas, buscando algo que pudiera servirme de ayuda. Estaba mi ropa, la litera y tanta paja húmeda como quisiera. También tenía cerillas, pero no tardé mucho en desechar la idea de prenderle fuego a la paja. Lo más probable era que el guardia viniera y se echara a reír; si venía. Quería un cuchillo, pero Julián me había cogido intentando robar uno y me lo había quitado. Lo que él no sabía, es que aquel había sido mi segundo intento. Tenía una cuchara dentro de la bota.

¿Y de qué me servía?

Había oído las historias clásicas de prisioneros cavando túneles con las cosas más extrañas... hebillas de cinturón (que yo no tenía), etc. Pero no tenía tiempo para intentar jugar al Conde de Montecristo. Necesitaba estar fuera antes de que pasaran varios meses, o mis ojos nuevos no valdrían para nada.

La puerta era casi toda de madera. Roble. Estaba sujeta con cuatro tiras metálicas. Una se hallaba en el extremo superior, la otra cerca del inferior, sobre la pequeña abertura, y había dos que iban de arriba hacia abajo, pasando por ambos lados de la reja. Sabía que la puerta se abría hacia afuera, y la cerradura estaba a mi izquierda. Mis recuerdos me dijeron que tendría unos cuantos centímetros de grosor, luego recordé la posición aproximada de la cerradura, y lo comprobé apoyándome contra la puerta y notando más tensión en aquella parte. También sabía que la puerta tenía una barra, pero de aquello podía preocuparme más tarde. Era posible que consiguiera alzarla deslizando la cuchara hacia arriba entre el borde de la puerta y la jamba.

Me arrodillé sobre la litera y con la cuchara tracé un cuadrado alrededor de la zona que sostenía el cerrojo. Trabajé hasta que me dolió la mano... quizá un par de horas. Luego pasé la uña por la madera. No conseguí mucho, pero era un comienzo. Cambié la cuchara a la mano izquierda, y trabajé también hasta que me dolió.

Mantuve la esperanza de que apareciera Rein. Estaba seguro de que podría convencerle para que me entregara su daga si insistía lo suficiente. Pero no apareció, así que seguí con mi rutina.

Trabajé día tras días hasta que hube raspado un centímetro de madera. Cada vez que oía los pasos de algún guardia, cogía la manta y me acostaba junto a la pared, de espaldas a la puerta. Cuando se iba, me ponía a trabajar de nuevo. Tuve que dejar de trabajar

durante un tiempo, aunque no quería hacerlo. A pesar de que me había envuelto las manos con trozos de tela que arranqué de mi ropa, las tenía ampolladas, y las ampollas habían reventado, así que, poco después, la carne que había bajo ellas se puso a sangrar. Dejé de trabajar para que se curaran.

Decidí dedicar aquel tiempo a planear lo que haría cuando saliera de mi celda.

Una vez que desgastara la madera lo suficiente, levantaría la barra. El sonido que produjera al caer puede que atrajera a algún guardia. Pero ya estaría fuera. Un buen par de patadas, rompería la pieza que estaba trabajando y la cerradura podía quedarse donde estaba si lo deseaba. La puerta se abriría y podría enfrentarme al guardia. El estaría armado y yo no. Tendría que vencerlo.

El podría sobreestimar sus posibilidades, creyendo que yo no podía ver. Pero, por otro lado, quizá se asustara un poco si recordaba la forma en que había entrado en Ámbar. De cualquier modo, moriría, y yo estaría armado. Abracé mi bíceps derecho con la mano izquierda y mis dedos palparon. ¡Dios! ¡Estaba demacrado! No importaba, yo era de la sangre de Ámbar y sentía que, aún en esa condición, podía vencer a cualquier hombre normal. Quizá me estuviera engañando, pero tenía que intentarlo.

Si tenía éxito, con una espada en la mano, nada podría detenerme hasta llegar al Patrón. Lo cruzaría y, cuando llegara hasta el centro, podría transportarme a cualquier mundo de Sombra que deseara. Allí me recuperaría, y no apresuraría las cosas. Aunque me llevara un siglo, tendría preparado todo a la perfección antes de marchar nuevamente contra Ámbar. Después de todo, técnicamente yo era el rey. ¿Acaso no me había coronado en presencia de todos antes de que Eric hiciera lo mismo? ¡Exigiría mi derecho al trono!

¡Si fuera posible entrar en la Sombra directamente desde Ámbar! En ese caso, no tendría que ir hasta el Patrón. Pero mi Ámbar es el centro de todo, y uno no puede abandonarla tan fácilmente.

Después de, digamos, un mes, mis manos se curaron, y había desarrollado grandes callos debido a mi actividad. Escuché los pasos de un guardia y me alejé hasta la parte más apartada de la celda. Hubo un ligero crujido y mi comida fue deslizada por debajo de la puerta. Los pasos se escucharon nuevamente, alejándose, esta vez, en la distancia.

Volví a la puerta. Sin mirar, sabía lo que había en la bandeja: un pedazo de pan duro, un cacharro con agua y,

si tenía suerte, un trozo de queso. Me senté en la litera y me puse a comer. Estaba por la mitad.

Oí una risa entre dientes.

Venía de detrás mío.

Me volví, pues no eran necesarios los ojos para saber que había presente alguien más. Era un hombre, de pie, cerca de la pared de la izquierda. Y estaba riéndose burlonamente.

—¿Quién sois? —pregunté, y mi voz sonó extraña. Y me di cuenta de que eran las primeras palabras que pronunciaba en mucho tiempo.

—Escapar —dijo—. Tratando de escapar —y se rió entre dientes nuevamente.

—¿Cómo entrasteis aquí?

—Caminé —replicó.

—Desde dónde? ¿Cómo?

Encendí una cerilla que hirió mis ojos, pero aguanté.

Era un hombre pequeño. Diminuto podría ser la palabra más correcta. Medía aproximadamente un metro y medio de altura y tenía una joroba. Su cabello y barba eran tan largos como los míos. La única facción que podría distinguirse en aquella gran masa de pelo, era la larga y curva nariz y unos ojos casi negros, parpadeantes ante la luz.

—¡Dworkin! —dije.

Se rió de nuevo.

—Ese es mi nombre. ¿Cuál es el vuestro?

—¿No me reconoces, Dworkin? —encendí otra cerilla y la acerqué a mi rostro—. Mira detenidamente. Olvida la barba y el cabello. Añade cuarenta kilos a mi cuerpo. Tú me dibujaste con exquisito detalle en varios juegos de cartas.

—Corwin —dijo al fin—. Te recuerdo. Sí.

—Pensé que estabas muerto.

—Pero no lo estoy, ¿ves? —e hizo unas piruetas delante mío—. ¿Cómo está tu padre? ¿Le has visto últimamente? ¿Te encerró él aquí?

—Oberon ya no está —repliqué—. Mi hermano Eric reina en Ámbar, y yo soy su prisionero.

—Entonces ya no soy nadie —me dijo—, pues yo soy prisionero de Oberon.

—¿Cómo? Ninguno de nosotros sabía que Oberon te tuviera encerrado.

Le escuché llorar.

—Sí —dijo después de un tiempo—. No confió en mí.

—¿Por qué no?

—Le dije que había pensado en un modo de destruir Ámbar. Se lo describí. Y me encerró.

—Eso no fue muy amable.

—Lo sé —me concedió—, pero puso a mi disposición un hermoso apartamento y muchas cosas para hacer investigaciones. Sólo que, después de un tiempo, dejó de visitarme. Solía traer hombres que me mostraban dibujos a tinta para que yo narrara historias sobre ellos. Aquello era divertido, hasta que un día conté una historia bastante rara y convertí al hombre en rana. El rey se enfureció cuando no le devolví su forma original. Ha pasado tanto tiempo desde que no veo a alguien, que me parece que ahora sí le devolvería, si quiere, claro, su forma original. Una vez...

—¿Cómo entraste aquí, en mi celda? —pregunté de nuevo.

—Ya te lo dije. Caminé.

—A través de la pared.

—Por supuesto que no. A través de la pared de Sombra.

—Ningún hombre puede caminar por la Sombra en Ámbar. En Ámbar no hay Sombra.

—Bueno. Hice una trampa —admitió.

—¿Cómo?

—Diseñé un Triunfo nuevo y crucé a través de él para ver qué había de este lado de la pared. ¡Oh, no...! Acabo de recordar... No puedo retornar sin él. Tendré que hacer otro. ¿Tienes algo de comer? ¿Y algo con lo que dibujar? ¿Y algo sobre lo que dibujar?

—Toma un trozo de pan —dije, y se lo alcancé—, y aquí tienes un pedazo de queso para acompañarlo.

—Gracias, Corwin —y los engulló, y se bebió toda el agua después de hacerlo—. Ahora, si me das un lápiz y un trozo de tela, volveré a mis propias habitaciones. Quiero terminar un libro que estaba leyendo. Ha sido muy agradable hablar contigo. Malas noticias las de Eric. Volveré alguna vez y conversaremos más. Si ves a tu padre, dile, por favor, que no se enfade conmigo porque...

—No tengo lápiz, ni tela —comenté.

—Dios —dijo—, eso no es muy civilizado.

—Lo sé, pero tampoco Eric lo es.

—Bien, ¿qué es lo que tienes? Prefiero mi propio apartamento a este lugar. Por lo menos, está mejor iluminado.

—Has cenado conmigo —dije—, y ahora voy a pedirte un favor... Si me lo concedes, te prometo que haré todo lo posible para mejorar las relaciones entre mi Padre y tú.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó.

—Durante mucho tiempo he admirado tu trabajo —dije—, y hay algo que siempre he deseado: tener una obra tuya. ¿Recuerdas el Faro de Cabra?

—Por supuesto. He estado allí muchas veces. Conozco al guardián, Jopin. Solía jugar con él al ajedrez.

—Es más de lo que puedo pedir —le dije—, ya que la mayor parte de mi vida adulta he deseado ver uno de tus dibujos mágicos de aquella torre gris.

—Algo muy simple —dijo—, y bastante atractivo. En el pasado hice unos cuantos bocetos preliminares, pero nunca fui más allá. Siempre aparecían otros trabajos. Si quieres, te haré uno.

—No —dije—, quiero algo más duradero, algo que me acompañe en la celda... para que me conforte a mí y a cualquier otro que pueda ocupar mi lugar.

—Recomendable —dijo—. ¿Qué instrumento podemos utilizar?

—Tengo una aguja por aquí (la cuchara estaba ya bastante puntiaguda), y me gustaría tener el faro sobre aquella pared, para poder contemplarlo mientras descanso.

Durante un momento se quedó en silencio, luego comentó:

—La iluminación es bastante débil.

—Tengo varias cajas de cerillas —repliqué—. Las encenderé y te las sostendré. Cuando nos quedemos sin ellas, podemos hacer arder algo de paja.

—Esas no son las condiciones idóneas para trabajar...

—Lo sé —dije—, y te pido disculpas por ello, gran Dworkin, pero son las mejores que te puedo ofrecer. Una obra de arte de tu propia mano iluminará mi humilde existencia más allá de toda medida.

Rió de nuevo.

—Muy bien. Debes prometerme que después conseguirás luz para que pueda regresar a mis habitaciones.

—De acuerdo —dije, y metí la mano en el bolsillo.

Tenía tres cajas llenas de cerillas y parte de una cuarta.

—¿Sientes el contacto del instrumento? —le pregunté.

—Sí, es una cuchara afilada, ¿no?

—Sí. Encenderé una luz en cuanto me digas que estás preparado. Tendrás que dibujar rápidamente, ya que mi suministro de cerillas es limitado. La mitad será para el Faro, y la otra mitad para tu dibujo.

—De acuerdo —dijo, y encendí una cerilla, y él comenzó a trazar líneas sobre la húmeda pared gris.

Primero hizo un rectángulo vertical para enmarcar y contener el dibujo. Luego, con varios movimientos diestros, el Faro comenzó a aparecer. Era asombroso, estúpido, pero su talento estaba intacto. Mantenía cada cerilla hasta el final, escupía sobre mis dedos pulgar e índice y, cuando ya no podía sostenerla más tiempo, la cogía del extremo carbonizado y la invertía, dejando que se quemara completamente antes de encender otra.

Cuando se acabó la primera caja de cerillas, ya había terminado con la torre y estaba trabajando en el mar y en el cielo. Le estimulaba, murmurando apreciaciones para cada trazo.

—Grande, realmente grande —dije cuando parecía que ya estaba completamente terminado. Luego me hizo desperdiciar otra cerilla mientras firmaba. La segunda caja también se acabó.

—Contemplémoslo ahora —dijo.

—Si quieres volver a tus habitaciones, tendrás que dejar la contemplación para mí —dije—. Tenemos muy pocas cerillas para gastarlas en criticar tu arte.

Puso mala cara, pero se dirigió hacia la otra pared y comenzó a dibujar en cuanto encendí otra cerilla.

Trazó un estudio diminuto, una calavera sobre el escritorio, junto a un globo terráqueo, con paredes llenas de libros a su alrededor.

—Ahora está bien —dijo cuando se acabó la tercera caja y empecé a gastar las de la empezada.

Le tomó seis más terminarlo, y uno firmarlo.

Lo contempló mientras ardía la octava cerilla —sólo quedaban dos—, luego dio un paso adelante y desapareció.

La cerilla me quemaba la punta de los dedos; la dejé caer, y titiló cuando cayó sobre la paja, apagándose.

Me quedé allí temblando, lleno de sentimientos encontrados, y escuché su voz y sentí su presencia a mi lado. Había regresado.

—Acabo de pensar en algo —dijo—. ¿Cómo puedes ver el cuadro en este sitio tan oscuro?

—¡Oh! Puedo ver en la oscuridad —le dije—. He vivido con ella tanto tiempo, que se ha convertido en mi amiga.

—Ya veo. Simplemente me lo preguntaba. Dame luz para que pueda irme.

—Muy bien —acordé, pensando en las dos cerillas que me quedaban—. Pero será mejor que te traigas tu propia iluminación la próxima vez que vengas. Me quedaré sin cerillas después de esto.

—De acuerdo.

Encendí una cerilla, contempló su dibujo, avanzó hacia él y, nuevamente, desapareció.

Me volví rápidamente y contemplé el Faro de Cabra antes de que se apagara la cerilla. Sí, el poder estaba allí. Podía sentirlo.

Pero, ¿me serviría mi última cerilla?

No, no creía que lo hiciera. Necesitaba un período más largo de concentración antes de poder utilizar un Triunfo como puerta.

¿Qué podía quemar? La paja estaba demasiado húmeda y quizá no ardiera. Sería terrible tener la puerta —mi camino hacia la libertad —frente a mí y no poder utilizarla.

Necesitaba una llama que durara un poco más de tiempo.

¡La manta! Era una tela rellena de paja. Aquella paja estaría más seca, y la tela también ardería.

Limpié la mitad del suelo hasta llegar a la roca. Busqué la afilada cuchara para cortar la manga. Maldije. Dworkin se la había llevado con él...

La retorcí y la desgarré.

Finalmente, se abrió y saqué la paja. Hice con ella un pequeño montón y acerqué la manta, para usarlo en caso de apuro. Cuanto menos humo hubiera, mejor. Si pasaba por allí algún guardia, llamaría su atención. Aunque no era muy probable, ya que me habían traído la comida hacía poco y sólo lo hacían una vez al día.

Encendí mi última cerilla y la utilicé para encender la caja de cartón en que venía. Cuando ardió, la usé para encender la paja.

Casi no arde. La paja estaba más húmeda de lo que había pensado, aun cuando la saqué del centro de la manta. Pero finalmente hubo un brillo, y luego una llama. Lo conseguí encendiendo dos de las cajas vacías que, afortunadamente, no había tirado al pozo.

Arrojé la tercera y cogí un trozo de manta con la mano izquierda, incorporándome y mirando el dibujo.

El brillo se extendió sobre la pared cuando las llamas se elevaron más alto, y me concentré en la torre y la recordé. Me pareció escuchar el grito de una gaviota. Olí algo parecido a una brisa salada, y el lugar se hizo más real a medida que lo observaba.

Arrojé la manta al fuego y las llamas decrecieron un momento, para luego crecer todavía más que antes. Mientras lo hacía, no aparté los ojos del dibujo.

La magia todavía estaba allí, en la mano de Dworkin, porque el Faro no tardó en ser tan real como mi celda. Luego pareció ser la única realidad y la celda una Sombra a mi espalda. Escuché el ruido de las olas y sentí algo parecido al sol del atardecer sobre mí.

Di un paso, pero mi pie no descendió sobre el fuego.

Estaba sentado en la arenosa y rocosa costa de la isla de Cabra, donde se alzaba el gran faro gris que iluminaba el sendero de los barcos de Ámbar durante las noches. Una bandada de asustadas gaviotas volaba en círculos y chillaba a mi alrededor, y mi risa fue como el retumbar de la espuma y la canción de la libertad del viento. Ámbar estaba a sesenta kilómetros detrás de mi hombro izquierdo.

Había escapado.

X

Recorrí el camino que llevaba al Faro y ascendí la escalera de piedra que conducía a su cara oeste. Era alta, ancha, pesada y a prueba de agua. También estaba cerrada. Había un pequeño muelle a unos doscientos metros a mi espalda y dos botes amarrados a él. Uno era de remos y el otro de vela, con una cabina. Se mecían suavemente y, bajo el sol, el agua parecía de mica detrás de ellos. Me detuve a contemplarlos un momento. Había transcurrido tanto tiempo desde que viera algo así, que por un instante parecieron más que reales. Contuve un sollozo en la garganta y lo tragué.

Me volví y golpeé la puerta. Después de lo que pareció una espera demasiado larga, golpeé nuevamente.

Finalmente, oí un ruido, y la puerta se abrió, crujiendo sobre sus tres oscuros goznes.

Jopin, el guardián, me contempló con ojos inyectados en sangre, y olí el whisky de su aliento. Medía alrededor de un metro setenta y era tan encorvado que, en cierto modo, me recordó a Dworkin. Su barba era tan larga como la mía, pero parecía más larga, y era del color del humo, excepto por unas manchas amarillas cerca de sus secos labios. Su piel era tan porosa como la cáscara de una naranja y los elementos la habían oscurecido hasta hacerla parecida a un fino mueble. Sus ojos oscuros parpadearon, enfocándose. Como ocurre con mucha gente que no oye bien, habló más bien alto:

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? —preguntó.

Ya que era tan irreconocible en mi demacrada condición, decidí que lo mejor era mantener el anonimato.

—Soy un viajero del sur y he naufragado hace poco —dije—. Me cogí a una tabla y he flotado varios días hasta que he sido arrojado a esta playa. Hace muy poco que me recobré lo suficiente para poder llegar hasta vuestro faro.

Avanzó un paso y me cogió del brazo. Pasó su otro brazo alrededor de mis hombros.

—Entrad, entrad entonces —dijo—. Apoyaos en mí. Tomadlo con calma. Por aquí.

Me condujo hasta sus habitaciones que estaban extraordinariamente revueltas, sembradas de libros viejos, cartas, mapas y trozos de equipo náutico. El mismo no parecía muy seguro sobre sus pies, así que no me apoyé mucho en él, sólo lo suficiente para dar la impresión de la debilidad que había tratado de aparentar cuando me recosté contra su puerta.

Me llevó hasta una cama y me sugirió que me acostara, y se marchó para cerrar la puerta y traerme algo de comida.

Me quité las botas, pero mis pies estaban tan sucios que me las puse nuevamente. Si había estado tanto tiempo a la deriva, no debería estar sucio. No quería cambiar mi historia, por lo que me arropé con una manta que había por allí y me recosté, descansando realmente.

Jopin retornó en seguida con una jarra de agua y otra de cerveza, un gran trozo de carne y media barra de pan sobre un plato cuadrado de madera. Limpió la superficie de una pequeña mesa que acercó hasta la cama. Colocó allí los platos y me dijo que comiera y bebiera.

Lo hice. Comí todo lo que me puso delante. Vacié ambas jarras.

Luego me sentí terriblemente cansado. Jopin asintió cuando lo notó, y me dijo que durmiera. Antes de decírmelo, ya lo estaba haciendo.

Cuando me desperté, era de noche, y me sentía mucho mejor que desde hacía varias semanas. Me puse en pie, y volví por mi anterior ruta para abandonar el edificio. Hacía frío afuera, pero el cielo estaba tan claro como un cristal y parecía haber millones de estrellas. Las lentes en la parte alta de la torre brillaban a mi espalda, luego se apagaron, brillaron y volvieron a apagarse. El agua estaba fría, pero tenía que lavarme. Lavé mi ropa y la estrujé. Me debí pasar una hora haciendo aquello. Luego volví al faro, colgué la ropa en el respaldo de una silla vieja para que se secara, me arrastré bajo la manta y dormí nuevamente.

* * *

Por la mañana, cuando desperté, Jopin ya estaba levantado. Me preparó un suculento desayuno y lo traté de la misma manera que a la cena de la noche anterior. Luego le pedí prestada una navaja, un espejo y un par de tijeras, y me dediqué a afeitarme y a cortarme el

pelo. Después me bañé nuevamente, y cuando me puse mis saladas y rígidas ropas otra vez, me sentí casi humano.

Jopin me contempló cuando volví del mar y dijo:

—Me parecéis familiar, amigo —y me encogí de hombros.

—Ahora contadme acerca de vuestro naufragio.

Así lo hice, con muchos detalles. ¡Qué desastre narré! Hasta la caída del mástil principal.

Me palmeó en el hombro y me invitó a un trago. Me encendió el cigarrillo que me había dado.

—Descansad tranquilo aquí —me dijo—. Os llevaré a tierra cuando queráis, o le haré señales a algún barco que pase si lo reconocéis.

Le agradecí su hospitalidad. Comí su comida, bebí sus bebidas y permití que me regalara una camisa limpia que a él le quedaba muy grande y que había pertenecido a un amigo suyo que se había ahogado en el mar.

Me quedé con él tres meses, mientras recobraba mis fuerzas. Le ayudé en lo que pude… atendiendo el faro durante las noches que él se encontraba demasiado cansado limpiando todas las habitaciones de la casa —hasta el punto de pintar dos de ellas y reemplazar cinco marcos de ventanas que se habían resquebrajado— y contemplando el mar con él en las noches tormentosas.

Era apolítico. No le importaba quién reinara en Ámbar. Hasta donde le interesaba, toda nuestra maldita familia estaba podrida. Mientras que él pudiera atender su faro, y comer y beber y contemplar en paz sus cartas de navegación, no le importaba nada de cuanto sucediera en tierra. Comencé a sentir simpatía por él y, como yo sabía algo de viejos mapas y cartas, pasamos varias noches corrigiendo algunas. Años atrás, yo había navegado mucho por el norte, y le hice una carta nueva basada en los recuerdos de mis viajes. Aquello pareció complacerle inmensamente, lo mismo que mis descripciones de aquellas aguas.

—Corey (así dije llamarme), algún día me gustaría que navegáramos juntos —dijo—. No sabía que fueras el capitán de tu propio barco.

—¿Quién sabe? —le dije—. Tú mismo fuiste capitán, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

Era verdad, lo había recordado, pero señalé a mi alrededor como respuesta.

—Todas estas cosas que has reunido —dije—, y tu afición por las cartas. Además, te comportas como un hombre acostumbrado a que le obedecieran.

Sonrió.

—Sí —me dijo—, es verdad. Tuve el mando durante más de cien años. Aquello parece muy lejano... Tomemos otro trago.

Bebí un sorbo del mío y lo hice a un lado. Debía haber ganado más de veinte kilos en los meses que llevaba con él. Esperaba que en cualquier momento me reconociera. Quizá, si lo hacía, me entregara a Eric... y quizá no. No era porque hubiéramos establecido aquella camaradería, sino porque tenía la sensación de que no lo haría. Pero no quería arriesgarme a averiguarlo.

A veces, cuando me sentaba a atender el faro, me preguntaba cuánto tiempo me quedaría allí.

No mucho más, decidí, engrasando un poco más un pivote giratorio. No mucho más.

Se acercaba el momento en que tendría que marcharme y caminar una vez más entre la Sombra.

Un día sentí la presión, suave y demandante. No podía decir con seguridad quién era.

Inmediatamente me inmovilicé, cerré los ojos, e hice que mi mente quedara en blanco. Pasaron cinco minutos antes de que la sombra retrocediera.

Me puse a caminar y a pensar, y sonreí cuando me di cuenta de lo corto que era mi paseo. Recorría inconscientemente las dimensiones de mi celda de Ámbar.

Alguien había tratado de alcanzarme por medio del Triunfo. ¿Era Eric? ¿Se había enterado, finalmente, de mi ausencia, y había decidido localizarme de aquella manera? No estaba seguro. Sentí que quizá temiera el contacto mental conmigo. Entonces, ¿Julián? ¿O Gérard? ¿Caine? Quienquiera que hubiera sido, sabía que lo había mantenido completamente apartado. No permitiría el contacto con nadie de la familia. Quizá estuviera descartando algunas noticias importantes o algún llamado de ayuda, pero no podía permitirme el lujo de averiguarlo. El contacto intencional y mi bloqueo, me dejaron con frío. Temblé. Pensé en ello todo el resto del día, y decidí que el momento de irme ya había llegado. No me convenía permanecer tan cerca de Ámbar mientras fuera vulnerable. Me había recobrado lo suficiente como para caminar por la Sombra, para buscar el lugar al que tendría que ir si Ámbar alguna vez tenía que ser mía. Había logrado algo que parecía paz gracias a Jopin. Me apenaba abandonarlo, ya que en los meses que pasé con él me sentí muy cerca suyo. Aquella noche, después de haber terminado una partida de ajedrez, le comenté mis planes de partir.

Sirvió dos copas, alzó la suya, y dijo:

—Buena suerte, Corwin. Espero volver a verte algún día.

No hice preguntas acerca de que hubiera pronunciado mi nombre verdadero, y sonrió cuando se dio cuenta de que no lo había dejado pasar inadvertido.

—Has sido muy bueno, Jopin —le dije—. Si tengo éxito en lo que voy a intentar, no olvidaré lo que has hecho por mí.

Sacudió la cabeza.

—No quiero nada —aseguró—. Soy feliz con lo que tengo, haciendo precisamente lo que hago. Disfruto manteniendo esta maldita torre. Es toda mi vida. Si tienes éxito en lo que estas planeando —no, no me digas lo que es, ¡por favor! ¡No quiero saberlo!— te estaré esperando para que vengas algún día a jugar una partida de ajedrez.

—Lo haré —le prometí.

—Si quieres, puedes llevarte el *Butterfly* por la mañana.

—Gracias.

El *Butterfly* era su bote de vela.

—Antes de que te marches —dijo—, te sugiero que cojas mi catalejo, que subas a la torre y que mires el Valle de Garnath.

—¿Qué hay que ver?

Se encogió de hombros.

—Eso tendrás que decidirlo tú.

Asentí.

—De acuerdo, lo haré.

Nos dedicamos a entonarnos y nos despedimos por la noche. Echaría de menos al viejo Jopin. Con la excepción de Rein, fue el único amigo que había encontrado a mi retorno. No pregunté sobre el valle, que era una lámina de llamas la última vez que lo crucé. ¿Qué podía ser extraño después de aquellos cuatro años?

Perturbado por sueños de hombres lobos y aquelarres, dormí, y la luna llena se elevó por encima del mundo.

* * *

Desperté con el amanecer. Jopin todavía dormía, lo que me venía muy bien, pues no me gusta decir adiós, y tenía la sensación de que nunca más volvería a verle.

Ascendí por la torre hasta el cuarto que guardaba el gran faro, llevaba el catalejo. Me acerqué a la ventana que daba a la playa y enfoqué hacia el valle.

La neblina colgaba sobre el bosque. Era una cosa fría, gris y húmeda la que flotaba sobre los árboles pequeños y nudosos, oscuros y de ramas retorcidas como los

dedos de una mano en lucha. Cosas oscuras bailaban bajo ellos, y por los cursos de sus vuelos supe que no eran pájaros. Probablemente murciélagos. Había algo maligno en aquel gran bosque, lo sabía, y de pronto lo reconocí. Era yo mismo.

Yo había hecho todo aquello con mi maldición. Transformé el pacífico Valle de Garnath en lo que ahora representaba: el símbolo de mi odio contra Eric, y contra todos sus partidarios y los que le permitieron alzarse con el poder, conviniendo en que me dejara ciego. No me gustaba el aspecto de aquel bosque y, mientras lo contemplaba, me di cuenta de cómo se materializó mi odio. Lo sabía porque era parte de mí.

Había creado una nueva entrada hacia el mundo real. Garnath era un sendero a través de la Sombra. Sombra oscura e inflexible. Sólo lo maligno y lo peligroso podría atravesar aquel sendero. Aquella era la fuente de las *cosas* que mencionase Rein, las cosas que perturbaban a Eric. Perfecto —en cierto modo—, si lo mantenían ocupado. Pero mientras movía el catalejo, no pude apartar el sentimiento de que lo que hice era algo verdaderamente terrible. En aquel tiempo, no tenía idea de que alguna vez volvería a ver nuevamente la luz de los brillantes cielos. Ahora que lo hacía, me daba cuenta de que desaté algo que destruiría muchas cosas. Extrañas cosas parecían moverse en aquel lugar. Era algo que nunca antes se había hecho durante el reinado de Oberon: abrir un nuevo camino hacia Ámbar. Y abierto sólo para lo peor. Llegaría el día en que el soberano de Ámbar —quienquiera que fuese —se enfrentaría con el problema de cerrar aquel terrible camino. Lo supe mientras contemplaba el bosque, dándome cuenta de que aquello no era más que producto de mi propio dolor, furia y odio. Si alguna vez vencía en Ámbar, tendría que enfrentarme con mi propia obra, lo que siempre es algo endiabladamente difícil de hacer. Bajé el catalejo y suspiré.

Que así sea, decidí. Pero mientras tanto, le produciría a Eric insomnio y algo en lo que pensar.

Cogí algunas cosas de comer, equipé el *Butterfly* tan rápidamente como pude, alcé las velas, quité la amarra y

comencé a navegar. Jopin, normalmente ya estaba despierto a aquella hora, pero quizá a él tampoco le gustaran las despedidas.

Dirigí el bote hacia el mar, sabiendo hacia dónde me dirigía, pero inseguro de cómo llegar hasta allí. Navegaría a través de la Sombra y por entre las aguas, pero sería mejor que la ruta por tierra, con mis conjuros a lo largo de todo el reino.

Había puesto rumbo a una tierra casi tan deslumbradora como Ámbar misma, un lugar casi inmortal, un lugar que, realmente, no existía... ya no. Un lugar que existía en el Caos desde hacía eras, pero del que debía existir una Sombra en algún sitio. Todo lo que tenía que hacer era encontrarla, reconocerla y

hacerla mía una vez más, como lo fuera en el pasado. Entonces, con mis propias fuerzas ayudándome, haría algo que tampoco Ámbar había conocido. Aún no sabía cómo, pero me prometí que las armas brillarían dentro de la ciudad inmortal el día de mi regreso.

Mientras navegaba hacia la Sombra, llamé a un pájaro blanco, que apareció y se posó sobre mi hombro derecho; escribí una nota, la até a su pata, y le envié de camino. La nota decía: «Estoy a punto de llegar», y estaba firmada por mí.

Nunca descansaría hasta tener la venganza y el trono en mis manos, y me desharía de cualquiera, dulce príncipe, que se interpusiera entre ellas y yo.

El sol estaba muy bajo a mi izquierda, y los vientos hinchaban las velas y me impulsaban hacia adelante. Maldije una vez y luego reí.

Era libre y estaba huyendo, pero sólo hasta aquí. Ahora tenía la oportunidad que había estado buscando tanto tiempo.

Llamé a un pájaro negro, apareció, se posó en mi hombro izquierdo; escribí una nota, la até a su pata y lo envié hacia el oeste.

Decía: «Eric... Volveré», y estaba firmada «Corwin, Señor de Ámbar».

Un viento demoníaco me impulsó hacia el este del sol.